



**José Ovejero**  
**Humo**



Galaxia Gutenberg

# **HUMO**

**JOSÉ OVEJERO**

JOSÉ OVEJERO

# Humo

Galaxia Gutenberg



© Isabel Wageman

## **JOSÉ OVEJERO**

(Madrid, 1958) ha vivido la mayor parte del tiempo fuera de España, principalmente en Alemania y en Bélgica, y ha escrito poesía, ensayo, libros de viajes, cuentos y novelas. En todos esos ámbitos, su obra ha merecido premios como el Ciudad de Irún de poesía 1993 por Biografía del explorador; el premio Grandes Viajeros 1998 por China para hipocondríacos; el premio Primavera de novela 2005 por Las vidas ajenas; el premio Gómez de la Serna 2010 por La comedia salvaje; el premio Anagrama de ensayo 2012 por La ética de la crueldad, y el premio Alfabeta de novela 2013 por La invención del amor. José Ovejero no deja de indagar nuevos territorios narrativos, como por ejemplo con la novela Los ángeles feroces, publicada en Galaxia Gutenberg en 2015; o La seducción o Insurrección, ambas publicadas en este mismo sello en 2017 y 2019, respectivamente.

Publicado por:  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
[www.galaxiagutenberg.com](http://www.galaxiagutenberg.com)

Edición en formato digital: enero de 2021

© José Ovejero, 2021  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021  
Imagen de portada:  
*Mare Imbrium*, Brad Kunkle, 2012. Aceite, oro y plata  
sobre panel de lino. 66,04 × 114,3 cm. Colección privada  
© Brad Kunkle, 2020

Conversión a formato digital: Maria Garcia  
ISBN: 978-84-18526-08-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Nos decían que las abejas estaban desapareciendo, pero algunas mañanas hay tantas que si salimos de la cabaña tenemos que caminar con la boca y los ojos cerrados para que no se nos metan en ellos. En realidad, ya salgo yo sola, si no queda otro remedio, porque la última vez que lo hicimos los dos al niño se le introdujeron siete u ocho por las mangas y el cuello de la camisa y le clavaron los agujones en los brazos y en el pecho. Primero gritó muy fuerte, un solo grito que parecía más de sorpresa que de dolor. Luego rompió a llorar. Sus ataques de llanto no suelen durar mucho. Además, se quedó muy impresionado cuando escupí en la tierra y formé un barrillo con los dedos que, después de extraer los agujones con las uñas, apliqué sobre las picaduras. Para que el barro chupe el veneno, le expliqué. Desde entonces el niño se queda en la cabaña, con la frente pegada a la ventana, si tengo que salir en medio de la nube de abejas a cortar leña o a desatascar de lodo el desagüe roto que va a la fosa séptica. Aunque lo remiendo una y otra vez, el caño está partido por tantos sitios que el barro termina por entrar y se solidifica en su interior, provocando el atasco del retrete.

Cuando una de esas pequeñas emergencias que me obligan a salir de la cabaña coincide con la invasión de abejas, cierro los bajos del pantalón y los puños de la blusa o el jersey con una cuerda. Me tapo el cuello con una bufanda y me envuelvo la cabeza con otra para evitar que se me enreden en el pelo. Al principio me ponía gafas para que no chocasen contra mis ojos, pero siempre se extraviaba alguna por detrás de los vidrios, se asustaba y acababa picándome en un párpado. Aunque me he acostumbrado a las picaduras, en el párpado son muy dolorosas y la inflamación me dificulta la visión durante días.

Pero si podemos nos quedamos en la cabaña mirando esas oleadas que se desplazan con movimientos como los de los estorninos. Igual que una bolsa de plástico flotando en el viento, baja, sube, se ondea, parece deformarse. El niño mira en silencio -casi todo lo hace en silencio- y debe de sentir miedo porque me toma de la mano y se sacude a veces como si sintiese escalofríos y se junta un poco más a mí. Es uno de los raros momentos en que me permite que rodee sus hombros con un brazo. En algunas ocasiones nos envuelven durante tantas horas que acabamos por abandonar nuestro puesto de vigilancia, lo que no significa que nos olvidemos de ellas, porque el zumbido atraviesa las paredes de madera y yo misma me sacudo con frecuencia un insecto inexistente cada vez que me rozo con algo. La piel me pica como si estuviese recorrida, también debajo de la ropa, por miles de patitas invisibles. Cuando por fin desaparecen abrimos la puerta y él mira a un lado y a otro para asegurarse de que se han marchado, aunque si estuviesen cerca seguiríamos oyendo el bordoneo de sus alas. En el suelo quedan algunos cadáveres y también abejas que no han terminado de morir y caminan atontadas o patalean de espaldas en la tierra. El niño no las remata pisándolas, pero las contempla con desconfianza y a veces, cuando alguna deja de caminar, la empuja con la punta del pie como para asegurarse de que ha muerto.

No he conseguido averiguar de dónde vienen. Los panales de corcho que se encuentran en el camino del bosque están abandonados y en ellos se acumulan las hojas secas y telarañas sucias en las que tiritan palitos y restos de insectos. Tampoco sé por qué vienen; no las veo libar en las flores cercanas a la cabaña, no se interesan por jaras ni cantuesos ni retamas e incluso se arremolinan en esta zona en épocas en las que apenas hay flores; tan sólo vuelan, apolotonándose

unas contra otras en el aire de forma que a veces hasta resulta difícil distinguir las montañas que se alzan al otro lado del valle.

Ahora deben de haber pasado dos o tres semanas desde que el último enjambre rodeó la casa. Quizá porque empieza a entrar el frío o porque desde hace días sopla desde la sierra un viento que las ahuyenta. Aunque en realidad estoy hablando de la misma cosa, porque el frío siempre llega con el viento de la sierra, como si el invierno no pudiese venir desde otro lado. La llegada de ese aire helado me produce todos los años una sensación de desaliento y de rabia a la vez. Me paraliza durante horas en el interior de la cabaña. Me hace pensar en la huida o imaginar un milagro -mentira, ni siquiera puedo imaginarlo- que venga a resolver mis problemas. Con la entrada del invierno nuestra vida se vuelve aún más precaria si cabe, más incierta. Otra vez el hielo. Otra vez la nieve. Sobre todo, otra vez el hambre. ¿Tendrán temores parecidos los pocos animales que habitan estos bosques?

Hace cinco o seis años que no piso una ciudad y me he acostumbrado a oír únicamente los sonidos que produce la naturaleza. No hay máquinas por aquí cerca y al coche aparcado a cien metros de la entrada de la casa ya le habían robado el motor cuando llegué. Aunque para usar la palabra robar habría que suponer la existencia de un dueño. Por supuesto le faltan las ruedas y supongo que también los circuitos eléctricos. Una de las primeras cosas que comprobé fue si le quedaba gasolina, pero el tubo que introduje en el depósito sólo me aportó una bocanada de gases de petróleo, cuyo sabor punzante aún recuerdo. Tampoco funciona el aserradero, que se ha ido desmoronando en medio del bosque de eucaliptos y ahora crecen entre las tablas lilos y piornos, zarzamoras y rosales silvestres. Incluso los aviones que a veces atraviesan el cielo trazan en silencio sus líneas blancas sobre el azul: el aeropuerto más cercano está a varios cientos de kilómetros y por eso los aviones vuelan a gran altura. Así que casi únicamente oigo crujidos, zumbidos, silbidos, las hojas rozándose en las ramas unas contra otras, la llamada o la queja de un animal, la lluvia sobre las tejas y la uralita, el viento haciendo tabletear las contraventanas, que quité por ese motivo y porque estaban tan rotas que no protegían del frío. Tampoco el niño es ruidoso. No es que no hable, es sólo que puede pasarse días sin decir palabra. A veces responde y a veces no, otras es él quien, por iniciativa propia, dice algo. Señala y dice: avellanas. Dice arroyo, y lo dice alargando y acentuando la erre, como si le produjese placer pronunciar ese sonido. Dice lluvia. Dice cardo. Dice fuego. Dice ayer, y entonces no sé a lo que se refiere. Si le pregunto de dónde viene se queda un rato pensativo y dice: tiempo. Ignoro cómo se llama y quizá ni él lo sepa. Uno de los primeros días, sentados cada uno a un lado de la mesa de la cocina, llevé el índice a mi pecho y dije: Andrea. No me llamo Andrea, pero es un nombre que me gusta y da igual cómo me llame de verdad. Esa es una de las pocas cosas que puedo elegir. Andrea, le repetí señalándome. Andrea. Luego lo señalé a él. Dobló el cuello para ver dónde se apoyaba mi dedo contra su esternón. Yo Andrea, volví a tocarme. ¿Tú? Frunció el ceño; miraba mi dedo como esperando a ver qué venía después, como si ese gesto fuese el inicio de un acontecimiento interesante. Adiós, dijo por fin, que es lo que dice siempre que una situación lo supera. Desde entonces, cuando estoy de buen humor, lo llamo Adiós. Afirmar que él sonríe sería mucho afirmar, pero sí tengo la impresión de que sus facciones se destensan un poco, como si estuviese pensando en sonreír.

Por las mañanas, cuando su rostro está relajado, apenas abre los ojos al despertar, se diría que tiene seis años. Hacia la tarde ya ha envejecido, más bien, se ha desgastado y sus rasgos parecen difuminarse, deshacerse. Entonces recuerda a un chico de diez o doce que acaba de escapar del orfanato en el que lo maltrataban. Me gusta mucho por la mañana, me produce alegría vigilar de reojo los gestos con los que explora el diminuto mundo en el que vivimos encapsulados. Hacia la tarde ya siento por él ternura o compasión o las dos cosas mezcladas, me gustaría acunar a ese pájaro recién caído del nido, a ese gato que regresa a casa tras sobrevivir a un chapuzón en el río helado, a ese perro que a pesar de todo se acerca temeroso a la persona que acaba de golpearlo. Vivo con un animalito que no es del todo doméstico, con un ser incapaz de sobrevivir por sí mismo y que sin embargo ni mendiga ni se rinde. Si fuese mi hijo estaría orgullosa de él.



Contemplo un atardecer incendiado. Las nubes que han pasado casi todo el día prendidas de la falda de la montaña han ido alzándose y ahora flotan sobre los picachos con la panza de color rosa, tiñendo la nieve con su reflejo. Ya el sol se ha puesto para nosotros, pero la luz es más brillante que hace unas horas. También brillan rojizas y amarillentas las últimas hojas de los álamos y los robles. Bajo la vista y descubro que el gato está mirando en la misma dirección. ¿Tendrán los animales un sentido de la belleza? ¿Sentirán emoción ante un mar reventando contra la base de un acantilado, ante un bosque invadido por la bruma, ante un cielo que parece a punto de fundirse en un manto de ascuas? El niño, a nuestro lado, dibuja figuras en el polvo: nunca dibuja animales ni personas, árboles ni casas, tampoco nubes o soles. Sus garabatos parecen reflejar un mundo de seres unicelulares: óvalos rodeados de flagelos, formas ahusadas de las que sobresalen antenas, figuras que podrían ser corales o amebas. Acumula un dibujo encima de otro, sin borrar el antiguo, como si se fagocitasen. Mientras tanto el cielo ha pasado del rosa al rojo ascuá, los bordes de las nubes son filamentos incandescentes, pero el fondo del valle se va difuminando, como si se sumergiera en agua turbia. El niño se ha puesto en pie. Cierra los ojos unos segundos y los abre durante un lapso similar, repite la operación una y otra vez y me pregunto si se cerciora de que cuando abre los ojos el prodigio continúa allí. Quizá piense que el mundo sólo existe cuando él lo percibe.

¿Te gusta?, le pregunto. Él asiente, creo, y a veces pienso que nuestra comunicación va más allá de lo inmediato, que en realidad hablamos de algo mucho más amplio y significativo que lo que podrían traducir mis palabras. «Hablamos», he escrito, como si de verdad él respondiese con frases más o menos imperfectas.

Luego continúa dibujando su mundo geométrico en el que no puedo imaginar qué retrata o muestra. Quizá nada. Entre esas líneas y lo que lo rodea es posible que no exista relación alguna. Tampoco parece encariñarse con ninguna de sus obras; no las examina al terminar -si es que ha terminado algo-, las pisa sin cuidado, no le importa que Miss Daisy o yo hagamos lo mismo. La gata y el niño no pueden explicarme por qué hacen lo que hacen, no aportan motivos. Son dos cajas negras imposibles de abrir. Tampoco es que yo les dé muchas explicaciones. Convivimos, calladamente la mayor parte del tiempo. Hacemos lo que tenemos que hacer; sin justificarnos. Sin mentir. No puedo imaginar una familia mejor.

Miss Daisy entra y se dirige directamente al niño. Se tumba a su lado. A veces él la acaricia distraído. Otras, se dedica con ella a juegos cargados de onomatopeyas y de gesticulación que no consigo descifrar. Además, cuando lo hace sólo puedo observarlos de reojo porque si el niño se da cuenta de que les presto atención interrumpe lo que esté haciendo y vuelve la cabeza hacia la pared. No quiero quitarle ese desahogo, la huida a algún lugar fantástico en el que logra escapar de esta cabaña. Así que escucho sus juegos, la voz del niño que se vuelve gatuna, algún bufido poco amenazante, sus movimientos ligeros -no sé cuál de los dos es más gato, si el animal o el crío-, y en momentos preciosos algo parecido a una risa. Justo entonces, oyendo a la gata y al niño, sintiendo sus desplazamientos por el suelo de madera, tengo sensación de hogar. Por eso no me despego de ellos ni me distraigo. Finjo dedicarme a alguna tarea imprescindible en su cercanía: limpiar la estufa, de cenizas y también de las abejas que a veces entran por la chimenea y mueren antes de conseguir rehacer el camino de vuelta hacia el exterior aunque el fuego no esté encendido; cocinar, si hay algo que cocinar (antes más que ahora) sobre la misma estufa, que tiene en la superficie superior una placa de metal que sirve de fogón; desatascar una vez más el fregadero que también hace las veces de lavadora (aquí todo realiza varias funciones a la vez, pero ninguna de ellas bien), de lavabo y casi de bañera; yo sólo me lavo usándolo como si fuese una palangana -el hilillo de agua que sale del grifo no me permite lavarme directamente con él-, pero el niño a veces se encarama y se sienta en la superficie de azulejos desportillados en la que está encastrado, mete los pies, chapotea, intenta sentarse en su interior, pero ni siquiera él es tan pequeño como para lograrlo. A pesar de sus muchos pudores, no se avergüenza de estar desnudo en mi presencia. A veces juega distraído con su pene diminuto, tira de él o lo masajea, también lo rasca cuando pasamos mucho tiempo sin agua y no puede lavarse durante días: nunca he conseguido que baje conmigo al río o, más bien, baja conmigo, pero se niega a bañarse. No sé nada de él antes del día en que entró en la cabaña con la naturalidad de quien entra en su casa, se sentó en una silla y se puso a jugar con Miss Daisy, que fue la primera en adoptarlo, así que tampoco sé si ha tenido alguna mala experiencia con aguas bravas. O a lo mejor no había visto antes un río y le da miedo la rapidez con la que avanza el agua arrastrando hojas, pequeños troncos, peces muertos, y los remolinos en la otra orilla, la espuma cuando la corriente choca contra las rocas, el ruido de los guijarros que se despeñan corriente abajo. Yo le he enseñado un remanso entre raíces de abedules en el que el agua se detiene y no es tan profundo como para que pierda pie. Pero nunca he conseguido ni siquiera que se acerque a él. Me baño yo, sin quitarme las bragas; aunque a mí misma me parece extraño, yo sí siento pudor. Supongo que porque él puede mirar fijamente durante minutos lo que le interesa, casi sin pestañear, y me sentiría incómoda desnuda bajo esa mirada, aunque sea la de un niño.

Cuando se cansan de jugar vienen a mí, los dos, me observan con esa capacidad para la fijeza que comparten, doy al niño y a Miss Daisy algo de comer, en el caso de que lo tenga.

Si el alimento escasea, la gata me sigue a todas partes, vigila cada uno de mis movimientos, se incorpora sobre las patas traseras a mi paso, maúlla, se frota contra mis piernas haciéndome tropezar. Vete a cazar, le digo, y tráenos algo a nosotros. Eres tú el felino. El niño no protesta cuando no le doy de comer. No me sigue ni lloriquea, no parece tampoco que cambie su estado de

ánimo. Acepta el hambre como acepta el frío o el calor, las abejas o el viento. No parece tener conciencia de lo que es fruto de un acto humano y lo que nos impone la naturaleza. Quizá tiene razón y no hay diferencia alguna. Que sea una voluntad o un suceso azaroso lo que nos hiere no altera la magnitud del daño. De todas formas, probablemente entiende que si nos saltamos una comida no es porque yo se la niegue, sino porque todo se pudre en el huerto como si el suelo se hubiese vuelto ponzoñoso, y también los árboles que nos rodean dan cada vez menos frutos. Nos quedan las bayas, las avellanas, que este año se han puesto mohosas casi todas dentro de la cáscara, y las nueces, vanas en su mayoría. También hongos y bellotas. Y en rarísimas ocasiones algo de carne, no cuando cazo yo, que lo he hecho pocas veces, no sólo por falta de puntería, también porque prefiero conservar los cartuchos para cuando la necesidad sea extrema, y no me refiero al hambre. Si comemos carne es porque alguna vez un perro asilvestrado viene a devorar una pieza, al calor que sale por debajo de la puerta o para huir de la soledad en la cercanía de otros seres vivos, y yo consigo arrebatársela. Es una ventaja que nunca me hayan dado miedo los perros. Tengo una horca de metal con las puntas casi romas, que debe de haber servido para apilar heno, con la que, en cuanto se descuida, sujeto el cuello del animal contra el suelo. Tiene el tamaño justo para que, salvo los perros muy pequeños, no puedan sacar la cabeza una vez que los he atrapado. Se resisten, claro que se resisten, patalean y gruñen, intentan dar volteretas para liberarse, vuelven los ojos hacia atrás como para averiguar el origen de la agresión. Y acaban por soltar la presa, algunos por desesperación, los más agresivos con la intención de tener las fauces libres y dar dentelladas en todas direcciones. Entonces me agacho, sujetando con fuerza el mástil de la horca, no sea que se vayan a escapar en el último momento y sobre todo para que no consigan estirar el cuello lo suficiente como para morderme, recojo el trozo de carne que, si tengo suerte, apenas han masticado aún. Luego entro en la cabaña todavía manteniendo sujeto al animal con la horca y, desde el umbral, lo libero justo antes de cerrar la puerta. En general no les hago mucho daño. Los que más se revuelven y pelean acaban con rozaduras de ahorcado en el cuello, algún corte mínimo, nada realmente grave. Un mastín que estuvo a punto de derribarme, tanta era la fuerza y la rabia con las que se debatía, se lanzó contra la puerta cerrada; vi por la ventana cómo mordía el pomo, gruñía y babeaba, daba empujones con una de las patas delanteras. Acabó cansándose, pero rondó la casa durante un tiempo y me vigilaba de lejos cuando bajaba al huerto, armada con la escopeta y alerta, porque no me habría extrañado que me atacase. Aunque incluso los perros silvestres parecen saber qué es una escopeta.

Confieso que no me produce repulsión comer la carne que arrebato a los perros. Suele tratarse de un pájaro medio desplumado por los dientes del animal, al que yo quito las últimas plumas, le corto la cabeza que normalmente se encuentra machacada, y lo echo a la sartén, si es necesario retirando también las zonas en las que han quedado esquirlas de hueso. No, no me avergüenzo ni me da asco. Más bien, siento orgullo por mi habilidad para la supervivencia.

Sólo en una ocasión dejé de comer la presa que arrebaté a un labrador jovencito, al que además sin querer clavé la horca en el cuello y huyó lamentándose entre los enebros. Es verdad que me encogió el estómago haber herido al animal, casi clavándolo al suelo a pesar de la poca punta de los pinchos de la horca, que me hicieron sentir mal la queja del perro, su mirada de reprobación, su terror. Pero si no cociné el conejo no fue por eso. Al llevarlo al interior de la cabaña -todavía se oían los lamentos del perro a lo lejos- me pareció que tenía los ojos como pegados con engrudo. Tampoco me tranquilizó la sangre ya tan reseca que parecía haberle salido de la nariz antes de ser cazado. Estoy casi segura de que la mixomatosis no se contagia a los

humanos, así que no era tanto el miedo a la infección como el rechazo a comer carne de un animal infectado (casi podría decir que un sentimiento supersticioso o al menos irracional) lo que me llevó a renunciar al conejo. El niño se había acercado porque pensaba que iba a desollarlo y a él le fascina cuando desplumo, corto carne y huesos, separo cartílagos. Nunca me había visto desollar un conejo, pero probablemente pensaba que iba a asistir a una operación asombrosa.

Está enfermo, le dije, aunque esa afirmación sólo habría podido aplicarla a un ser vivo. Los ojos, fijate, están hinchados, y pegajosos.

El niño alargó la mano y acarició los párpados. No podemos comerlo. Suéltalo, le dije también, porque lo había agarrado por una pata. No, no es para comer.

Es rara la vez que el niño se encapricha pero por más que tiraba no conseguía que soltase la pata mordisqueada del conejo.

Que lo sueltes, y lo empujé con fuerza porque acababa de sacar la navaja de un bolsillo. Salí al exterior, recorrí el trecho de matorral que nos separa del bosque, con el niño casi corriendo detrás de mí, y lancé el cadáver entre los árboles lo más lejos que pude. Si digo que el niño pasó tres días sin hablarme no es muy significativo porque lo habitual es que no me hable. Pero incluso se negaba a mirarme y a darse por enterado de mi presencia.

No seas tonto, podríamos haber enfermado. Pero supongo que la urgencia de la comida era para él más fuerte que cualquier precaución. La próxima vez que consiga un conejo, si hay una próxima vez, aunque tenga mixomatosis o cualquier otra enfermedad, enseñaré al niño a desollarlo, lo desmembraremos juntos, lo comeremos sujetándolo con las manos, a dentelladas, igual que haría el perro al que se lo haya robado. El niño ha aceptado antes que yo que ya no podemos regirnos por consideraciones propias de humanos civilizados. Para seguir con vida tenemos que regresar a una animalidad que antes me habría parecido despreciable. Aunque quizá el niño nunca salió de ella. No lo condeno. Al contrario, me parece una virtud útil en un posible aliado.

No me gusta acercarme a las otras cabañas porque me da miedo lo que pueda encontrar en ellas. Pero no hay otro remedio. El hombre no regresa y las provisiones siguen reduciéndose: de lo que nos trajo la última vez sólo quedan una lata pequeña de galletas, un puñado de zanahorias lacias, dos bolsas de albaricoques secos, unas pocas latas de conservas que administro con avaricia; poco más. Los hongos y las bellotas que aún recoja no nos van a bastar para pasar el invierno. Me pongo el chaquetón y lo abrocho hasta el cuello. No sé cómo podría quitarle el olor a animal de establo, aunque me voy acostumbrando a él. No necesito decir nada al niño. Se levanta también y se calza las botas. Tarda tres o cuatro minutos en atarse los cordones. Lo hace como quien sabe que sólo hay una forma precisa de hacer el nudo, de manera que la longitud de cordón sobrante sea idéntica de los dos lados. Deshace una y otra vez la lazada hasta que se ajusta a sus deseos. Cojo la escopeta que siempre dejo apoyada contra la pared, al lado de la puerta. Es una escopeta de cartuchos, de dos cañones. Estoy segura de que el día que de verdad la necesite será insuficiente. Pero me tranquiliza que esté ahí, cargada y con el seguro echado. El niño jamás se acerca a ella y no sé por qué pienso que ha tenido una mala experiencia con algún arma. Pero sí coge la bolsa de cartuchos y se la cuelga del hombro en bandolera. No te alejes, le digo, aunque resulta innecesario. Camina un par de pasos detrás de mí, quizá por miedo a lo que podamos encontrarnos más adelante. Me detengo en la encrucijada que divide los caminos que llevan monte arriba y los que bajan bordeándolo hacia el valle. Tomo uno de los dos que suben hacia la escarpadura que queda detrás de la casa. Supongo que estará menos explorado y aunque las posibilidades de dar con algo útil son menores, es poco probable que nos topemos con alguien. No es un camino agradable. Transcurre pedregoso y escarpado en algunos tramos, y en otros, allí donde lo cruzan las torrenteras, se vuelve barrizal del que es difícil despegar las botas; durante un trecho serpentea junto a un denso bosque de alisos en el que siempre imagino apostados todo tipo de seres, que van de lo animal a lo sobrenatural. Al bordearlo nunca sé si debo mirar hacia lo hondo del bosque, porque entonces su oscuridad me asusta, o aceptar el temor de no percibir que algo inesperado se aproxima. Caminamos por un tiempo indefinido que aún me empeño en calcular como media hora, a pesar de que llevo años sin ver un reloj; a veces cambio de sistema y me pongo a contar los pasos para hacerme una idea de tiempos y distancias, pero me despisto y tengo que volver a contar desde cero o desde un número casi arbitrario que decido a bulto. El niño vadea los barrizales buscando piedras o maderas sobre las que pisar para evitar que se le hundan los pies, pero al poco tiempo está, como yo, manchado de lodo hasta las rodillas. Se escurre de pronto, aunque avanzaba despacio y concentrado, y yo hago un gesto brusco para sujetarlo, que me hace a mí perder el equilibrio. Caigo con sensación de hacerlo a cámara lenta en medio de un charco, lanzando una rociada turbia a mi alrededor que alcanza la cara del niño. El dolor en el hombro izquierdo me saca las lágrimas antes que el grito. Durante unos segundos no puedo ni pensar en moverme. Todo mi cuerpo tendido en el barro como en una mortaja húmeda. Apenas consigo respirar. El niño se ha acercado y se arrodilla a mi lado sin importarle el agua ni la arcilla empapada, sin limpiarse los manchurriones del rostro y los párpados. Si no me doliese tanto, me echaría a reír: estoy tumbada boca arriba con las piernas abiertas, semienterrada en lo húmedo, pero con el cuello tenso hacia lo alto como si temiese ahogarme y también con el brazo que sujeta

la escopeta tendido al cielo en un intento de mantenerla limpia. Me he preocupado más de protegerla a ella que a mí, y quizá haya sido una decisión inteligente.

El niño la coge ahora sin temor y dobla el otro brazo para que me sujete a él. Espera, creo que me he clavado algo. Él asiente y mira junto a mi hombro, supongo que al barro enrojecido aún más por la sangre. Al incorporarme, una punzada me atraviesa desde el hombro al pecho y creo que voy a desvanecerme, o lo hago un momento sin darme cuenta. Al reabrir los ojos el cielo parece ondularse como si fuese la superficie de un lago. Me apoyo en el otro brazo, me giro para ponerme de rodillas con las manos enterradas en el fango hasta la muñeca. Cuando salimos del barrizal me doy cuenta de que he perdido una bota. El niño la busca a tientas sin hacer remilgos. La levanta como un trofeo chorreante, tan pringada que no es fácil reconocer qué es. Intento ponérmela, pero, entre que no puedo mover un brazo y que se ha llenado de tierra empapada, no me resulta fácil. Decido quitarme la otra; de todas formas, voy a estar obligada a caminar muy despacio. No nos detenemos a buscar qué es lo que me he clavado en el hombro; da igual que se trate de una estaca de madera o de un hierro oxidado. No hay nada que pueda hacer salvo echar alcohol a la herida cuando estemos en casa. Emprendemos el camino de vuelta, hambrientos, llorosos -el niño también-, yo apoyándome ligeramente sobre sus hombros escuálidos. Parecemos los últimos supervivientes de una batalla.

El dolor no desaparece, pero se va diluyendo. La sangre se ha extendido por el tejido de la camisa y ha dado la vuelta por el costado, de forma que una mancha roja ha empezado a desparramarse también hacia mi pecho izquierdo. En la cabaña, me quito con esfuerzo el chaquetón, después la camisa. El niño me ayuda a lavarme con un paño húmedo. Probablemente podría hacerlo yo sola, pero me reconforta esa sensación olvidada de que alguien me cuida durante una convalecencia. La atención de otro, los movimientos cautelosos, el cariño. Se me están saltando las lágrimas pero no me importa porque si él las ve pensará que es por el dolor. El niño acaba de limpiar la sangre de mi espalda. Sin preguntarme -nunca pregunta- me ofrece el paño y entiendo que no se atreve a limpiar también la herida. Le señalo con un gesto el armario y él vuelve con un frasco en el que quedan dos dedos de alcohol. El escozor me despierta, me saca de mi ensueño de enferma velada por un familiar afectuoso. Ahora siento rabia por mi torpeza, frote tan fuerte que parece que me estoy castigando. El dolor renovado también me espabila. Palpo los bordes de la herida: es una herida limpia, casi circular y muy pequeña, por lo que pienso que no la ha causado una astilla sino un alambre grueso. Creo recordar que los primeros síntomas del tétanos suelen tardar más de una semana en aparecer. Espasmos, babeo, fiebre, sudores. Si entonces noto alguno de esos síntomas abandonaré la cabaña por la noche y me adentraré en el bosque hasta llegar al río. No es una fantasía del todo desagradable, tumbarme en la orilla, mirando las copas de los árboles. Morirme de una puta vez. Si el niño me encontró a mí podrá encontrar a otra persona que lo cuide. Y si no: todos estamos solos. No somos responsables de nadie.

Paso la tarde en la cama y en esa inactividad el hambre regresa. El niño está tumbado en el suelo, boca abajo, moviendo los labios como si hablase solo. ¿Echará de menos a alguien, a un padre, a una madre, a un amigo? ¿Me echará de menos a mí si me muero? En lugar de enternecerme la fantasía, siento indiferencia. No, no va a hacer que me sienta responsable. Somos una asociación, una forma de vida simbiótica. Yo soy la concha del cangrejo ermitaño, dura, insensible. Alguien tiene que asumir ese papel.

En primavera voy a las laderas pobladas de piornos, corto unos ramilletes cuajados de flores amarillas y los coloco en la cabaña en un tarro alto que me sirve de florero. No sé por qué lo hago, si me basta con mirar por la ventana para ver una superficie inmensa cubierta de esas mismas flores. Pero me produce una sensación inexplicablemente hogareña tenerlas también en el interior, a veces en un ramo en el que las combino con lavanda y con ramas de roble de las que cuelgan esas bolas marrones en las que depositan sus huevos unas avispas negras diminutas. Una vez corté una por la mitad para que el niño viese las larvas que contenía. Desde entonces, cuando bajamos a coger leña, aprieta el paso si pasamos al lado de alguno de esos robles chaparros del sotobosque en el que abundan las bolas parásitas. Supongo que tienen un nombre, pero, aunque pasé mi infancia y mi adolescencia en el monte, hay cosas que he olvidado o no aprendí nunca. Me importa saber el nombre de las cosas que me rodean, por mucho que eso no signifique un mayor conocimiento de ellas; pronunciarlo me las acerca: piorno, feldespató, rebollo, venero, breña, escardillo. Probablemente no dije ninguna de esas palabras durante los más de veinte años que viví en la ciudad, pero ahora las pronuncio con reverencia para mí misma, en voz baja, cuando tengo delante aquello que nombran, y no es que sea Dios creando de la nada, pero sí siento que establezco una relación más íntima, una especie de alianza con lo que tengo alrededor. Sólo nos es de verdad cercano lo que podemos nombrar. Quizá también por eso evito palabras que ya no me sirven porque remiten a un mundo para mí desaparecido: ordenador, móvil, aplicación, lavavajillas. Son palabras frías y metálicas, no tienen sabor ni las puedo asociar a un olor. Las otras tampoco huelen, claro, pero evocan como mínimo la posibilidad de un aroma o de un tacto que descubra rugosidades, entresijos, texturas. Piorno, encina, zarza; pronuncio esas pocas sílabas y me siento acompañada. Me inquieta ignorar el nombre de plantas que abundan a mi alrededor, de minerales que piso todos los días, de formaciones de nubes. Y sin embargo me da igual saber cómo se llama ese pico, cuál es el nombre de ese río; lo que pone en los mapas no me preocupa, sólo las palabras que definen y me acercan a una cualidad propia, única, de lo que toco o veo. Si le pregunto al hombre cómo se llama una flor azulada que se extiende a ras de tierra, como si la planta no soportase el viento y por eso tiene que agazaparse contra el suelo, el hombre la empuja cuidadosamente con el pie como lo haría con una culebra que no sabe si está muerta y después se encoge de hombros, no sé si porque también desconoce el nombre o porque la respuesta le parece superflua. Al principio le preguntaba con frecuencia, luego fui dejando de hacerlo, aunque sospecho que sí sabe muchos de esos nombres que calla. A lo mejor no me los dice porque quiere que siga dependiendo de él y prefiere que no averigüe demasiado, que no me mueva por estas tierras como si hubiese nacido en ellas. Le guardo rencor por pretender reservarse ese privilegio. Y por muchas otras cosas, aunque de algunas de ellas no tiene la culpa.

Zarza, le digo al niño, acuclillándome detrás de él y poniendo los labios cerca de su oído, como para contarle un secreto. Cirro. Frambuesa. Riachuelo. Le revuelvo el pelo y el me aparta de un manotazo afectuoso.

Encuentro a la gata al borde del porche, la cabeza sobre la madera, el resto del cuerpo tendido sobre los hierbajos. El pecho y el vientre están deformes; hacen pensar en una posesión infernal, en una fuerza enloquecida que la habría golpeado y lacerado desde dentro sin reventarla. Cuando me acerco descubro decenas de agujones clavados en el pellejo. Tiene los párpados y los labios erizados de púas. La delicada carne del interior de las orejas es de color cereza madura pero no ha llegado a sangrar. Me vuelvo hacia la cabaña. El niño tiene la frente pegada al cristal, la boca abierta y los ojos semicerrados; la cara arrugada como la de un anciano o, más bien, como la de una máscara de anciano, porque lo que no es arruga parece de madera barnizada. Su expresión hace pensar que está dando un alarido de dolor, pero si fuese así lo oiría a través del cristal. No emite un sonido, sólo imita el gesto del grito. No sé qué hacer con Miss Daisy. Me gustaría librarme de ella enseguida, quitársela de la vista al niño, pero no me atrevo a cogerla por la cola y lanzarla a los matorrales para hacerla desaparecer cuanto antes. Tampoco puedo dejarla en el suelo y prolongar la situación. Pienso en romper el hechizo interponiendo mi cuerpo entre el cadáver y el niño. No lo hago. Por alguna razón creo que no debo ocultar lo que sucede, quizá porque creo que encontrar el final verdadero de las cosas, aunque sea un final indeseado, siempre nos alivia. Tomo el animal en mis manos y extiendo los brazos, aunque no del todo, tan sólo separando la carga de mi cuerpo. Como llevaría a un bebé muerto. Me giro en esa postura hacia la ventana. El niño cierra la boca y separa la frente del vidrio. No pestañea. Durante un rato no hace absolutamente nada y yo tampoco. Luego desaparece por unos instantes. Cuando llega arrastrando el azadón echamos a caminar y nos detenemos a unos cien metros de la cabaña. Aquí estará bien, digo, aunque no me parece que sea la frase adecuada. Dejo la gata en el suelo y empuño el azadón. El niño observa el hoyo que voy cavando con esfuerzo porque hace tiempo que no llueve y cada golpe de azadón repercute en mis codos y en mis dientes como si estuviese estrellándolo contra un bloque de metal. Las raíces leñosas, que deben de pertenecer a un sauce cercano, no hacen la tarea más fácil. Se van partiendo chasquido a chasquido.

Al cavar me duele la herida en el hombro; se ha ido secando sin infectarse y únicamente me acuerdo de ella cuando realizo ciertos movimientos, también ahora cada vez que el borde ya muy mellado del azadón choca con la tierra. No he tenido síntomas de tétanos.

Cuando me parece que el hoyo es suficientemente grande, o quizá cuando me quedo sin fuerzas, dejo el azadón junto a mí y me tengo que apoyar en el mango para no perder el equilibrio. Me limpio el sudor de la frente con la otra mano. Creo que esto ya está, digo. No hace falta cavar más.

He tenido que hacer una pausa en medio de esas dos breves frases porque el aliento no me llegaba para terminarlas. El niño se arrodilla. Acaricia la cabeza de la gata. Toma el animal con las dos manos, extendiendo un poco los brazos hacia adelante como yo lo he hecho. Lo deposita despacio en el agujero y empuja hacia el interior la cola, cuya punta había quedado apoyada en el borde. Devuelve la tierra al agujero haciendo un rastrillo con los dedos hasta que ya no se ve a Miss Daisy. Aplana con las palmas el pequeño túmulo que ha formado, lo alisa meticulosamente, quitando las piedrecillas más gruesas y los trozos de raíz y de hierbas mezclados con la tierra. Cuando queda satisfecho con su obra, se incorpora.



¿Sabías que las abejas mueren después de clavar el aguijón?

El niño inclina la cabeza hacia un lado como hace siempre que está considerando un problema o que le cuesta entender una situación.

No es como con las avispas. El aguijón de las abejas tiene forma de anzuelo y se queda en el cuerpo de la víctima porque no pueden retirarlo después de picar; entonces se les desgarran el abdomen y se les sale el aparato digestivo, también una parte del sistema nervioso. Por eso sólo pican en caso de extrema necesidad.

El niño mantiene la misma postura. Hay algo que sigue sin comprender. Tampoco es que comprenda yo del todo por qué pican si van a morir al hacerlo; sé que tiene que ver con el instinto de transmisión de la herencia genética, pero la explicación no acaba de convencerme, porque las abejas obreras son estériles. Es decir, preservan los genes de sus parientes y sólo de manera indirecta los propios. Lo que desde luego no sabría explicar es por qué cuento todo esto al niño. Pero cuando empiezo me gusta terminar. No me preocupa cuánto entienda de lo que digo. Algo entrará en esa cabecita de cordero; igual que el agua va penetrando en la tierra seca, mis palabras quizá también se filtren hasta ese lugar remoto que es su conciencia.

Cada individuo se sacrifica por el bien de la comunidad, continúo. Defiende la colmena con su propia vida, ¿entiendes? Cuando se sienten amenazadas, las abejas obreras se suicidan atacando al enemigo del enjambre. Quizá pensaron que la gata era un peligro. Pobre Miss Daisy. Un peligro ella, si la maldita gata no era ni capaz de cazar.

Me echo el azadón al hombro, con un gesto que me parece, no sé por qué, viril, y que me hace sentir bien. El niño es el primero en empezar a andar. Caminamos juntos de regreso a la cabaña. Una ráfaga de viento atraviesa los robles provocando una lluvia de hojas amarillas y un siseo como de papeles revoloteando por el suelo. Un búho gira la cabeza y nos observa con expresión disconforme. Tampoco él dice nada.

Nunca sé cuándo va a aparecer el hombre. No llevo bien la cuenta de los días. Al principio lo hacía, pero con el paso del tiempo dejé de encontrarle sentido. El invierno llega siempre de todas maneras. La noche también. Pero sí sé que viene en intervalos muy irregulares. A veces sólo tarda un par de días en regresar; otras estoy segura de que puede haber pasado un mes o incluso más desde su última visita. Y a veces pienso que ya no va a volver nunca. Entonces me desespero al imaginar el resto de mi vida sin oír otra voz humana que la del niño, esa voz que emite sonidos pero no comunica casi nada. El hombre habla más que el niño, salvo si le pregunto. Entonces niega con la cabeza. Parece que únicamente es capaz de hablar si él quiere o necesita decir algo. El concepto de diálogo le resulta tan incomprensible como una lengua que nunca había oído antes. No me importa. Me doy cuenta de que mis preguntas no buscan información, sino que me haga caso. Pero me lo hace de otras formas. Y lo esencial no es que me responda: lo esencial es que me hable.

Me cuenta de la casa que está al otro lado del bosque que se interpone entre la cabaña y las laderas de las montañas más elevadas, no en la linde, mucho más lejos, al menos a tres días de camino, y me cuenta del pozo delante de la casa. Una vez quiso beber esa agua que él recordaba muy fría y casi dulce y encontró una oveja hinchada en el interior. Parecía que iba a estallar como la vejiga de un pez, dijo, y a mí me sorprendió la comparación. Desde entonces no visita la casa porque se pregunta cómo fue a caer la oveja al pozo; el brocal es muy alto, dijo, y por eso más bien se pregunta quién la tiró al pozo. Me cuenta también de un mercado en el que compra herramientas, zapatos, munición, guantes de cuero o, si son demasiado caros, de lona forrados de borrego; medicamentos, rara vez un pastel o una botella de alcohol. ¿Hay otras mujeres allí?, le pregunto. Entonces niega con la cabeza, lo que no significa que no las haya.

El hombre llega casi siempre por la noche. Cuando toca a la puerta con tres golpes muy rápidos, el niño se va a su camastro. En esos momentos me gustaría que la cabaña tuviese más de una pieza, poder cerrar una puerta entre el niño y nosotros, porque aunque tenemos un retrete minúsculo no es más que un rincón separado del resto por una cortina. Pero el niño crea su propia puerta. Se tumba en la colchoneta y se queda con la nariz casi pegada a la pared dándonos la espalda. Nunca le he descubierto volviéndose a espiarnos, tampoco cuando no puedo o no quiero contener los gemidos. Estoy harta de controlar, de sopesar, de analizar, de prever. Quizá es eso lo que más me agota: estar todo el tiempo alerta, como quien camina por terreno minado. En las pocas ocasiones en las que el hombre está conmigo y sobre mí le dejo a él esa tarea. Yo grito, cierro los ojos, sacudo con fuerza la cabeza hacia los lados, lo espoleo con los talones, en ocasiones me río, y la risa suena como si saliese de otra, de una mujer ebria pero alegre, de una mujer que no puedo ser yo. El hombre me observa; también en esos momentos. Incluso mientras se corre tiene los ojos abiertos y la expresión más sorprendida y atenta que de éxtasis o de abandono. Después continúa examinándose: mi cuerpo desmadejado es un paisaje que explora con los ojos, lo aprende de memoria, parece anotar mentalmente cada uno de sus accidentes. Sin duda podría recorrerlo a ciegas sin tropezar. Lo hace con los labios, otra manera de apropiarse del territorio. Y después con los dedos, aunque entonces más que recorrerme parece que me da forma. Ya no es explorador sino alfarero. Y yo imagino que bajo la presión de sus dedos mi cuerpo vuelve a ser el

que era hace quince años porque elimina rebabas, devuelve lo sobrante a su sitio, traza otra vez contornos claros, alisa superficies. Cuando me toca me vuelvo a un tiempo firme y maleable.

No se lleva bien ni mal con el niño. También a él le cuenta historias, casi siempre de animales. De las cabras con las que se encuentra en lo más alto de las montañas y que pelean a topetazos: una se pone en un saliente de la pared de roca y se deja caer sobre la que queda por debajo. Cuando chocan las cabezas suena igual que cuando lo hacen dos pedruscos. El valle reproduce el eco, y entonces es como si se desprendiesen las rocas de un acantilado. También cuenta que durante esas peleas no es raro que una de las dos se despeñe, y él ha visto desde lejos esa caída al vacío durante la que el silencio parece volverse más denso. Le habla de lobos, aunque estoy segura de que se extinguieron hace mucho en estas tierras; pero él describe hallazgos de animales en lo más profundo del bosque, con las gargantas destrozadas, apenas pellejo y huesos, cuernos, pezuñas, y en todo ello marcas de colmillos: ha sido el lobo, dice el hombre, jaurías que salen a cazar de noche. Otra vez le contó de un lagarto que cambia de color no según el de lo que lo rodea, sino reaccionando a la temperatura del aire y la presión atmosférica. Cuando se pone de color azul entonces hay que correr a buscar abrigo porque eso significa que está llegando una tormenta de hielo. Le cuenta historias que creo verdaderas e historias que se inventa. El niño tiene una experiencia tan limitada del mundo que no hay diferencia entre unas y otras: todo lo lejano y desconocido es de alguna manera maravilloso.

En general, el niño no da señales ni siquiera de reconocer la presencia del hombre mucho más de lo que hace con la silla o la mesa. Lo rodea o lo aparta si lo encuentra en su camino. Únicamente si interrumpe la historia que está contando, el niño levanta la cabeza y aguarda. Cuando el hombre retoma la narración, él vuelve a lo que estuviese haciendo, que a veces es nada salvo contemplar el suelo. Una tarde el hombre sacó de su mochila una marioneta de madera; el niño la tomó de sus manos como habría hecho de encontrársela tirada entre matojos, y se fue a un rincón a jugar con ella. Todavía hay momentos en los que se acuerda de ese muñeco de madera descolorida, lo toma por las tablillas y le hace caminar por la habitación. Es un policía o un soldado. Por el movimiento de los labios, aunque apenas perceptible, un bisbiseo de ventrílocuo, sé que habla más con su marioneta que conmigo. ¿Qué le contará? ¿Qué conversaciones mantendrá con ella? No sé por qué sospecho que, en realidad, no es él quien habla, sino que le presta su voz al muñeco. Probablemente: el muñeco habla por boca del niño y el niño no responde, salvo quizá lluvia, nube, tiempo, adiós.

Ahora puede hacer cinco o seis semanas que el hombre no viene. O más. La última vez estaban madurando los higos y ya prácticamente no queda ninguno. Es verdad que habían salido muy pocos: el clima es demasiado frío. Las hojas de la higuera se ponen marrones, se abarquillan, amarillean antes de tiempo, caen también antes de que entre de verdad el otoño, y en las ramas desnudas quedan sólo los frutos, que parecen excrecencias enfermizas, como esos tumores que a veces salen en la corteza de los árboles; luego casi todos se desprenden, arrugados y con la consistencia del corcho. Pero tampoco han madurado este año los tomates: se pudrían en la rama aún verdes. Las patatas salían renegridas como si en lugar de sacarlas de la tierra las extrajese de un horno ya frío. Los higos, los tomates, las patatas, también los calabacines que antes crecían de forma desmesurada, como si fuesen producto de algún experimento genético, ahora se atrofian y agrietan sin que yo los riegue ni más ni menos de lo que hacía los años anteriores y sin que las temperaturas hayan cambiado de manera significativa. Se lo dije al hombre, que la tierra se ha cansado de alimentarnos. Él asintió, se mordió el labio, hizo con las manos un gesto al que no

siguió explicación ni consuelo. Creo que está tan desconcertado como yo. Por mucho que recorra la región y reciba noticias aquí y allá, hace tiempo que dejó de comprender el mundo. Todavía se orienta por las estrellas y los accidentes geográficos, eso no ha cambiado, pero el comportamiento de los seres vivos, ya sean plantas, animales o personas, se ha vuelto un misterio que ha dejado de esforzarse en descifrar. Quizá sea esa la razón de que venga a la cabaña; hay en el niño y en mí una estabilidad, una consistencia que no puede encontrar en otra parte.

Por eso, aunque no lo espero, tampoco me sorprende oír los tres golpes contra la puerta. El niño está en ese momento intentando coser la suela de una de sus botas; por supuesto, no sabe hacerlo, pero qué más da. Me gusta verlo con ese empeño, el movimiento torpe y a la vez delicado de sus dedos, la alegría que transmite, no su rostro, sino a través del rápido balanceo de su tronco cuando atina con algo que llevaba rato intentando. Al oír los golpes, hoy no sólo se tumba de cara a la pared, también cubre su cabeza con la almohada. No pienso dejarme chantajear. No voy a reprimir las ganas de perder el control por mucho que a él le moleste.

Abro y me cuesta reconocer la cara del hombre. No puede haber envejecido tanto en estas semanas, aunque sea alguna más de las que calculo. Los párpados parecen haberse estirado hacia abajo, los ojos más pequeños; tiene varios cortes superficiales en el mentón y los huesos de las mejillas se marcan como las costillas de un perro flaco. Entra sin abrazarme. A juzgar por el ruido que hace al dejar la mochila en la mesa, lleva cosas sólidas en su interior, espero que latas de conservas. Reconoce la cabaña como si fuera la primera vez que la visita, con pasos lentos y amplios: recorre con la vista las paredes, la estufa encendida, la superficie de la mesa; parece evaluar lo que tiene ante sus ojos, quizá buscando cambios, señales del deterioro. Por fin me mira a mí. Tampoco entonces me abraza y me siento humillada. Un perro que aguarda la caricia del amo y este lo aparta con un pie. Pero yo sé que él lo necesita tanto como yo. Mentira. No sé qué necesita, si encuentra en sus recorridos algo que lo sacie, si los recuerdos que trae consigo son más intensos que lo que pueda sentir en mi presencia. Sonríe, por fin, pero yo me niego a ir a sentarme a su lado; no reacciono a la palmadita sobre la mesa con la que me convoca junto a él. Finjo tener que avivar la lumbre y provocho un revoloteo de chispas y pavesas al hurgar las brasas con el atizador. Ni siquiera cuando toca mi espalda cedo a su atracción. ¿Vienes?, dice, y la pregunta lo redime. No sé qué habría hecho si su primera palabra hubiese sido un imperativo. Voy, entonces. Su cuerpo huele a cuero y a leña seca. Sus mejillas raspan como la corteza de algunos árboles cuando las restriega contra mí, y cuando me besa me arden la cara y los labios, pero agradezco esa sensación intensa, como la de quien comienza a sentir, después de frotarla, una mano entumecida. Me abraza hasta que me duele, pero todo lo demás es suave, medido, cauto. Examina mis reacciones, descifra mis gestos. Oigo al niño, pero me da igual, parece hacerme un eco mitigado, su voz, aunque casi inaudible, se vuelve más aguda con la mía, ronca cuando yo enronquezco. El hombre suspira. Me pone los dedos sobre los labios y sé que no es para silenciarme. La noche se agrieta y se agiganta, la cabaña pierde sus paredes, me adentro en mí misma, felizmente me desgarró. Si no fuese por estos momentos cogería esa mierda de escopeta y me pegaría un tiro.

No.

No te engañes, me digo después, sabes que no es verdad. Quiero sobrevivir, aunque sea hambrienta, dolorida, rabiosa.

El hombre respira despacio. El metal de la estufa da chasquidos al enfriarse. Un pájaro picotea el tejado. Caen al suelo ramas o piñas. Mañana le diré que puede que la próxima vez no

me encuentre. Ya no basta con lo que nos da el huerto y tampoco con las pocas provisiones que nos trae en sus visitas. Al niño se le está poniendo cara de criatura abisal.

Pero eso será mañana. Ahora no le digo nada. Ni siquiera deseo que me hable. Me levanto de la cama y me voy a la del niño. Me acurruco contra él y su cuerpo se ajusta al mío en versión reducida: soy el molde que lo contiene. Oigo aún los pies o el hocico de un roedor revolviendo las hojas alrededor de la cabaña. Siento dentro del cráneo el tenue reverbero de mis gritos. Acaricio la cabeza del niño. Huele a grasa animal, pero me gusta. Buenas noches, le digo. Adiós, me dice, y se aprieta más contra mí. Supongo que me quedo dormida.

Me despierta el ruido que produce el hombre trasteando en la cocina, aunque se esfuerza en manipular con delicadeza los cacharros. A través de los párpados entrecerrados veo que los deposita muy despacio en la mesa y pone la sartén en el fuego como si no quisiera soltarla del todo. Le dejo ocuparse del desayuno sin moverme. Sólo cuando el niño se vuelve para descubrir qué está sucediendo, me siento en el borde del camastro. Nos acomodamos en la mesa como los huéspedes de un hotel, seguros de que todo lo que necesitan les será servido. El hombre echa en nuestros platos lo que supongo es el contenido de un par de latas de alubias con tocino y mi cuerpo se alegra por la ración de grasa que tan rara vez obtiene. Luego vierte café en las tazas. Leche no hay, dice. Ni azúcar. Le sonrío. Trae también un cuenco pequeño con galletas saladas.

Se sienta a mi lado y frente al niño. Cuando vamos los dos a un tiempo a coger una galleta nuestras manos chocan. Sujeta la mía dentro de su manaza con firmeza y cuidado, como cogería a un pájaro con un ala rota. Deberíais quedaros aquí, dice, y me pregunto si habré hablado en sueños; o se lo dije la vez pasada, porque ya hace semanas que fantaseo con dejar la cabaña para buscar un lugar más seguro.

No, no es seguro, sigue leyéndome el pensamiento. Yo vendré más a menudo, si quieres. Una vez a la semana, cada diez días como mucho. Puedo conseguir cosas. Ya lo has visto.

No sé qué responder. Si le digo lo que estoy pensando, tendría que confesar que no puedo vivir a expensas de si aparece o no, administrar el hambre como administro el deseo. Esperar su regreso cada día. Depender de su generosidad y de sus planes. Si he sobrevivido todo este tiempo es porque he confiado en mis fuerzas y las he organizado de acuerdo con la necesidad. Y no quiero que se quede con nosotros. No sabría qué hacer con su presencia leñosa y áspera, con sus silencios densos, pesados -los del niño son livianos, silencios de pececillo de colores-, me hartarían sus pasos sobre la madera, sus gestos que ocupan demasiado espacio, las manos que parecen abarcar toda la mesa cuando las deposita encima de ella.

Veremos, le digo. Aún no lo he decidido.

Traeré comida, insiste. Galletas, latas, café. Carne seca.

Azúcar, dice el niño. Azúcar.

Lo intentaré. Las cosas no son fáciles. Pero podemos estar bien. A lo mejor es posible pescar otra vez en el río. Sé hacerlo. Tendríamos suficiente.

A mí me asusta ese plural que me abarca y me compromete. Esa manera de entrar sin de verdad llamar a la puerta. O como si no hubiese puerta. Considera que mantenernos lo convertiría en un habitante más de la casa y que no tendría que contenerse como lo hace ahora para no cambiar el orden de los cacharros y los muebles, ya podría tomar decisiones por los tres como yo lo hago ahora por el niño y antes lo hacía por la gata, tendría al menos derecho a opinar y plantear objeciones. A cambio de comida, de protección, de la solidez de su cuerpo. Y yo querría no ser avara ni calculadora; sé que es mucho lo que ofrece. Pero ya no estoy habituada al trueque ni al

negocio. Aunque sólo sea dueña de una escopeta y un puñado de cartuchos, de un huerto desangelado en el que se pudren los frutos, de una cabaña que se inclina con cada vendaval y cuyo techo podría salir volando en cualquier momento. Probablemente es ridículo sentirme orgullosa de propiedades tan exiguas, pero frunzo el ceño, ya veremos, repito, y él entiende que quiero cortar la conversación.

Como quieras. Ya me dirás. Pero de todas formas volveré la próxima semana. Si te parece bien. Hay algunas cosas que he dejado allí y quiero traer.

No sé dónde es allí. No sé de qué cosas habla, aunque supongo que son alimentos, un cebo para que acepte su propuesta.

Asiento. Sí me parece bien y no es una concesión excesiva. En realidad, me alegro de que vaya a volver tan pronto. Sus visitas no me molestan, al contrario, sólo me da miedo una asiduidad que transforme el equilibrio inestable en el que vivo. Claro, ven la semana que viene. Te estaré esperando.

Pero antes de que se vaya tenemos que saciar nuestra sed. El niño debe de intuirlo. Se levanta, saca la navaja, única posesión con la que llegó a la casa aparte de sus ropas. Una navaja con cachas de hueso sujetas por dos remaches plateados, que debió de ser muy puntiaguda, pero ahora la punta está rota. Cuando se siente inquieto corta con ella el borde de la mesa como si tuviese en sus manos una sierra, de forma frenética. Le dejo; qué más da que estropee la mesa, aunque me preocupa esa obsesión, que me recuerda a la de quien se come las uñas hasta que le sangra la carne o la de quien se hace cortes o incisiones en lugares invisibles del cuerpo (suelo examinar sin que lo note el interior de sus muslos y sus brazos para asegurarme de que no hay cicatrices en ellos). Si nos quedamos mucho tiempo en la cabaña, acabará por partir el tablero en dos. Hoy no aplica el filo a la muesca profunda que queda frente a la que siempre es su silla. Tampoco abre la navaja. Pero siempre la lleva cuando sale solo de la cabaña, como hace ahora.

No te vayas muy lejos. Supongo que me ha oído. Cierra la puerta con un golpe más fuerte de lo necesario. Me levanto tras él y echo el cerrojo. Por supuesto que abriría inmediatamente si llamase, lo hago porque sólo así puedo, en medio de la cabaña, quitarme el jersey de dos tirones, el pantalón con algo más de esfuerzo pero con idéntica ansia. Las bragas sin apartar la vista de él. Es un animal al acecho, aunque ya sabe que no me va a encontrar desprevenida. Se levanta, se agacha lo suficiente para pasarme los brazos por debajo del culo y me lleva a la cama como si sólo cargase una bala de heno. Me gusta esta sensación de no pesar nada, casi de flotar en sus brazos huesudos y fuertes. Se arrodilla sobre la cama, hunde la cabeza en mi cuello con gruñidos de fiera. Busca torpemente la entrada y yo lo guío impaciente. Espera, dice, y yo no espero. Él está encima de mí pero soy yo quien lo cabalga; lo azuzo y apremio. Un tintineo de cristales se hace eco de mis gritos y a él le da una risa que lo desarbola. Poco a poco se destensa, peso muerto pero cálido. Al mismo tiempo nuestro jadeo va volviéndose respiración, lenguaje lo que eran exclamaciones y estertores. Se tumba boca arriba junto a mí. ¿Has oído?, susurra. ¿Has oído? No respondo, pero me quedo escuchando, sin miedo, recuperando la conciencia del espacio y de mi cuerpo en él. Hace unos segundos no estaba en ningún lugar y estaba en todos.

Al cabo de un rato se levanta, se pone los pantalones y va a asomarse a la ventana. Da unos golpecitos contra el cristal, supongo que para llamar la atención del niño. Abre la puerta y entran unos pasos diminutos. El niño no se acerca a la cama, como ahuyentado por el calor que ha dejado ese cuerpo junto al mío. Roto, dice desde el otro lado de la cabaña, señalando hacia el techo, pero no quiero saber de qué me habla. Me tapo con la manta. Roto, insiste, roto.

¿Qué se ha roto?

El cielo.

Sólo entonces oigo los truenos a lo lejos. Después la lluvia llega a ráfagas, barriendo el techo, las ventanas, los árboles, también la sensación de seguridad de hace un instante.

A pesar de todo hay en mi vida momentos de felicidad. No quiero decir únicamente de tranquilidad o ausencia de miedo. Es mucho más o mucho mejor que eso. Cuando corto leña para la chimenea con el hacha pequeña que me regaló el hombre y parto la madera de un solo golpe. Cuando descubro en el peral un nido de mirlos, llevo la escalera hasta el tronco, asciendo sin hacer ruido, descubro a los polluelos aún ciegos, que pían con el pico abierto sin imaginar peligro alguno (la madre o el padre sí lo imaginan, gritan desde una rama cercana de forma repetitiva, monótona, para avisar de la presencia enemiga; chis, digo, si no les voy a hacer nada, tontos). Cuando después de trabajar en el huerto bebo agua fría del arroyo. Cuando enseño al niño los tomates aún en las plantas, el gusano que asoma de una pera, los guisantes que voy sacando de la vaina, la lombriz que acabo de desenterrar con la azada. La primera nevada del año, aunque es una alegría absurda porque anuncia la rudeza del invierno. Los primeros crocus antes de la primavera. Buscar, y encontrar, níscales con el niño, limpiarlos después los dos juntos en la mesa de la cocina, cortarlos longitudinalmente, echarlos a la sartén, con el niño a mi lado de pie en una banqueta para vigilar el proceso; comerlos a dos carrillos. Una manada de veinte o treinta caballos que pasan delante de la cabaña en rarísimas ocasiones; puedo haberlos visto tres o cuatro veces desde que estoy aquí; no parecen tener dueño; galopan muy juntos, como para protegerse de algo; no podría decir que tienen crines abundantes ni pieles lustrosas, pero transmiten un orgullo y una libertad que quería para mí; he intentado acercarme a ellos pero pasan deprisa, sin detenerse un momento, como si se dirigiesen a un lugar que deben alcanzar a toda costa; o quizá buscan la seguridad en el movimiento, en no quedar nunca inmóviles y expuestos. Cuando, al paso de los caballos (él sólo los ha visto dos veces), el niño abre mucho los ojos y la boca, a punto de dar voz a su asombro. El arcoíris atravesando el cielo plomizo, qué más da que lo haya presenciado en tantas ocasiones. La forma tranquila en la que el hombre mastica. El niño y la gata dormidos en el suelo de la cabaña, una felicidad menos, y cada una que pierdo me afecta como una premonición lúgubre de lo inevitable. Pero no quería hablar de pérdidas, sino de alegrías: descubrir con el niño una víbora entre la hojarasca, seguirla mientras busca su escondite, la falta de miedo del niño, que con un brazo imita los movimientos ondulantes de la serpiente. Cuando nos despertamos los dos a mitad de la noche y en lugar de enredarnos en nuestro insomnio salimos al porche, nos sentamos en el suelo de tabla, respiramos al unísono mientras crujen los robles. Cuando el niño se entusiasma y salta detrás de las luciérnagas. Cuando regresamos cansados a casa y todo, todo, ha salido bien ese día, nos desplomamos sobre nuestras sillas, pregunto al niño si quiere una galleta, no me responde pero sé que la quiere, la mordisqueamos como ratones, girando la galleta a cada bocadito para mantener su forma redonda, abstraídos los dos en nuestros pensamientos o con la mente casi en blanco -que es lo mejor, tener la mente casi en blanco-. Cuando el hombre se ríe y yo con él, lo que sucede pocas veces y por eso son aún más valiosos esos momentos. Cuando engrasa la escopeta sin que yo se lo pida y lo hace con una atención que vuelve importante cada gesto.

No, cuando el hombre y yo follamos no siento felicidad ni alegría, se trata de otra cosa a la que aún no he puesto nombre. Pero también alimenta mis días y me sostiene, me vuelve, por un instante, invencible.



Gente.

¿Cómo?

Gente, gente, gente.

El niño ha entrado corriendo en la cabaña mientras yo limpiaba la estufa de la ceniza de anoche y también me había puesto a desatascar la chimenea porque me parecía que la leña arde peor, aunque quizá se deba a que está más húmeda. Debo de tener la cara completamente negra, tanto como mis manos. Pero el niño no se detiene a examinar mi aspecto. Salta a la cama, mete la cabeza bajo la almohada, murmura gente, gente, y adiós, adiós, adiós, adiós.

Me asomo a la ventana: no distingo a nadie. Tampoco en el robledal ni sobre el camino que continúa más allá de él, por la ladera opuesta del valle.

¿Viene gente? ¿Es eso lo que me estás diciendo?

No consigo que diga nada más. Sigue con la cabeza bajo la almohada, tumbado boca abajo y oscilando con todo el cuerpo hacia ambos lados. Conozco ese movimiento compulsivo, conozco esa tensión que lo agita. Se llama pánico. Pongo la mano en su espalda y es como acercarla a un transformador eléctrico: transmite una vibración sin materia, una energía que te atraviesa sin tocarte. ¿Dónde, dónde los has visto? Sé que no va a responder, pero quiero al menos que sepa que soy consciente del peligro, que estoy ahí para protegerlo.

Compruebo que hay un cartucho en cada recámara de la escopeta. La dejo otra vez junto a la puerta. Meto la mano en la bolsa de los cartuchos, saco un puñado y los echo en un bolsillo del pantalón. Abro y doy un paso hacia el exterior. Prefiero salir sin la escopeta, por un lado, para evitar dar la impresión de que voy a usarla y provocar así un ataque defensivo; por otro, porque una escopeta es un bien muy valioso y no quiero despertar la codicia de nadie. De pie, delante de la puerta, no soy más que una pobre mujer asustada. Lo que tampoco es buena cosa, pero quizá mi cuerpo ya no interese a nadie. Me alegro de estar toda tiznada, sucia, con los cabellos desgreñados, supongo que nada atractiva, aunque eso dependerá de la necesidad y los escrúpulos de quien se avecine. También podría tratarse de mujeres o de niños. Y no es que me parezcan más fiables o inofensivos, pero sus deseos suelen ser más fáciles de manejar.

Pienso todo eso pero en realidad no veo a nadie. Tampoco oigo voces, ni pasos, ni crujir de ramas. Doy la vuelta a la cabaña, aunque quizá sea una mala idea alejarme del arma. Pero va a anochecer dentro de poco y no quisiera acostarme sin la certeza de que ha sido una falsa alarma. Está todo tranquilo, menos yo. Cuando voy a entrar de nuevo, mientras froto los pies delante de la puerta para quitarme el barro que se me ha pegado en el breve paseo, me sobresalto. De reojo, he distinguido varias formas inmóviles hacia lo que era el establo y ahora sólo son dos tapias bajas medio derruidas. Allí hay varias personas sentadas, calculo que cinco o seis; tienen la espalda apoyada contra un trozo de pared y son casi de su mismo color: pardos, terrosos. Dudo entre fingir que no me he dado cuenta de su presencia, entrar en la cabaña y cerrar la puerta (para vigilar después sus movimientos desde el interior), o echar mano a la escopeta y dispararles sin más. A la distancia a la que se encuentran tendría tiempo como mínimo de hacer dos disparos, cargar y disparar otras dos veces; quizá incluso a volver a cargar. No lo hago. Me vuelvo hacia ellos.

Ahora se precisa su número: dos mujeres, un hombre casi anciano, dos niños de sexo difícil de adivinar. Tienen todos el pelo rapado como miembros de una secta o pacientes de quimioterapia. Lo segundo es imposible. Parecen tener los ojos más grandes de lo normal, pero eso se debe a sus cabezas peladas y a lo delgado de sus rostros.

¿Qué quieren?

Otro grupo de mudos. Parece que lo primero que hemos ido perdiendo ha sido el habla. Ni siquiera podría jurar que me han oído porque no distingo ni un gesto, ni un movimiento, ni un cambio en su expresión. Decido competir con ellos en inmovilidad. Pasamos no sé cuánto tiempo en la misma postura, enfrentados. Entonces una de las mujeres se levanta, da tres pasos hacia mí, se gira hacia sus compañeros como para infundirse confianza, continúa avanzando. Cuando está a seis o siete metros tiendo la mano hacia el interior de la cabaña y saco la escopeta para alterar la relación de fuerzas. La mujer se detiene.

No tenemos nada que comer, dice.

Nosotros tampoco, respondo, porque «nosotros» suena más disuasorio que «yo».

Cualquier cosa nos serviría, dice. Cualquier cosa.

No hay nada. El año ha sido malo. La despensa está vacía.

Pero viven aquí, dice él sin moverse de su sitio.

En algún sitio tenemos que vivir. ¿Dónde viven ustedes?

El anciano, o quizá es sólo un adulto ajado, señala en una dirección, después en otra, después hace un gesto con la mano que podría significar cualquier cosa.

La cabaña es demasiado pequeña, no podemos alojarlos.

No queremos alojamiento, dice la mujer. Queremos comida.

En el bosque hay bellotas.

Se nos están cayendo los dientes. Y deja la boca abierta como para que me cerciore de la pérdida, aunque a esta distancia me resultaría imposible.

Los niños se acercan también pero no sobrepasan a la que supongo su madre, se pegan a ella, y a mí sus ojos enormes de criaturas de los bosques. Pienso en gnomos. Pienso en hobbits. Quizá no sean tan niños, sólo lo parecen porque tienen ojos de bebé y la frente les ocupa media cara, pero son poco más bajos y menudos que la mujer. Ahora que están más cerca tampoco puedo distinguir su sexo ni su edad.

Los niños necesitan algo más que bellotas y bayas, dice el hombre. Están enfermos todo el tiempo.

No esperarán que les dé leche.

El hombre se encoge de hombros. La mujer parece a punto de echarse a llorar. Los niños, sin embargo, ni siquiera dan señales de entender de qué estamos hablando. La otra mujer mete la cabeza entre las rodillas y se la cubre con los brazos.

Esperen, digo, con rabia. Preferiría no tener nada para no sentirme avara de lo poco que tengo. Aunque, de todas formas, lo que les dé tampoco va a cambiar gran cosa en nuestra situación, ni en la suya. Sobrevivir dos días más no equivale a sobrevivir, pero si aplicase esta idea ya estaría muerta. Saco del armario despensa un puñado de nueces del año pasado, pan que trajo el hombre en su última visita y que ya estaba duro entonces. Una lata de verduras y otra de un guiso que no distingo en la foto de la etiqueta medio rota ni en el texto escrito en un idioma que ni sé cuál es, búlgaro o ruso, supongo. Cuando regreso todos rodean a la mujer con la que he hablado. Dejo la

comida en el suelo a unos pasos de la puerta y me retiro, con la escopeta aún en la mano.

¿Nada más?, dice la otra mujer y se levanta con brusquedad aunque también con esfuerzo. Tiene los brazos sorprendentemente gruesos para su cuerpo menudo. Los agita a su alrededor en una perfecta representación del escándalo. ¿En serio que es todo lo que puede darnos?, dice, y empuja con el pie las latas. Vaya mierda.

Gracias, no le haga caso. Es que lo estamos pasando muy mal, pero estoy segura de que nos ha dado lo que puede, dice la otra. La vida es difícil para todos.

¿Tú estás tonta? Esto no nos dura ni un día.

No haga caso, de verdad.

Habría que quitarle todo lo que tiene. Darle una patada en el culo y robarle hasta los piojos.

Habla como si yo no estuviese presente. De hecho, no se ha dirigido a mí con sus comentarios y parecía que todos sus aspavientos estaban sólo destinados a sus compañeros. El hombre mueve las dos manos con las palmas hacia abajo como para apaciguar a alguien o pedirle que hable en voz baja.

Es todo, digo. No puedo darles más. No tenemos más. Nosotros también pasamos hambre.

Noto que la insatisfecha echa mano a la espalda y yo levanto unos centímetros el cañón de la escopeta. Deja la mano oculta allí detrás. Los demás se han puesto tensos, también los niños, como si estuviese a punto de suceder algo que temen y desean a la vez, igual que después del relámpago esperas el trueno.

Váyanse, digo. Váyanse ahora.

Oigo a mis espaldas el roce de los pies del niño. No es buen momento para que salga de la cabaña, pero no se lo digo. Espero, igual que ellos.

¿Es suyo?, dice la mujer que me pidió comida.

De mi marido, respondo. No sé por qué digo eso, supongo que para recordar a esa gente que dentro de la cabaña o en las cercanías hay un hombre.

¿Y suyo no es?, pregunta la otra. ¿Y dónde está su marido? ¿No quiere salir a saludar? Nos gustaría mucho conocerlo. A lo mejor él tiene más corazón.

Vámonos, dice el hombre, pero ninguno se mueve. Vámonos, ya hemos molestado bastante. Ha sido muy generosa. Ojalá podamos devolvérselo algún día.

Lo dice sin fe ninguna, una frase amable que es el único pago que me pueden dar, una fórmula que quizá le permita a él también sentirse desprendido o menos miserable. Los niños se agachan a recoger la comida, se reparten entre los dos la escasa dádiva. La otra mujer no ha sacado la mano de la espalda. Se retiran despacio, no del todo decididos a hacerlo, deteniéndose brevemente en pequeños conciliábulos, alternándose en volver la cabeza hacia donde yo vigilo. En lugar de tomar por uno de los caminos, sortean los muros de los antiguos establos y echan a andar campo a través, entre matorrales, como gente ya habituada a deambular por el monte y a la que las sendas no les sirven de orientación porque no se dirigen a ningún sitio. Gente consciente de que transitar por los caminos también puede ser un riesgo.

Comida, dice el niño en voz baja. Se fue.

Ya, ya lo sé. He sido una idiota.

No entramos hasta que dejamos de verlos y oírlos, lo segundo después de lo primero. Me planteo instalarme en una silla delante de la puerta, con la escopeta en mis brazos, pero lo descarto. Hace demasiado frío y además estar dentro de la cabaña me hace menos vulnerable, así

que esa noche duermo en la cama, pero con la escopeta a mi lado. Me cuesta conciliar el sueño. Me sobresalto con cualquier ruido y entonces me quedo escuchando un rato, para encontrar una causa o sencillamente para asegurarme de que no se repite. Me tranquiliza un poco acariciar el cañón como a un amante poco afectuoso. Sólo cuando está amaneciendo me quedo de verdad dormida. Entre sueños noto que el niño rebulle, se tumba a mi lado, se pone a tararear entre dientes un soniquete extraño, con voz más profunda que la suya natural, como si canturreara una persona adulta. Su aliento de fierecilla silvestre, su cuerpo tibio, sus movimientos de liebre; acaba haciéndose una madriguera entre uno de mis brazos y mi pecho. Dormimos los dos y es un alivio que el mundo, durante ese par de horas, deje de presentar una amenaza. Cuando abro los ojos, ya muy tarde, el niño sigue durmiendo. Con una mano aferra el cañón de la escopeta.

El niño traza hileras de runas a punta de navaja en la madera del suelo de eso que llamo porche a falta de mejor nombre, una sucesión de tablas clavadas a un tablero, protegida por un alero de uralita. Yo mientras tanto le cuento que mi padre era exterminador para una empresa de ferrocarriles. Aunque debería estar acostumbrada, me sorprende que ni siquiera levante la vista al oír esa información inusual. Aparte de que exterminador para los ferrocarriles suena a empleo apocalíptico, desde luego a una actividad que exigiría preguntar detalles. Sigo hablando con esa melancolía cansada que me entra sobre todo en días en los que la niebla ocupa el valle como una tela de araña enganchada a las copas de los robles. Mi voz me tranquiliza, me hace compañía y siento que al niño también, aunque no signifique nada para él: igualmente nos apaciguan el canto de los pájaros o el rumor del agua, por mucho que no lleven mensajes para nosotros; sonidos que hacen pensar en algo vivo, o al menos animado.

Mi padre era exterminador para una empresa de ferrocarriles. Su profesión me avergonzaba. Nunca conté a mis amigos a qué se dedicaba mi padre: lo veía un escalón más bajo que pocero o barrendero. A él le parecía estar dedicado a un empeño útil, digno, y que al fin y al cabo exigía un sacrificio al bien común. Más de uno de sus compañeros había sufrido una intoxicación por los productos que manipulaban. A mí alguien que se dedicaba a acabar con la vida de animales y plantas no me infundía respeto. Lo imaginaba en ese traje amarillo como de buzo que colgaba en un armario, recorriendo las vías con el tanque de plástico a la espalda, en la mano el aspersor del veneno, dejando tras de sí una franja de plantas abrasadas. O atravesando los vagones y colocando bajo los asientos cuencos con raticida. O en medio de una neblina tóxica que debía acabar con chinches y piojos. Pensaba en mi padre y pensaba en la muerte.

Voz.

¿Qué?

Voz.

El niño sacude la cabeza de lado a lado y apunta con la navaja entre los robles.

¿Has oído voces? No he oído nada. Soy yo la que habla. Te decía que mi padre era exterminador. Llevaba una antorcha de fuego en la mano y la ira de un siglo entero en la frente. Mi padre era un enviado del cielo para acabar con toda vida indeseable. El mío era un padre bíblico, un profeta que asolaba el mundo por mandato divino.

Da igual lo que le cuente y en qué tono. No sé por qué escucha más al hombre que a mí, quizá porque él trae noticias de fuera y yo sólo las traigo del pasado. Y en el pasado él no existía. Hay lógica en su desinterés.

Del bosque, del punto exacto que sigue señalando el niño con la navaja, emerge un ternero blanco, mucho más peludo de lo que yo recuerdo que puede ser un ternero. No tiene aún cuernos. Hace una cabriola de potrillo que le quita el aura de aparición fantasmal y lo convierte en lo que es, un animal muy joven, juguetón, probablemente extraviado. Extiendo el brazo muy despacio hacia donde sé que he dejado apoyada el hacha. La derribo al buscarla a ciegas y el ruido hace que el ternero levante la cabeza: da un salto hacia atrás pero no desaparece de nuevo en el bosque. Se agitan a la vez las hojas ya amarillentas de los robles y sus greñas blancas. Un susurro barre

también mis cabellos. Un siseo con olor a limo y sotobosque. Empuño el hacha sin un gesto. Dudo si será mejor levantarme de golpe y correr hacia el ternero, confiando en ser más rápida que él, o si aproximarme despacio, emitiendo sonidos tranquilizadores. También podría esperar a que se acerque más y las dos opciones anteriores seguirían abiertas.

Ojos, dice el niño. Hocico, dice. Bonito. Dice también: madre.

Lo maldigo. Me atraviesa como una descarga eléctrica la fantasía de darle un golpe en la boca con el mango del hacha.

Ojos, dice. Blanco.

O al menos pegarle una bofetada que le hiciese caer de espaldas. O cogerlo por las axilas y lanzarlo contra la pared, mejor aún, no lanzarlo sino estrellar contra ella una y otra vez su cuerpo enclenque sin soltarlo.

Hocico. Madre.

Calla, digo.

Ojos.

Que te calles.

El susurra y yo susurro. Él reza y yo ordeno. Me duelen los dedos por la fuerza con la que agarro el hacha. Siento una furia de guerrera comanche. Podría lanzar el hacha como un tomahawk y abrir la frente al animal. Poner fin a la discusión con un tajo feroz que quiebre el hueso y penetre hasta el cerebro. O atraparlo de un salto, hacerle una presa en el cuello rodeándolo con los brazos, obligarlo a volcarse presionando y retorciendo al tiempo que me dejo caer, clavarle la navaja del niño en la yugular y sentir contra mi pecho cómo va perdiendo las fuerzas, la capacidad de resistencia, la vida. Arrancarle la piel como las mujeres del Paleolítico, con una raedera de piedra; cortar tendones; arrancar dientes. No importarme que mis manos extraigan entrañas, se hundan en tejidos, en órganos y sebos. Saborear la carne sin cocinar que desgarraría con mis caninos de fiera.

Madre. Blanco.

Pone la mano en la mía que no sujeta el hacha. Una mano ligera, casi una caricia.

Pero, ¿tú te das cuenta? ¿Sabes lo que me estás pidiendo?

Blanco, dice.

Es una idiotez. No podemos permitirnoslo. Yo no puedo. Tú muérete de hambre si quieres.

Niño, dice.

¿Es eso, prefieres morir de hambre?

Al maldito crío se le deslizan lágrimas silenciosas hasta la barbilla. Le tiemblan los labios. Dejo escapar el aire que he retenido incluso con los dientes mientras hablaba. Aflojo la mandíbula y los dedos. No quiero dejarme vencer, no en esto, pero ya estoy vencida.

Chsss, digo. Chsss. No pasa nada.

El ternero ramonea sin hacernos caso entre los robles jóvenes, que apenas son más altos que él. Se oye el trabajo de sus dientes, el crujir de las ramas que arranca a tirones. Me sorprende que pueda digerir algo más que leche. Pero quizá ha tenido que habituar muy deprisa su sistema digestivo a la ausencia de la madre.

Mi hambre ha desaparecido. Se me olvidan la codicia, el ansia; la furia ancestral también se ha ido desvaneciendo. Ya no estrellaría al niño contra la pared ni lo golpearía en la cara. No lanzaría el tomahawk. No derramaría sangre. Pasamos no menos de una hora (aunque, ¿quién sabe

calcular ya lo que dura una hora?) sentados en nuestro miserable porche. La noche va cayendo y el ternero es un borrón blanquecino, ahora sí fantasma, aparición desvaída, más un recuerdo que una presencia. Las estrellas comienzan a puntuar desordenadamente el cielo. A ratos juego a unir la línea de puntos para dibujar figuras en lo negro, pero siempre me puede el infinito: al poco olvido las líneas que llevo trazadas, rostros a medio formar, cuerpos que se deshilachan. Cuando me acuerdo otra vez del ternero, ha desaparecido. Donde había una mancha blanca sólo queda oscuridad. El niño duerme con la cabeza apoyada contra mi costado. No comeremos carne, no nos saciaremos. Puede que renunciar al ternero sea una renuncia a sobrevivir. Y sin embargo respiro tranquila, en paz. Elegir lo que no es razonable, ceder a un capricho, aunque no sea el mío, me hace sentirme dueña de mi vida. No es algo que pueda decir muchas veces.

Hemos ido a recoger bayas. El niño regresa contento, morros y dedos enrojecidos por la cosecha. Poco tiempo después de salir hemos encontrado un zarzal repleto de frutos; tenía tantas moras que nos permitimos comerlas a manos llenas. Luego nos alejamos más de la cabaña para traer frambuesas de unas plantas que ya conocemos de otras veces, descendientes quizá de las que hubo en un huerto hoy ocupado por sotobosque y maleza; crecen a la sombra de una cerca de piedra ya casi a la orilla del río y quizá por lo fresco del lugar suelen dar su fruto más tarde. Ya estaban muy pasadas, agusanadas las más, y muchas empezaban a fermentar en la planta. Pero con un meticuloso proceso de selección hemos llenado un hato de frutas, que nos hemos ido comiendo por el camino porque de todas formas sabemos que no se conservarán más de un día o, como mucho, dos.

Entramos en la cabaña saciados, satisfechos, alegres. En el centro de la pieza, con las piernas abiertas como para encontrar un buen equilibrio, y con la cabeza ligeramente echada hacia adelante, lo que le da un no sé qué de ave o de tortuga, nos está esperando un hombre.

No el hombre.

Un hombre.

No debe de tener mucho más de treinta años. Aunque lleva el pelo y la barba muy largos da impresión de limpieza. Bueno, bueno, bueno, dice. Mira quién está aquí. Como si esta fuese su cabaña y nosotros una visita inesperada. La escopeta está doblada sobre la mesa como una rama rota; no hay cartuchos en sus recámaras. La bolsa no cuelga junto a la puerta. Los cuchillos que dejé en el fregadero han desaparecido. Quizá esté en su sitio el hacha, que se me suele olvidar en el minúsculo cobertizo en el que guardo la leña al abrigo de la lluvia, pero no es momento de comprobarlo. Me perdono haber dejado atrás cuchillos y hacha, pero ¿la escopeta? ¿Cómo puede una mujer adulta ser tan imbécil? ¿Cómo puedo a veces olvidar aquello de lo que quizá dependa seguir viva? La rabia contra mí misma es una bola con la que me atraganto en silencio. Él me observa como esperando una reacción. Me fuerzo a no mirar la escopeta y a sonar indiferente.

No tenemos nada de comer, digo. Salvo estas bayas. Moras, frambuesas. Coma si quiere. Se van a estropear, si no. El huerto ya no da nada. La tierra se ha vuelto yerma.

La tierra se ha vuelto yerma, repite. Esa es una bonita frase, claro que sí. Pero no es la tierra. Es el año. Tenemos un año malo. Hay años malos y años buenos. Este es uno malo. Hay que saber distinguir. Un año malo, sin duda. El que viene será bueno. No se pueden tener sólo años buenos. Es ley de vida.

Habla con una seguridad envidiable. Obviamente está convencido de lo que dice y se siente obligado a explicarme cómo son las cosas. Hay años buenos y años malos, la vida sigue ciclos perfectamente comprensibles. Y realmente dan ganas de creerlo, porque eso significaría que el deterioro no es un proceso imparabile y podrían aguardarnos días más felices.

¿Moras has dicho?

Le tiendo el hato. Su mano es un cepo. Ni siquiera forcejeo para soltarme.

Moras. Me comeré unas cuantas si no te importa. Y el cachorro, ¿es tuyo? No se te parece en nada. Deberías lavarlo, eso sí. Da un poco de vergüenza, lleno de churretes, y esas piernas no son



un espectáculo agradable, en serio. ¿Te importaría darme un vaso de vino?

Nunca hemos tenido vino. Esos lujos no llegan aquí.

Así que no hay vino. Y una cerveza sería demasiado pedir, supongo. Va a haber que hacer cambios importantes, mejoras. Es sólo cuestión de esforzarse un poco más.

No ha soltado mi muñeca durante su perorata. Pienso que cuando retire la mano quedará un cerco enrojecido allí donde me sujeta con sus dedos larguiruchos pero fuertes, correosos tentáculos, dedos culebras. Come con la otra mano y casi se diría que lo hace con delicadeza. Saca las bayas una a una, las examina como buscando un defecto, una mácula, pero no descarta ni siquiera las más machacadas; las va introduciendo en su boca, también una a una, sujetándolas con el índice y el pulgar. Se come así todo el contenido del hato. Bueno, dice. Esto no ha estado mal. Sabes ser hospitalaria con los forasteros. Esa virtud se ha perdido. ¿No te parece que se ha perdido la hospitalidad? La gente te da con la puerta en las narices. O se quedan dentro de sus cabañas y no respiran ni se mueven esperando a que pases de largo sin darte cuenta de que el lugar está habitado. Como arañas que se esconden en un agujero en la tierra cuando sienten pasos acercándose. Una auténtica vergüenza. Pero así son los tiempos que nos han tocado. Eso es algo que no se elige, ¿verdad?

Me suelta y pasea por la habitación inspeccionando las paredes como lo haría un general con una fortificación asediada por el enemigo.

Me gusta nuestra casa, dice. Abre la puerta de la despensa y niega despacio con la cabeza, supongo que decepcionado con las tristes provisiones que contiene.

Como te decía: no te has esforzado mucho, dice. Fíjate qué espectáculo. Eso tiene que cambiar. Y el cachorro, ¿para qué sirve un cachorro?

Se acomoda a la mesa después de probar las cuatro sillas, sentándose y balanceándose hacia delante y hacia atrás, también hacia los lados, para comprobar, parece, cuál cojea menos. El niño se ha ido a un rincón, junto al fregadero, el lugar en el que se siente protegido, casi invisible. Quizá piensa justo eso: que nadie puede verlo cuando pliega sus miembros menudos y entierra entre ellos la cabeza, como uno de esos animales que se hacen una bola mientras esperan que pase el peligro.

El desconocido saca, no sé de dónde, quizá lo llevaba a la espalda, metido en el cinturón, un cuchillo de hoja muy ancha. Acaricia el filo perdido en sus pensamientos, aunque yo leo el gesto como una amenaza. Pincha la madera, acaricia de nuevo el filo, lo examina ahora con atención y vuelve a hacerlo desaparecer tras de sí. Pero los dos sabemos que está ahí. Entonces coge la escopeta y la carga con dos cartuchos que saca del bolsillo. Apoya la culata en el suelo, entre sus piernas ligeramente abiertas y sujeta el cañón entre las manos. Podría ser un cazador haciendo guardia junto a una hoguera, dispuesto a pasar la noche en vela para defenderse del ataque de las alimañas. Las alimañas somos nosotros, aunque probablemente sólo desconfía de mí: el niño no parece tener suficiente entidad como para ser considerado un enemigo.

Mañana saldremos de caza, dice. Y tú vas a tener que ocuparte mejor de ese huerto; es una desgracia. Una mujer como tú, que ni siquiera sepa cuidar y proveer. Pero lo vamos a resolver, no te preocupes. Esto es un trabajo en equipo. Todos empujamos en la misma dirección. Exactamente: es como sacar juntos un carro atorado en el barro. Si cada uno pone de su parte, lo conseguiremos.

Yo no sé muy bien qué hacer. Ha anochecido y deberíamos cenar, aunque sea poco, para poder dormir. Prefiero no ofrecer, no preguntar, no aventurar. Me siento en la cama. No me dirijo al niño para evitar recordar su presencia. Si él sigue inmóvil será por algo. En lugar de tumbarme -me

sentiría demasiado inerte- recuesto le espalda contra la pared. En algún momento tiene que quedarse dormido y yo conozco cada una de las tablas del suelo de la cabaña, las que crujen, las silenciosas. Pestañeamos tan poco como los gatos. Un concurso, quien parpadea antes pierde, quien sonrío el primero está muerto.

La luna ya muy menguante atraviesa despacio el cristal de la ventana. Podría sonar como una uña arañando el vidrio. El viento que soplabo los últimos días se ha detenido. Oscuridad casi total, enterrados en la cabaña a varios metros de profundidad. Somos cadáveres en un hipogeo. Si nos pusiesen un espejo delante de los labios no se empañaría. Pero los corazones laten; el mío como un motor en el fondo de una mina. El del niño es un corazón de vencejo, rápido y leve. El del desconocido es una raíz que desearía arrancar de cuajo; una mala hierba que no me importaría pisar. La cabeza se le vence de repente contra el pecho y él se alza de un salto. Mis ojos lo clavan en el sitio; no hay en ellos rastro de sueño como en los suyos. Se va hacia el armario de latón en el que guardo herramientas y cosas inútiles. Regresa con un cordel tan fino que si lo atase con suficiente fuerza a mis muñecas podría seccionarme las manos. Con dos muñones no podría hacerle daño, pero tampoco podría trabajar para él, salvo acarreando madera que me sujetasen a los hombros. Me hace un gesto con la escopeta y yo me doy la vuelta obediente para quedar tumbada boca abajo. Me ata las manos a la espalda; duele, pero no creo que se gangrenen. Saca al niño de su refugio a pescozones con indiferencia de pastor conduciendo al ganado con una vara. Así lo dirige hasta su camastro y le ata las manos a una pata. Aquí hay algo que todavía no me convence, dice acercándose a mí. Tira de mis ligaduras hacia arriba y aunque intento contener el gemido no lo consigo. No maldigo, no insulto, no protesto, no ruego. Me dejo arrastrar hasta la mesa, me empuja para que me sienta sobre ella, toma mis pies y los levanta obligándome a girar hasta que estoy tumbada de lado. Él se va a la cama, se sienta, palmea la superficie y se mece como un comprador potencial en una tienda de muebles. Ahora sí que sí, dice mientras se tumba, y yo veo su sonrisa sin necesidad de verla. La noche será larga. Mi odio se derrama por el suelo de madera, anega la cabaña, me deja sin respiración.

Y sin embargo debo de quedarme dormida, porque me despierta el tirón con el que desata el cordel. ¿Café?, pregunta y no sé si me lo está ofreciendo o pidiendo. Me duelen tanto las muñecas que no puedo creerme que haya dormido. Más bien, arden como si las hubiese frotado con lija. El niño lloriquea atado aún a la puerta. Café, me recuerda y el gesto deja claro que es una exigencia. En lugar de obedecerle, desato primero al niño. Abrazo su cabeza de zarigüeya. Compruebo que puede mover los dedos, morados e hinchados. Entonces hago el café. No tiene sentido ocultar las galletas saladas, en algún momento acabará por descubrirlas y prefiero tener yo la caja en la mano. Reparto equitativamente la mitad del contenido. Él gruñe cuando dejo cuatro galletas delante del niño, pero no se las quita. Se toma el café recién retirado del fuego, sin soplar ni dar indicios de que se le esté escaldando la garganta. Es alguien que podría masticar brasas.

No sé por qué nos obliga a acompañarlo, de todas formas, no tendríamos adónde ir, sobre todo porque él carga la escopeta y se ha metido el hacha en el cinturón (sí la había encontrado), aunque le molesta para caminar. Los cuchillos debe de haberlos escondido. Marchamos delante de él como forajidos recién capturados por un cazador de recompensas. Ssss, ordena a veces, ssss, y no porque hablemos sino para que seamos más cuidadosos al pisar. Ssss, sisea cada vez que una rama cruje bajo nuestros pies. A pesar de su aspecto tosco, de su cuerpo fornido, de sus maneras de gañán, camina como un piel roja: de estar el suelo embarrado, ni siquiera dejaría huellas.

Y tiene lugar el milagro. No hace falta que nos lo indique para que el niño y yo nos

detengamos al mismo tiempo. Nos volvemos ligeros, transparentes, podríamos empezar a levitar. Sólo movemos los ojos, y muy despacio. No lo hemos visto aún, pero oímos el choque de las pezuñas entre los matojos. Hueso contra pedernal. Temblor. Debe de ser pequeño y debe de estar solo, porque únicamente se agitan las ramas en un punto que se va desplazando. El desconocido se ha agachado y nos indica con un cabeceo que hagamos lo mismo. Despacio. Muy despacio. Si lo espantamos nos mata, eso significa su mandíbula trabada. Encara el arma tan lentamente que me cuesta percibir el movimiento con el que lo hace. El niño, en cuclillas, y sobre la punta de los pies podría perder el equilibrio en cualquier momento. Localizo una piedra muy cerca de mí, lo suficientemente pequeña para poder agarrarla con rapidez y lo suficientemente grande para ser efectiva. Tiene dos cartuchos. Pero cuando dispare tendrá uno o, si hay suerte y realiza dos disparos seguidos, ninguno. Y con la escopeta en la mano tardará algo más de lo normal en extraer el hacha. De todas formas, es un hombre de un metro ochenta, como mínimo, yo una mujer de uno sesenta y cuatro. David contra Goliat, pero no tengo una honda ni sabría usarla si la tuviera. En mi imaginación le estrello la piedra en la cabeza mientras él aún intenta incorporarse, estorbado por la escopeta y la bolsa. En mi imaginación descargo un golpe tras otro sobre ese hombre ahora tendido en el suelo. En mi imaginación, durante un rato, soy una guerrera victoriosa; podría alzar al cielo su cabellera ensangrentada, alejarme de allí sin desperdiciar una mirada al cuerpo inerte. Pero también, en mi imaginación, al aproximarme a él empuñando la piedra me recibe con un culatazo en el vientre, luego otro en la cara que parte y descoloca huesos, revienta vasos sanguíneos, hace que el interior de mis labios se rasgue al chocar con mis dientes. Caigo escupiendo sangre y, como a una víbora, me remata aplastándome la cabeza.

Dejo de imaginar posibles finales, épicos o trágicos, de mi rebelión. Aguardo. Acepto por ahora mi impotencia. Llegarán otras ocasiones. El niño sigue manteniendo su equilibrio inestable. Le empiezan a temblar las piernas, pero no se atreve a buscar una postura más firme. Yo tampoco puedo acercarme lo suficiente como para tenderle un brazo en el que apoyarse.

Aunque las ramas siguen moviéndose, aún no vemos al animal. Es un hombre paciente que no dispara al bulto escondido. No sabe dónde está la cabeza, cómo es el lomo de alto. El niño se tambalea y yo lo sujeto con un movimiento reflejo. Contengo la respiración. No parecen habernos visto ni la presa ni el cazador. Aún pasan unos segundos y de repente el corzo da un salto, dos, tres, huye o se apresura sin motivo. Un estampido, el eco del impacto contra la piedra, varios saltos más. Brinca ladera arriba sorteando matorrales sin esfuerzo, detrás las maldiciones, también su perseguidor corriendo torpemente mientras vuelve a cargar sin detenerse, tropieza, la frente choca contra una rama baja, me cago en Dios, tres o cuatro pasos trastabillados, la rabia que lo rodea a varios metros, una coraza invisible, escupe, se lleva una mano a la frente, examina la sangre en los dedos, vuelve hacia donde estamos nosotros, me pega un puñetazo que sólo esquivo en parte, recibo el impacto en la sien, me mareo, ganas de vomitar, el niño, el niño no, pero sí, una patada que él no esquiva en absoluto, la recibe como si no hubiese siquiera intuido que el siguiente golpe era para él, le acierta en medio del pecho, lo lanza varios metros hacia atrás, aterriza de lado entre espliegos y tomillos, un revoloteo de insectos y polvo, yo recibo otras dos bofetadas y un tirón de pelo. Os había dicho que no os movieseis, dice. No es verdad, pero da igual, lo habíamos entendido, como ahora entiendo que él sabe que no es nuestra culpa que haya fallado el tiro, pero a él qué más le dan la culpa y la inocencia. Voy a gatas hacia el niño inmóvil, sus patitas asomando entre matojos como dos ramas secas. En esta postura el intruso podría romperme la columna vertebral de un culatazo y yo aprieto los dientes mientras me apresuro

desollándome las rodillas, espinas y piedras picudas clavándose en las palmas de mis manos. Niño, digo, niño. Si lo ha matado, no dejaré que lo despedacen los buitres, tampoco permitiré que las águilas levanten en volandas su cuerpo diminuto. Y juro que aunque tenga que esperar semanas cortaré a mi enemigo los tendones de los tobillos, será un tullido arrastrándose por el suelo de la cabaña. Lo mantendré con vida un tiempo para poder patearle la cara cuando suplique.

El niño gime y se lleva una mano al pecho. Tengo que llevarlo en brazos de vuelta a la cabaña. Otra vez caminamos por delante de nuestro captor. Un negrero que lleva esclavos al mercado. Un guardia que empuja con la punta del cañón del fusil a dos prisioneros que se habían fugado. No vuelvo la cabeza. El niño podría ser el cristo diminuto en una piedad de madera. Desmadejado. Desarbolado. Tan ligero que en lugar de un cuerpo tengo la impresión de estar transportando un paño sobre mis antebrazos.

No habrá más corzos en el camino. Un milagro nunca se produce dos veces. Ni siquiera una rata de campo o una musaraña. Nada con lo que paliar la rabia del torpe cazador que nos sigue. En la cabaña, deposito el cuerpo sobre la cama. Eso le enseñará, dice el rufián. Y si no aprende, peor para él. Aquí se han acabado las bromas. Y los mimos. Ahora vas a sacar comida aunque sea de debajo de las piedras, ¿entiendes? Y como sigas mirándome mal te voy a partir la nariz de un puñetazo. Si no hay un poco de orden, ¿en qué nos convertimos, en animales? La comida, he dicho. Un hombre tiene derecho a que le muestren respeto.

La luna nueva es un pozo de sombra. La noche un cristal sucio. El bosque vacío no alberga lobos ni trasgos, pero da miedo con su inmovilidad de mundo desaparecido. Los árboles son pecios hundidos en simas abisales. Saco de entre las zarzas, qué importan los arañazos, una caja de metal en la que guardaba provisiones para no quedarnos sin nada si un día nos asaltaban. Ya nos han asaltado: los forajidos se han adueñado del fuerte. Dejo la caja en la mesa, el estruendo no le hace levantar la mirada, parece siempre habitar en un mundo propio, estar rodeado de muebles, objetos, personas que no vemos los demás. Como un espectro que está y no está a la vez, que recorre el mismo espacio pero en una dimensión diferente. ¿Lo ves?, dice. Hay que poner orden, fijar prioridades, establecer la cadena de mando. Sólo así funcionan las cosas.

Mientras estaba fuera se ha vendado una mano con unos trapos; no me había dado cuenta de que estuviese herido. Quizá se ha hecho daño al golpearme. Abre la caja, husmea como un ciego hambriento. Supongo que es todo, dice. Pero vendrán tiempos mejores, anota mis palabras. Mucho mejores. Ríos de leche y miel.

Ni siquiera intento acercarme a la caja. El niño suda y se remueve. Su blancura sobre la colchoneta gris. Sus manos como flores muertas. Mastica el glotón ruidosamente, ocupa así también el espacio: estamos obligados a oírlo, a verlo, a olerlo. Me gustaría vomitar en el interior de la caja que atesora. Acaricio el cabello del niño, un ternero herido. Palpita una vena en su cuello, pongo la yema del índice justo donde vibra su sangre. Me reconforta esa vida que sigue fluyendo en el interior. Estoy embarazada de un niño que camina y juega, el cordón umbilical es invisible y recio. Me tumbo a su lado. No abro los ojos cuando el cordel se me clava en las muñecas, tampoco cuando el niño gime, supongo que porque también lo está atando; al menos permite que durmamos juntos. Estoy tan agotada que me duermo enseguida y ni siquiera sueño con levantarme y degollar al intruso.

Cuando vuelvo a abrir los ojos su cabeza planea sobre nosotros como un ave carroñera. ¿No estáis despiertos aún? Madrugar fortalece el ánimo, dice soltando nuestras ligaduras. Venga,

holgazanes, que hay mucho trabajo por hacer.

El niño tiene mejor aspecto, aunque nada más levantarse se lleva la mano al esternón, palpando el daño.

Otra vez café, otra vez galletas, otra vez sus miradas duras como pedruscos. Al menos nos permite comer, aunque el reparto no es tan justo como el mío: cuatro galletas para él, dos para el niño, dos para mí. Tengo que reconocer que es guapo, un joven que en otra situación me hubiese sacado una sonrisa, un gesto amable, un deseo disimulado y con poca esperanza: le llevo más de diez años y un cansancio que es imposible compartir.

Me lavo la cara y las manos. Desde que llegó él no he descubierto otras partes de mi cuerpo. Tampoco el niño. Los dos hemos recuperado el pudor con la presencia del extraño, aunque mis razones son quizá distintas a las del niño. Pero da igual lo que yo haga, sé que da igual, sé lo que va a suceder porque conozco lo suficiente el mundo y a los hombres. No pueden dejar un cuerpo de mujer sin usar, no pueden renunciar a depositar su semilla, lo mismo da que el suelo sea fértil o no. Además, yo podría entender su renuncia como una muestra de debilidad, ¿no?, si no toma lo que puede tomar sin dar explicaciones, ¿no será que no se atreve? Tendrá que sacarme de dudas. Y hacer como los banderilleros, como los picadores, hay que quebrar al animal, quitarle ímpetu, mostrarle todo el dolor que se le puede causar. Que rabie, sí, pero impotente. Que cabecee y embista, porque está en su naturaleza, pero sin fe.

Salimos de caza otra vez. Volvemos con las manos vacías, salvo por unas pocas raíces que nos ha hecho arrancar. Cuando las comemos, hervidas, tengo que vomitar a la puerta de la cabaña. Él se ríe con una alegría casi infantil. Soy la única de los tres a la que le sientan mal.

Me despierta un empujón que casi me hace caer del camastro. Me incorporo sintiendo la tabla contra cada hueso. El niño ya no está atado junto a mí. Lo busco asustada a mi alrededor.

Está fuera, dice. Él ya va aprendiendo. Pero tú también vas a aprender, ya verás.

Por un reflejo que ni sé de dónde viene estoy a punto de preguntar la hora.

Café, dice. Haz el café de una maldita vez. ¿O te crees que se hace solo?

El niño entra arrastrando el azadón.

Esta vez no nos da galletas para desayunar. Sólo nos permite tomar café. El niño no protesta ni lloriquea. Los ojos no se le van detrás de las galletas. Es fuerte como un animal salvaje. Pero yo no.

Al menos dale a él algo de comer, digo.

Aquí la comida hay que ganársela.

Vacía la taza de un último trago y señala un bulto junto a la puerta.

Eso son patatas, dice. Las tenía escondidas, por si acaso. Es mejor desconfiar. También señala el azadón.

No sé si es de nosotros o de alguien más de quién desconfía, pero da igual. El caso es que tiene patatas, arrugadas y erizadas de brotes y pretende plantarlas. En esta época del año; allá él. El niño y yo trabajamos toda la mañana. Yo desbrozo el terreno a golpe de azada, peleo con raíces y malas hierbas. El niño va cogiendo las piedras que desentierro y hace con ellas un montón al lado de donde se encuentra nuestro secuestrador. Ninguno habla; sólo se oyen los golpes del azadón al cortar la tierra y los pasos casi ingravidos del niño.

Paso toda la mañana desbrozando, también arrancando chupones de olmos que extienden sus raíces durísimas bajo la tierra, una red leñosa que podría sustentar el mundo. Como un capataz de presidiarios, el maldito invasor tiene la escopeta terciada en los brazos. Quizá no es por nosotros sino por si aparece algún ave o un corzo como el que dejó escapar. No le digo que es el único que he visto en años.

A mediodía nos da un puñado de bellotas y unos bocados de carne ahumada, o sea que tiene provisiones ocultas en algún sitio. Me duele la espalda y tengo los dedos hinchados. Por la tarde, me obliga a cavar lo que he desbrozado para ablandar el terreno. Cavo con saña y sin esperanza, sometida y furiosa. El niño corta las patatas en dos y va por detrás de mí enterrándolas en hoyos que abre previamente con las manos. Cuando empiezo yo a hacer agujeros con el azadón para facilitarle el trabajo, recibo un golpe por la espalda. Tú a lo tuyo, que no tenemos todo el día.

Mentira. Tenemos todo el día. Y el siguiente. Y el siguiente. Pero es él quien empuña la escopeta.

Cuando terminamos, podría romper a llorar de cansancio. El niño tiene los dedos despellejados, con las yemas sanguinolentas. Los contempla como si no comprendiese por qué le duelen tanto.

Hoy hemos trabajado bien, nos dice, de regreso en la cabaña, y da una palmada al niño en la nuca. ¿Ves? Ya te dije que vendrían tiempos mejores. Sólo faltaba poner un poco de orden.

Quizá, incluso espera una respuesta.

Podría convertirse en una rutina. Levantarme con los huesos doloridos, tender las manos para que les quite las ligaduras. Preparar el desayuno. Esperar órdenes. Él se alza de la silla y me mira; mira al niño. Nunca sé interpretar esos ojos entre fríos y ausentes salvo cuando los inunda la ira. Me ato con firmeza los cordones de las botas porque supongo que saldremos otra vez a cazar y recolectar. Somos una pequeña horda primitiva. La supervivencia se consigue día a día. No hemos aprendido a ahorrar ni a prever. Somos animales que como mucho entierran una parte de su presa para tiempos peores. Pero durante estas noches él ha estado pensando lo mismo que a mí me daba vueltas en la cabeza, desde una perspectiva diferente. Toma al niño por un brazo, sin brutalidad y sin consideración, como podría arrastrar un bulto pesado pero no muy consistente. Le da un firme empujón hacia el exterior. Cierra la puerta y echa el cerrojo. Me hace un gesto con la barbilla. De nada serviría no entender. Para qué enfadarlo, ya va a ser todo suficientemente desagradable sin necesidad de escenificar una pelea con la que defender mi orgullo. Aun así, me grita. ¿Qué pasa, tienes frío? ¿Quieres que te caliente yo?

Soy una Medusa impotente, soy un basilisco ciego. Él soporta indemne mi mirada, casi le hace gracia mi rabia. Está en ese momento en el que sabe que va a establecer las jerarquías de una vez por todas: quién pertenece a quién, qué cuerpo está sometido, cuál tiene las riendas. Es eso, un domador a punto de usar la fusta, no porque le produzca placer el daño en sí, más bien porque le produce placer tener el castigo en sus manos, y el cuerpo de un animal bien sujeto entre las piernas. Hasta que no demuestre docilidad no le quedará más remedio que hacer las cosas con rudeza.

Me quito otra vez las botas y me desnudo sin intentar tapar mi cuerpo. Que vea, sin darle el gusto de zarandearme ni golpearme, lo que de todas formas va a acabar viendo. Confío en oler tan mal que le cueste excitarse, aunque sé que sería peor. Es preferible que la doma termine cuanto antes y que no tenga que avergonzarse de su impericia. Él se quita las botas aún sentado, luego unos calcetines gruesos y deshilachados. Tiene los pies en carne viva, aunque nunca lo he visto hacer una mueca de dolor; quizá lleva botas que no le pertenecen, de una talla demasiado pequeña. Se baja los pantalones con movimientos bruscos, casi rabiosos. No lleva calzones. Me tumbo boca arriba para evitar la imagen de su sexo: una araña se descuelga muy despacio desde el techo, sus ocho ojos inspeccionando el monstruo que soy. ¿Cómo se verá con ocho ojos? Sé que algunas especies de arañas son prácticamente ciegas, pero otras tienen una vista muy aguda. Lo que no sé es si el hecho de tener cuatro pares de ojos genera una visión que mezcla varias perspectivas. Si tuviésemos sólo un ojo no podríamos apreciar bien la profundidad y las distancias, como les sucede a las vacas en una parte de su campo de visión. Pero ¿añade algo tener ocho tan juntos? Quizá nos ven como si fuésemos un cuadro cubista, descompuestos, hechos añicos. No sé tampoco si la araña me percibe como un ser vivo; al fin y al cabo, los arácnidos llevan muchos más millones de años en el planeta que los mamíferos y quizá en su instinto no está inscrito el reconocimiento de animales como yo: lo que podrían ser miembros y fauces aterradores serían para ellas tan insignificantes como ramas de árboles. El hombre ya está tumbado sobre mí, no se ha quitado la camisa; apoyado sobre las manos, otra araña que me observa desde lo alto. Bizco y deforme, de dientes feroces y desportillados; pero soy yo la araña de visión confusa, mis ocho

ojos inútiles para entender y clasificar, mis ocho patas quebradizas palpando a mi alrededor en busca de un terreno seguro, un ojo controlando cada pata, mi cuerpo peludo pero desprotegido, mis quelíceros por desgracia carentes de veneno, toda la tela que soy capaz de segregarse puede rasgar con un gesto, permanezco inmóvil, al acecho, pero no pretendo atrapar nada, es el otro quien me envuelve con una saliva pegajosa y me fija como con un alfiler donde me encuentro. Su peso repentino me asfixia, sin embargo es él quien suelta el aire de golpe como si fuese yo la que lo aplasta, y su quejido apaga el mío, lo excluye, aunque es a mí a quien le duele. No intento la huida. Ya no agito mis ocho patas, pero sus extremos son tan sensibles que perciben cualquier vibración. El niño también sabe qué tablas crujen y cuáles no, que el ventanuco del baño puede abrirse sin ruido. Mi cuerpo se tensa y mi violador se sorprende, quizá piensa que me produce placer su frotamiento rítmico, cada vez más violento. Me extraña a pesar de todo que no oiga los pasos, tan concentrado en su obra, cercano a sus miserables convulsiones, preparando la segregación final, no oye, este mamífero idiota, y yo cierro los ojos cuando siento al niño ya tan, tan cerca que podría tocarlo extendiendo un brazo, me recupero a mí misma, soy una mujer tendida boca arriba, sujeta, aprisionada, horadada, violada y sí, cierro los ojos porque sé que nada puede vencer a las imágenes, nada las desaloja, son más persistentes que las emociones, que los olores, que los sonidos, anidan en nuestra memoria y se enquistan en ella. Ojalá el niño también los haya cerrado en el momento en el que el hueso y el metal entran en contacto, ojalá no le queden recuerdos claros, sólo sensaciones imprecisas. El chasquido del hueso y el ronquido del hombre parecen simultáneos, aunque habrá, pienso, un desfase minúsculo, el occipital habrá comenzado a quebrarse décimas de segundo antes de que él experimente el dolor. Ahora yace inerte sobre mí pero no pesa más que antes. Siento que se empequeñece en mi interior, ya sólo me invade un trapo ridículo. Me cuesta liberarme de él y tengo que arrastrarme para salir de debajo de su cuerpo como quien ha caído en una grieta de una roca y pelea y empuja a pesar de que le asfixia la estrechez y se le clavan los salientes. El niño tiene aún el hacha en la mano. Por cómo lo empuña, no le ha golpeado con el filo sino con la culata. Pero ha debido descargar el golpe con todas sus fuerzas, unas fuerzas impensables en este cervatillo, y con un tino que me impresiona. Con los ojos borrosos, cubro el cuerpo con la manta aunque sé que no está muerto; se le mueven los dedos de las manos, sube y baja la saliva por su garganta. La sangre empapa la tela con rapidez y se pega a la cabeza machacada, la dibuja con su mancha. Ven, digo, ven conmigo. Tengo que apartarle los dedos uno a uno del mango, se han cerrado sobre él como la hiedra sobre el tronco de un árbol. Lo llevo hacia su cama con más delicadeza que el violador hace unos momentos. Espérame aquí. No te preocupes, ya no pasa nada. Esto último creo que lo digo más para mí que para él, porque aún me siento en peligro, aún contengo la respiración más de lo habitual. Gracias, digo también. Y el niño asiente y, antes de tumbarse de cara a la pared, se vuelve hacia mí. Por primera vez desde que nos conocemos, sonrío. Una sonrisa como una grieta en el barro seco.



Llueve durante dos días y una noche sin parar un momento. Llueve y los pocos frutos y bayas que queden en árboles y arbustos se acabarán de pudrir. Se encharcan los caminos y el ánimo. Se desmigam las tablas del porche. Llueve y el tiempo se inunda también, se remansa, se estanca.

Nos quedamos en la cabaña y me alegro de haber apilado suficiente leña junto a la estufa, porque el viento se llevó el alero del cobertizo y no había tenido tiempo de repararlo. Las temperaturas han bajado varios grados, sobre todo por la noche. El niño se ha hecho un experto en encender el fuego, aunque lo hace con tanta lentitud como todas las demás cosas. Va añadiendo un palito tras otro, nunca dos a la vez, seleccionando primero los más finos, luego otros un poco más gruesos, luego los siguientes en tamaño. A veces compara con la cabeza ladeada, decide a qué categoría pertenece cada uno. Crea imbricadas estructuras que no se derrumban cuando comienzan a arder. Maneja el tiro de la estufa dosificando el aire como si participara en un experimento científico. A veces me impacienta por lo que tarda en encender el fuego, pero los días son largos e inútiles, sobre todo cuando no salimos de la cabaña, así que le dejo que se demore lo que quiera. Mejor que verlo serrando obsesivamente el borde de la mesa con la navaja. Mejor también que esos estados en los que se ausenta del mundo, inmóvil como un vegetal, casi sin respirar, a los que ha ido habituándose y habituándome desde que las abejas mataron a Miss Daisy. Si no contase con que tendremos que abandonar pronto la cabaña me las arreglaría para capturar uno de los perros vagabundos que a veces merodean en las cercanías e intentaría domesticarlo, aunque no sé si soportaría las alharacas y cabriolas de un chucho en este espacio tan pequeño. Miss Daisy se adaptaba mejor a nuestros movimientos lentos, a nuestros silencios. Ahora que lo pienso, es extraño que haya perros pero no gatos por los alrededores, cuando parece que los gatos deberían estar mejor dotados para cazar en el monte. Un perro, sin alguien que lo cuide o que abata piezas para él, es un animal torpe, incapaz. Un gato es un superviviente. Como nosotros. Pero la realidad es que, aparte de Miss Daisy, no he visto un solo gato desde que vine a la cabaña. Una vez, en el monte, hacia la escarpadura, me pareció distinguir un gato montés, pero aunque el movimiento era de felino, de mayor tamaño que el de uno casero, no llegué a distinguir con seguridad de qué se trataba; desapareció entre jaras antes de que lo hiciera.

A pesar de lo mucho que está lloviendo, no parece que caiga de la gotera más agua que otras veces. Al principio ponía un cubo debajo, pero me irritaba su sonido rítmico. Como el suelo es de tablas, decidí dejar que gotease sobre él; el agua se filtra enseguida por las juntas deformadas y fluye hacia la tierra por debajo de la cabaña. El salpicar amortiguado de las gotas contra la madera húmeda y reblandecida me parece más soportable que el goteo contra el fondo del cubo. Al niño le pone también menos nervioso.

La lluvia habrá hinchado los manantiales y extendido los charcos que crean las torrenteras en los caminos. Imagino también el agua anegando todos los intersticios de la tumba que cavé para el invasor. Seguro que está ya inundada, porque no tengo pala y apenas pude profundizar con el azadón. Le habrá entrado el barro líquido en las narices y la boca, se pegará a sus facciones, quizá también haya penetrado en las grietas del hueso machacado. Lo arrastré yo sola hasta allí, aunque el niño quiso ayudarme cuando me oyó jadear y maldecir porque se me rompían las uñas e incluso pensé que también se me iban a romper los dedos tirando del bulto envuelto en la manta. Pero no

quise que el niño conservase ese recuerdo. Tiré, arrastré, di patadas al cadáver, le escupí. Yo sola cavé la zanja. Yo le tapé la nariz y la boca mientras, estúpidamente, tarareaba una canción infantil para tranquilizarlo, para quitarle el miedo. Me extraña esa piedad que no sé si es aprendida o la llevo tan dentro que consigue diluir el odio más denso. Piedad que me impidió rematarlo con un tiro en el pecho o a cuchilladas. Por eso tuve que matarlo sin violencia, piel contra piel, sintiendo sus labios bajo mis dedos. Cuando murió, abrí la manta y desnudé del todo el cuerpo que ya estaba helado antes de morir: desabrochar primero los puños, luego el pecho, levantarle un hombro para deslizar la tela por debajo, tirar de su costado, retorcer el brazo hacia atrás, tan rígido que tuve que rompérselo dos veces para sacar la manga; repetir la operación, ahora con mayor facilidad, con el otro hombro y la otra manga. Todo ello intentando evitar la cercanía de su cabeza que se bamboleaba de un lado al otro, sin tocar sus mejillas, sin mancharme con la sangre del cráneo y la que le había salido entre los labios cuando se los cubría con la mano. Me repelía más la presencia del muerto que la del vivo; no había relación posible con ese amasijo de vísceras, músculos, huesos. Tan poco lo miré, que sólo cuando iba a volver a cerrar la manta que lo envolvía -no tuve estómago para recuperar ese sudario empapado de sangre- me di cuenta de la medalla que llevaba colgada del cuello: parecía de oro y tenía en relieve un corazón atravesado por puñales y una corona de espinas, una imagen que me pareció primitiva y estúpida, como el muerto. Iba a arrancarla de un tirón, pero abrí el broche y colgué la cadena alrededor de mi cuello. Hay actos míos que no sé explicar. Hago cosas que despreciaría en otra mujer, en esa otra mujer que soy a veces. Como si la medalla me uniese al hombre distinto que podría haber sido mi agresor. Entonces sí quise cerrar la manta pero no pude: el cadáver tenía las facciones relajadas, y aunque muy pálido, parecía más vivo que unas horas antes; casi hermoso; casi tierno; casi deseable, casi como un hombre con el que me habría gustado compartir la casa y las preocupaciones, el exiguo futuro que nos tocara en suerte.

A buenas horas, le dije. Hábertelo pensado antes. ¿Eh?, no tenías por qué haber hecho lo que hiciste. A mí no me culpes de nada. De nada.

Y la rabia volvió a secarme la boca. Sin cubrirlo del todo, dejando que asomase ese hipócrita rostro de santo, empujé el muerto hacia el hoyo, primero la cabeza y el torso, que tiraron del resto hacia el interior; lo cubrí de tierra húmeda, de hojas, de odio incluso cuando ya no podía verlo. No merecía sepultura, pero tampoco habría querido tirar ese despojo en los alrededores y tropezarme con él cualquier día o que algún animal me trajese un resto suyo a la puerta. Incluso habría preferido enterrarlo más lejos, mucho más lejos, no sólo a veinte pasos de la cabaña, pero no tenía tantas fuerzas. Se me saltaron las lágrimas al terminar y aún no sabría decir por qué. Sobre todo me dolían las manos, pero no se llora porque le duelan a una las manos.

A veces me acuerdo del miserable. Y a veces me acuerdo del hombre que no regresa a pesar de haberlo prometido. Del primero no esperaba nada, del segundo sí aunque no me lo confesase. Tampoco con él quise compartir futuro ni casa, es verdad, planes ni preocupaciones. Porque cuando él hablaba de venir más a menudo también, a veces, me contaba de un pasado con el que yo no sabía qué hacer. De otros tiempos en los que figuraban, aunque difuminados, una mujer y unos hijos, tiempos con rutinas establecidas, con horarios y comida caliente en la mesa. Tiempos sin ansia y con un deseo tranquilo, caricias sin prisa, en los que los cuerpos eran pacientes y besarse no era como saciar la sed con las últimas gotas de un fruto. Eran retales, fragmentos, esquirlas, lo que a veces a floraba en frases sueltas, residuos de una época tan reconocible como si me estuviese contando una película que yo había visto. Había nostalgia en su voz y en sus miradas

demasiado insistentes, y yo he aprendido a huir de los hombres nostálgicos: quieren rehacer contigo aquello en lo que ya fracasaron. Esperan que seas la sutura de una herida que no has abierto tú.

Quizá ha encontrado en otro cuerpo, en una mujer más generosa o ingenua, lo que yo no he querido darle. Y no vamos a poder aguantar aquí mucho tiempo. Las reservas que he ido escondiendo en distintos sitios para darme la sensación de una escasez que me obligase a racionar mejor la comida, ya están agotadas. Cuando llegué a la cabaña el armario rebosaba de comida: latas de conservas, cajas de galletas, harina, leche, frutos secos, incluso pasta. Supuse que los ocupantes anteriores habían salido con intención de regresar y algo les impidió hacerlo. Tenía una sensación de riqueza inagotable, aquellas provisiones me permitirían aguardar con tranquilidad a que empezase a dar sus frutos el huerto, que también habían dejado plantado, aunque se habían secado sobre todo las tomates y las judías, más expuestas al sol. Una vez que hubiese comenzado el ciclo productivo de las hortalizas, más las bayas, los hongos, las bellotas y nueces, todo estaría encarrilado y podría subsistir para siempre. De esa riqueza no queda nada. Cuando nos vayamos no dejaremos ningún resto a los próximos que lleguen. Encontrarán una cabaña despojada, con una tumba a pocos metros, y supongo que al igual que yo intentarán imaginar cómo había sido la vida de quienes los precedieron.

Yo encontré comida pero no había fotos, ni objetos personales, ni adornos, ni siquiera flores secas en un jarrón. Siempre pensé que la cabaña la había habitado un hombre solo, un refugiado o quizá alguien que trabajaba en el aserradero, sin familia ni amigos. Pero no había botellas de alcohol ni colillas. Luego pensé en un eremita, un religioso que se había retirado allí, pero ni una mala cruz de madera encima de la puerta dominaba el interior, ni una estampa de santos o vírgenes prendida a la pared. Sólo comida. Mejor, claro, que adornos o recuerdos o iconos, pero es difícil vivir en un lugar sin memoria alguna. Sin narración.

Cuando nos vayamos, porque estoy segura de que lo haremos, me gustaría dejar una nota sobre la mesa, una explicación, una disculpa. Lo siento, no hemos podido dejarte nada. No tenemos nada que ofrecer. Fuimos una mujer, un niño, una gata, algunos visitantes, deseados e indeseados. Sólo quedamos la mujer y el niño. Cuando tú entres en la cabaña, ni siquiera eso. Que la casa te acoja como nos acogió a nosotros. Que el bosque sea más generoso contigo y el clima más piadoso. Que tengas mejores tiempos que los que nosotros vivimos aquí.

Nada más cesar la lluvia regresaron las abejas. Y también ellas llevan día y noche ahí fuera, inundando el aire con su aleteo. Sé de sobra que son insectos diurnos, pero no soy yo quien desbarra aquí, sino ellas, que no regresan a sus colmenas o panales o a los nidos en los que habitan, porque he descubierto que, como las avispas, han comenzado a formar nidos, bolas terrosas alrededor de las ramas más altas de los robles y los alisos. También sé que la mayoría de ellas deberían haber muerto, para ser reemplazadas en primavera por las larvas que ahora aguardan en el capullo. Aunque decir aguardan supone una conciencia que dudo que tengan. Para ellas no existe el tiempo y por tanto la espera tampoco. Están, eso es todo, pero, como el feto flotando en el líquido amniótico, quizá perciban cambios de temperatura, movimientos, sonidos. A veces me gustaría que me ocurriese lo mismo: ser capaz de percibir sin pensar, de sentir sin imaginar.

El niño esconde la cabeza bajo la almohada de trapos que le hice, con un relleno tan escaso que no creo que amortigüe mucho el zumbido. Cállate de una vez, le digo, porque también él emite un sonido constante, una vibración que sube y baja de intensidad, como si hiciese eco a la que llega de fuera. Entonces él se calla, aunque estoy convencida de que sigue reproduciendo el zumbido en su interior. No debería enfadarme con él. Creo que me habría resultado imposible convivir con ningún otro niño. No tiene caprichos ni rabietas, no exige mi atención constante; a veces incluso me olvido de que está ahí, y no puedo evitar pensar que viene de un orfanato, que su experiencia del mundo es precisamente esa, la de que los demás se olviden de que está ahí. Entonces me enternezco y me dan ganas de jugar con él, de acariciarlo, de entretenerlo. Pero esas cosas no están en mi naturaleza y creo que tampoco en la suya. Un momento sí, como excepción, como ruptura extraordinaria de lo que somos. Como grieta. Como debilidad.

La nube de abejas no disminuye. Varias han caído por la chimenea y han quedado encerradas en la estufa; alguna, aún viva, choca una y otra vez contra el interior del cristal negro de hollín. También el suelo delante de la cabaña está lleno de cadáveres y de insectos moribundos. Quizá se hayan extinguido las abejas reinas y por eso el frenesí; los zánganos no habrían podido cumplir su función biológica y se ha alterado su ciclo vital; deberían llevar ya un par de meses muertos. En lugar de extinguirse habrán formado colonias con las obreras. Sería una explicación convincente: se ha producido un salto genético y las obreras han dejado de ser estériles. Los zánganos y las reinas copulan durante el vuelo -siempre me fascinó esa imagen-, y si ahora hay cientos de miles de obreras disponibles no es de extrañar ese revoloteo incesante. Me fijo en las que están en el suelo, pero no soy capaz de distinguir si sólo son zánganos. Lo que no le expliqué al niño es que son las obreras las que mueren después de picar, con el abdomen reventado, porque los zánganos no tienen aguijón. Sin embargo, también ellos tienen un destino dramático: al copular se les desprende el aparato genital y mueren. Una reina copula con varios zánganos, pero únicamente con los que son capaces de alcanzarla en su vuelo vertical, una reina tiránica y poderosa que sólo se entrega a los más fuertes y tenaces; y todos ellos mueren después: ese es el precio que pagan por la pervivencia de sus genes. Así que son los más débiles los que sobreviven y regresan a la colmena. Como han pasado mucho tiempo en el exterior, posados al acecho de la llegada de la reina, cuando vuelven a la colmena no es raro que lleven consigo bacterias que acaban

destruyéndola. Los fuertes mueren, los débiles exterminan. Y luego dicen que la naturaleza es inteligente.

Es ciega. Es brutal. Es incomprensible. Tiene tan poco sentido como la vida humana. Pero todo esto no se lo conté al niño; ya lo irá descubriendo él solo cuando crezca.

El hombre no ha vuelto. Las abejas han desaparecido, de noche, mientras dormíamos. Al despertar hemos tardado un rato en darnos cuenta de qué había cambiado. Notábamos los dos algo extraño, una transformación inquietante, como al parecer sienten ciertos animales justo antes de un terremoto. Pero, al contrario que los animales, nosotros no tenemos un sitio al que huir o no sabemos dónde se encuentra. El niño, sentado a la mesa, mantenía la cabeza baja, parecía escuchar o pensar muy concentrado. Yo también aguardaba inquieta la llegada de un tornado (aquí no hay tornados), un maremoto (aquí no hay mar) o la caída de un meteorito. Pensé que debía de ser una sensación similar cuando, en un lugar costero y frío, el mar se hiela por la noche y se deja de oír el sonido de las olas, eso que antes, aunque ya no lo percibieses, te acompañaba constantemente. Supongo que estaba a punto de entender lo que faltaba, cuando se me adelantó el niño con la explicación.

Aire, dijo y entonces caí en que las abejas se habían marchado, dejando atrás esa sensación de inminencia, de amenaza, aunque en realidad lo amenazador era la presencia constante de las abejas.

No nos hemos vestido. De la mano -él ha cogido la mía-, salimos al exterior en nuestros pijamas desgastados, el mío una antigua camisa del hombre y un pantalón que parece de enfermero cuya procedencia no consigo recordar; el del niño, una composición hecha de retales de colores parecidos, con un botón en la cintura y otro para la camisa. El suelo está casi negro, cubierto de cadáveres y de insectos que aún caminan a duras penas entre sus congéneres muertas. Me acuclillo y los examino. Tienen los ojos grandes y no distingo aguijón. Son zánganos, cientos de ellos, muertos después de cumplir la orden de los genes. Tanto esfuerzo, tanta energía, para autodestruirse. No sé qué abejas monstruosas saldrán de este desvío que ha tomado la naturaleza. Aunque supongo que todo ser vivo es un monstruo si no estás acostumbrado a él. ¿No es monstruoso tener ojos, tener dientes, tener aparato reproductor?

El niño no se atreve a salir de la cabaña, no por el frío, sino porque está descalzo y supongo que le da miedo pisar las abejas.

No pican. Estas no tienen aguijón, le digo, sin más explicaciones.

Él de todas maneras se estremece y sus pies se retuercen de aprensión, blancos y tiernos como los de un bebé a pesar de nuestras caminatas por el monte. Pero, después de levantarlo varias veces y dejarlo temblando en el aire, adelanta el izquierdo fuera de la cabaña, enseguida el derecho, y así, muy despacio, como quien camina por una cuerda tendida sobre un precipicio, avanza sobre la alfombra de abejas. Se desplaza liviano sobre la superficie de pelos y alas, de cuerpos vaciados, de ojos negros como los del niño. A pesar de tanta ligereza y cautela, va dejando tras de sí huellas de insectos despachurrados.

Ponte algo, vas a coger frío.

Fuego, responde.

Primero pienso que es el olor de nuestra propia chimenea, pero hace horas que dejó de arder la poca leña que nos quedaba. Aunque había hecho buen acopio en la cabaña, la lluvia y las abejas nos han mantenido encerrados casi una semana. El olor viene de lejos. Doy la vuelta a la

cabaña husmeando el aire cortante de la mañana. Soy yo la que se está quedando helada. Nos vestimos y salimos a buscar leña. Regresamos a la cabaña con un par de montones, uno más grande que llevo yo, y otro a medida del niño. Le pido que encienda la estufa, aunque los troncos están demasiado húmedos. Examinó nuestras provisiones y después rebusco en todos los escondrijos en los que alguna vez he guardado nuestro acopio secreto. Sé que no voy a encontrar nada, pero los reviso de todas formas. También he levantado cada piedra, removido cada matorral, inspeccionado entre las ramas bajas de los árboles con la esperanza de encontrar el escondrijo que utilizaba nuestro captor. Quizá no tenía otras provisiones o he sido incapaz de encontrarlas. Dejo al niño con su tarea y me acerco al bosque de robles con la esperanza de que las últimas lluvias hayan hecho crecer hongos. Con el tiempo he descubierto que varias especies salen durante todo el otoño e incluso algunas aparecen en invierno, mucho después de las primeras nieves. No es que entienda mucho de setas, pero creo reconocer aquellas que hasta ahora no me han provocado intoxicaciones (también conozco dos especies que sí lo han hecho). Encuentro en un pequeño claro entre los robles una extensión de los que mi madre llamaba «lengua de gato». Hacía meses que no me acordaba de mi madre; a pesar de todo el tiempo que a veces paso sin hacer nada, mis pensamientos giran sobre todo alrededor del presente y del futuro. Me siento como se habría sentido Eva de haber vivido de verdad: sin pasado, sin raíces, con recuerdos que no sabría si los ha soñado o realmente hubo una vida previa al momento en el que la arrancaron del cuerpo de Adán. Corto el pie de cada seta a ras de suelo con el cuchillo de monte que quité al intruso, al final lo único bueno que nos trajo, aparte de la ropa, que nos va a ser útil muy pronto. No son hongos recientes, como habría esperado; estos deben de haberse escapado a mis últimas incursiones recolectoras porque han adquirido ya un color amarillo oscuro y sé que al niño no le va a gustar su sabor amargo. Tarda más en comer lo que no le gusta, frunce el ceño, rumia, traga ruidosamente, pero nunca protesta. Yo en esas ocasiones suelo levantarme de la mesa y dejarlo con sus penas, a veces le gasto bromas que no registra, lo recibo cuando por fin termina y viene hasta donde esté quizá esperando un elogio, que suelo hacerle. Buen chico, le digo, te lo has terminado todo, buen chico, aunque sé que dejar el plato vacío no es en nuestra situación una virtud sino reflejo de la necesidad.

Cuando he cosechado toda la extensión de hongos, también aquellos que han empezado a pudrirse, busco aún un rato en el robledal, entre hojas amarillas, humus, bellotas, de las que también recojo una buena cantidad, aunque me suelen producir retortijones y sólo puedo ingerir en pequeñas raciones, seis o siete, no más, pero si no fuese por ellas posiblemente ya nos habríamos muerto de hambre. Corto unas ramas de romero, que quizá ayuden a disfrazar el amargor de las setas, y también el de las bellotas, que no se les quita ni dejándolas en agua ni asándolas. Cuando ya he renunciado a encontrar algo más succulento, descubro al pie de un roble un grupo de setas de sombrero rojizo. Las corto y las envuelvo en un trapo aparte. Limpio después el cuchillo en el musgo con el gesto de un barbero afilando su utensilio en un asentador de cuero. Entonces me vuelvo consciente de mi desesperación. Los actos de los últimos minutos están dictados por ella. De todas formas, no corrijo ninguno. Cojo los dos hatos y las hierbas y regreso a la cabaña.

Aún no sale humo de la chimenea y sin embargo huele a madera quemada, aunque también me parece distinguir un olor más penetrante, de plástico o goma chamuscados.

Antes de cocinar las setas se las enseño al niño (las rojas las he escondido encima del armario, aunque si se sube al fregadero podría descubrirlas): mira, se llaman lengua de gato. Acaricia con el pulgar la superficie del sombrero carnoso. Con su meticulosidad habitual, repite

la operación con cada seta, aunque dejando de lado las más estropeadas. Tras su inspección, las echo a la sartén con el romero. También aso unas bellotas, pocas, porque no soy la única a la que le desagradan. No puedo decir que nos quedemos saciados, pero esta ración debe entretener el hambre hasta la noche.

El hombre no ha vuelto.

El hombre no ha vuelto.

El hombre no ha vuelto.

La frase va puntuando cada una de mis acciones del día, me vuelve estatua con una navaja en el aire, con las manos mojadas contra el rostro mientras me lavo la cara, con el tenedor rozando mis labios entreabiertos y la boca medio llena.

Ya pasa de mediodía cuando vemos el humo. Más que penachos, diría que forma una barrera discontinua.

Corro mi silla para colocarme junto al niño, giro la suya de forma que su cara de ardilla quede frente a mí; le sujeto suavemente por los hombros, como hago siempre que tengo que transmitirle una información importante. Me gusta explicarle lo que sucede en nuestras vidas, aunque no pueda estar segura de cuánto atraviesa su expresión confusa y se asienta en su cerebro.

Tenemos que irnos, le digo. Abandonar la cabaña. El hombre no ha vuelto. No va a volver. No nos quedan provisiones y la nieve va a cubrir pronto las setas, me será imposible encontrarlas. Y aunque recoja ahora kilos de bellotas no podemos comer sólo eso. ¿Lo entiendes?

Se lo explico despacio con la impresión de que también me sujeto a mí misma por los hombros para desgranarme las razones por las que no podemos quedarnos aquí más días. Y el fuego no es un incendio casual, es provocado. Por personas. Está muy lejos. Pero no es un fuego en el bosque, ha llovido demasiado para que se inicie un incendio. Es la ciudad la que arde. Por eso huele también a plástico y a goma quemados.

No hablo con él como lo haría con un niño incapaz de entender al que quiero convencer de algo, más bien como a un adulto aturdido o desorientado.

Los ojos del niño se han enrojecido pero sigue muy atento lo que digo con gesto no sé si preocupado o doliente.

Y el hombre no va a volver.

Y no tenemos provisiones.

Y la nieve ya va a llegar.

Y no sé qué vamos a encontrar de camino, pero hay que intentarlo.

Y el hombre, y yo ya no sé, y las provisiones.

¿Me sigues?

Mi explicación se vuelve circular, apresurada, casi jadeante. Me gustaría que me pusiese una de sus manos de lémur en la cara para tranquilizarme.

El niño se gira otra vez para quedar sentado frente a la mesa. Saca su navaja y la introduce en la muesca, que ya es de casi un palmo. Sierra la madera, pero no parece estar haciéndolo en un ataque de ira sino como quien se embebe en una actividad para no pensar en otra cosa. Lo conozco en ese estado: puede pasarse así horas o hasta que una urgencia repentina lo saque de su estupor.

Me levanto de la mesa. Mañana nos vamos, le digo. Nos vamos para siempre, dejamos la cabaña.

Por una vez, espero que responda, conforme o disconforme, quizá porque es una decisión tan



fundamental que necesito compartir la responsabilidad, aunque sea con un niño. No estoy segura de que corramos menos riesgo de morir si nos marchamos que permaneciendo en la cabaña. Pero al menos acabaríamos con esta espera insostenible, tendríamos la sensación de tomar el destino en nuestras manos, por grandilocuente que suene. ¿Me has oído? Mañana nos vamos, tenemos que reunir todo lo que nos llevaremos, el hacha, los cuchillos, las provisiones, ropa, toda la que podamos, porque va a hacer frío. Va a hacer mucho frío. Pero encontraremos algo. Estoy a punto de añadir «te lo prometo», pero tampoco me parece bien mentirle.

Al principio me sobresalto porque parece que el niño quiere hablar. Después de unos segundos con la boca abierta, mirando entre sus rodillas, deja escapar un sonido, lo que parece un intento de pronunciar una palabra: aaa. Repite la vocal alargada, un ensayo de un mensaje. Dos o tres veces el mismo sonido, al mismo volumen. Pero de pronto su boca se desencaja, grita esa letra como si quisiera romper algo con ella, la revienta contra las paredes, la retuerce, y él mismo se tira al suelo, pateando la silla y el aire, al tiempo que gira sobre el costado, un derviche tumbado que se rebela y destruye, una hélice de rabia y miedo. Tranquilo, digo, pero no quiero ceder, una patata no puede ser lo que decida nuestras acciones. Escúchame, tenemos que irnos de aquí, estamos solos, no queda comida, el invierno va a ser largo. Apenas me oigo a mí misma, es como gritar contra olas rompiendo bajo un acantilado, como soplar contra el viento. Tiendo una mano para detener el remolino de miembros y gritos, pero la retiro enseguida, por miedo a que me corte con la navaja, que no ha soltado en todo este tiempo. El niño suda y llora y moquea, yo aprieto los dientes, porque esto es una guerra de desgaste, yo repito, explico, apaciguo, sin éxito, es como pretender comunicar con una iguana o una anguila, no hay nada en común, ni un espacio de encuentro posible, venga, cállate, escucha, no me estás escuchando. Salgo de la cabaña, lo dejo revolviéndose en el suelo, con su grito entrecortado atorándole la garganta, con su pánico de fiera rodeada por llamas. Las estrellas titilan como si se acoplasen a los cambios de intensidad del grito. Le voy a dejar solo, me digo, me voy a ir sin él. Yo no quería depender de nadie. No vine aquí para que me manipule un niño que ni siquiera es mío. No vine para dejarme dominar por la compasión. Mañana mismo. Sin esperar un solo día. Y él hará lo que quiera. Por mí, como si se muere. Una preocupación menos. Una carga que me quitaría de encima. Eso es. Que se muera.

Desde lo alto de la escarpadura se divisa mejor el origen del incendio. La barrera de fuego se extiende a lo largo de un valle que queda más allá del nuestro, detrás de unas montañas que se van suavizando hacia el oeste, redondeándose y perdiendo altura. Supongo que están ardiendo las poblaciones que flanquean el río, y por eso hay focos continuos a lo largo de una línea, como si los habitantes de la región hubiesen querido formar una barrera de fuego para detener con las llamas el avance de una horda enemiga. Pero eso son mis fantasías de mujer medieval, de superviviente de los bosques que desprecia la civilización. No sé qué puede haber causado los fuegos y de todas formas desde tan lejos es imposible averiguar si de verdad se trata de un frente de llamas o es sólo que desde esta distancia los focos parecen juntarse.

Al niño no le interesa el origen del humo. Él recoge piedras por el camino: cuarzo rosado, pirritas cuya estructura provoca una expresión de maravilla y reverencia, pedernales que golpea uno contra otro hasta que saltan chispas. Quizá está practicando para encender la lumbre cuando lo necesitemos; llevo una caja de cerillas conmigo, otra gentileza de los antiguos habitantes de la cabaña, aunque cuando se acabe esta caja, la última, dependeremos de nuestra habilidad. No dejo de darle vueltas a quién sería esa gente: parecían haberse pertrechado como para un postapocalipsis nuclear, y sin embargo de repente abandonan víveres y provisiones, ¿para ir dónde? ¿Y por qué no se lo llevaron consigo? Entonces recuerdo el coche averiado y oxidado y se me ocurre que no pudieron usarlo para su huida o desplazamiento y tuvieron que dejar atrás todo lo que habían ido acumulando para tiempos peores.

El niño recoge también piedras de granito, una tras otra, y las examina con atención como si cada una de ellas fuese absolutamente única, y quizá lo sea, pero no entiendo ni su interés ni con qué criterio las selecciona, si por la forma o el color -parecido siempre-, o si carece por completo de criterio y yo busco un orden donde no hay nada más que arbitrariedad.

Hemos emprendido el camino en dirección al norte, pero en cuanto lleguemos a la base de las primeras montañas tomaremos por uno de los valles pequeños: en las alturas no encontraríamos nada que comer y estaríamos más expuestos a la nieve y el viento. Por suerte, a pesar del frío, sólo durante la mañana que salimos ha caído un poco de aguanieve y los caminos están despejados. Lo único que entorpece la marcha es el barro, que nos estorbará más cuando nos encontremos en el fondo del valle. Por ahora la caminata es muy llevadera. Si no fuese por la incertidumbre, casi me sentiría alegre. Dos noches, le prometí al niño, si en un trayecto de dos días y dos noches no encontramos un lugar seguro, regresamos a nuestra cabaña; prometido. Entiende, el maldito piojo, mucho más de lo que parece. Y nada más oír mi promesa se quedó dormido, en su rostro la placidez de un bebé con el pulgar en la boca.

Nunca me has dicho cuántos años tienes, le digo. ¿Sabes cuántos tengo yo? ¿Y te he contado que he estado casada? Él examina en el puño semicerrado un saltamontes que acaba de cazar cuando se había enredado en una mata de espliego. Sería un buen perro de caza: yo abatiría la pieza y él correría dando saltos a recobrarla. La traería en la boca, orgulloso y feliz. A ver, enséñame el saltamontes. Abre el puño, lo justo para que examine su presa: tiene las patitas como las tuyas, le digo. Abre más la mano y su palma es ahora una pista de despegue. El saltamontes revolotea ladera abajo, mostrando el color rojo que escondía bajo las alas. Ahora, sólo ahora,

caigo en que no podríamos hacer nada para protegernos si encontrásemos en el camino una nube de abejas. A veces se me olvida lo más básico. Me gustaría haber aprendido a sobrevivir en el monte en lugar de tantas cosas inútiles, a tejer nasas y a poner trampas, a orientarme sin necesidad de estrellas o sin consultar la posición del sol, a ojear animales, a conservar su carne durante un invierno. Me habría venido bien que los antiguos habitantes de la cabaña hubiesen dejado atrás un manual de supervivencia, uno de esos que muestran a tipos barbudos y fibrosos, con bandana en la cabeza y con un enorme cuchillo dentado al cinto. Pero una sabe lo que sabe, tiene la historia que tiene y muchas cosas las he aprendido produciéndome heridas e intoxicaciones. Pero me siento orgullosa de estar aún aquí y de haber mantenido al niño con vida. Me da seguridad que dependa de mí, me hace sentir importante, me obliga a centrarme y, sobre todo, a no rendirme.

Dejé a mi marido hace diez años, le digo al niño. ¿Tú me imaginas casada? Yo tampoco. Bueno, te he dicho diez años, pero también podrían ser ocho o doce. No me acuerdo de su cara; me acuerdo de fotos de él, pero no de cómo era en realidad, de sus gestos, de su expresión. Mi vida amorosa es un recuerdo pixelado. Claro que no tienes ni idea de lo que significa pixelado. Es una manera de decir borroso. ¿Tú te acuerdas de tus padres? ¿Te acuerdas de algo? Ni siquiera sé si tienes memoria. Mi padre la perdió mucho antes de morir. Yo no estaba allí pero lo sé.

Hablar con el niño es como hacerlo sola. Podría acabar como esos ancianos solitarios que soliloquian sin orden ni concierto, saltando del presente al pasado, de lo insignificante a lo trascendente, de lo inmediato a lo remoto. Todos necesitamos comunicar, pero hay tan poco que se pueda comunicar. En realidad, me viene bien que el niño no me haga caso. También que no pregunte a dónde vamos y cuál es el plan, porque el plan es confuso: ir registrando las cabañas que sé que hay -o había- en esta dirección, cuando éramos más numerosos quienes poblábamos los bosques, y confiar en encontrar algo de comer en una de ellas. Depender de la casualidad no parece una buena estrategia y me alegro de no tener que justificarla. Otra posibilidad sería que en algún sitio hubiese gente dispuesta a ayudarnos, pero desconfío de la ayuda de los extraños. Siempre esperan más de lo que dan.

Hemos dejado de oler el humo, pero el cielo es ahora un borrón grisáceo hacia el sur. Nos detenemos en la falda de una colina antes de bordearla hacia un desfiladero cerrado, detrás del cual sé que hay una casa de piedra, de una altura, con cuadras y comederos de metal; la vi desde lejos hará años, la primera vez que me atreví a alejarme tanto de la cabaña, antes de que llegase el niño, y no me decidí a acercarme porque había caballos, un carro, cortinas.

Desde donde estamos ahora también se ve el monte en el que se encuentra nuestra cabaña. No la cabaña misma, oculta tras el bosque de robles, aunque ya han perdido todas las hojas, pero sí algunos de los caminos que llevan a ella y un tramo del río que fluye desde sus cercanías hacia donde nos encontramos. Busco casi sin darme cuenta el humo saliendo de nuestra chimenea, un vehículo asomando aquí y allá entre árboles o bordeando la parte de la pista que rodea el monte a media altura, caminantes; como si quisiera ser espectadora de una normalidad o placidez que no he conocido. Busco al hombre. Y me pregunto si yo correría de regreso al descubrir una señal de que ha vuelto. Siento ya nostalgia de la cabaña, que, desde aquí, se me antoja un lugar protegido, acogedor. Siento nostalgia del cuerpo del hombre ocupando el espacio, rellenando intersticios, interponiéndose a la vaga amenaza de lo que puede suceder, un cuerpo para taponar el presente, una presa que sujeta lo que está a punto de desbordarse.

Vamos, le digo al niño con impaciencia, como si fuese él quien detiene la marcha. En realidad, no sé por qué lo azuzo; falta mucho para que anochezca y, además, no me preocupa el frío. Por si,

en contra de nuestros planes, no regresamos hasta dentro de unos días, llevamos en bolsas de tela prendas suficientes que, salvo que se mojen, nos protegerán incluso de las heladas. La ropa del muerto se ha venido a sumar a nuestro ajuar de emergencia; he tomado de las botas, demasiado grandes, los cordones, y también las suelas, que ataré o coseré cuando las del niño o las mías estén demasiado partidas para caminar. Hago esos planes de futuro, aunque no sé si viviremos lo suficiente como para felicitarme por mi previsión: no es posible vivir continuamente en este presente desalentador y mucho menos en un pasado desvaído del que de todas formas también quise huir.

Mientras atravesamos el pequeño desfiladero, un tajo estrecho pero no muy alto en el inicio del terreno calizo, el niño se acerca a mí. Huele a sombra fresca, a helecho, a hierro. El cielo es un fino zigzag que aparece y desaparece sobre nuestras cabezas. La montaña se cierra sobre nosotros, riscos encantados que podrían sepultarnos; arriba las cuevas son bocas desdentadas, los churretes negros sobre la piedra la pintura de un guerrero. Intento ver las cosas con los ojos del niño, entender su sobrecogimiento. Hace un gesto como si fuese a tomar mi mano, pero se retiene. Negro, dice como para sí. Hondo. Ciego. El sendero se desmorona delante de nosotros, se pega al corte de piedra, casi desaparece. El niño se detiene antes de rodear un saliente en el que es difícil distinguir a qué altura pisar y si habrá senda al otro lado. Una humedad verdosa vuelve la piedra resbaladiza. Venga, sigue, le digo. Pararse no sirve de nada. Su mano de murciélago tantea la roca, la aferra con la punta de los dedos. El niño da varios pasos rápidos y desaparece. Recoloco mi carga para que no choque contra el saliente de piedra al atravesar la parte más estrecha y me haga perder el equilibrio. La aseguro toda -bolsas, mochila, nuestras miserables provisiones- a mi espalda. Tira de mí hacia el precipicio porque para rodear el obstáculo tengo que ponerme muy tiesa, no puedo encorvarme hacia delante para compensar el peso. La caída no tendría por qué ser mortal, apenas cinco o seis metros me separan del lecho del riachuelo. La escopeta se me traba entre las piernas y tengo que reajustarla varias veces. Paso despacio, sintiendo cómo la roca me empuja hacia atrás.

El niño no me ha esperado. Lo encuentro de cuclillas a la salida del cañón, de espaldas a mí. Le doy una palmada en el cuello: la próxima vez no te separes de mí, si le ocurre algo a uno de los dos el otro tiene que saberlo.

En las laderas, las jaras sustituyen pronto a los helechos y en el horizonte las curvas a las aristas. El fondo del valle está empapado como una esponja: la tierra rezuma donde pisamos. También el cielo parece que se pondría a chorrear si pudiésemos estrujarlo. El niño no lleva tanto peso como yo, pero ha comenzado a trastabillar de cansancio. Las punteras de sus botas encuentran todos los obstáculos, o tropiezan en llano donde no los hay. Nos salimos del sendero para cobijarnos en un alcornocal. De pie, compartimos bellotas y las últimas galletas saladas.

Me vas a esperar aquí, le digo, y él se echa sus dos bolsas a la espalda. Tú esperas aquí a que vuelva, repito. Él comienza a caminar en la misma dirección que llevábamos antes. Lo sigo como si fuese él quien sabe a dónde vamos. Maldita musaraña. Pero no tengo energías para discutir.

No hay caballos delante de la casa, ni carros, ni cuelgan visillos en las ventanas. Los comederos de metal, antes de color verde, están cubiertos de óxido y en el fondo acumulan basura de años. La huerta ha sido arrasada con saña. Distingo un par de berzas escuálidas que han crecido silvestres sobre la misma planta que había sido desmochada o pisoteada tiempo atrás. Si podemos hacer un fuego, y si nadie nos la disputa, esa será nuestra comida. Nos quedamos un buen rato apostados detrás de una roca. Nadie entra ni sale. Una de las ventanas no refleja tierra ni

cielo, verde ni azul. La otra nos hace una y otra vez guiños en morse. Voy a acercarme, digo, y el niño me tiende dos cartuchos. Los echo al bolsillo y me descuelgo la escopeta del hombro. Si tuviésemos más munición enseñaría al niño a disparar, le diría «cúbreme», seríamos un comando en lugar de dos piezas sueltas. Avanzo, seguida de mi sombra diminuta que no ha querido quedarse atrás, apuntando a la ventana sin cristal, porque si yo estuviese dentro sería desde ahí desde donde dispararía. Ya antes de abrir la puerta nos llega un olor rancio. Esta vez no le digo al niño que se quede donde está. No me va a hacer caso. Empujo la puerta, que debe de estar cerrada con llave. La zarandeo. Intento derribarla a patadas. De todas formas, si hay alguien cerca ya nos habrá oído. El niño deja su carga en el suelo y trepa a la ventana. Su expresión no cambia. Se cuelga de un salto en el interior. No, dice desde dentro, e interpreto que no puede abrir, aunque podría ser cualquier otra cosa. En el marco de la ventana hay un nido viejo de orugas, un algodón sucio. Arañas patilargas en plena huida. Borra, hormigas muertas. Entro yo también. No me encuentro, como había esperado, un cadáver humano. El olor procedía de excrementos de aves que cubren el suelo y una mesa rota arrumbada en una esquina; también de cadáveres de aves. No sé por qué habrán elegido ese sitio para ir a morir. Son cuervos o cornejas negras. Esqueletos en todas las posturas, picos apuntando al cielo o escondidos bajo alas ahora desnudas, plumas que revolotean alrededor de nuestros pasos. Miss Daisy, dice el niño. Y es verdad que un esqueleto perfectamente mondo de felino reposa entre tanta pluma oscura, una lección silenciosa de anatomía, un recordatorio innecesario de los que nos espera.

La estufa que también había en esta cabaña ha sido arrancada de cuajo; un agujero irregular se abre donde estaba la salida de humos. No veo rastro de cenizas, así que debe de haber hecho mucho que se la llevaron. No hay camas, ni armarios, ni siquiera un baño minúsculo como era el nuestro. Me había imaginado la casa más espaciosa, pero el interior es estrecho y oscuro. Hurgo con lo que podría ser la pata de una silla en un montón de trapos podridos y descubro una pequeña lata pegajosa que huele a gasolina. Sólo está medio llena, pero me la guardo para lo que pueda servir.

En una pared, al lado del fregadero partido en dos, cuelga una foto: hombre y mujer de unos treinta años, colores desvaídos que reflejan el tiempo transcurrido y revelan que esas dos personas ya tampoco tendrán el brillo que tuvieron, se habrán ido apagando, desvaneciendo, y quizá estén muertas o tan lejos una de otra que ya no sería posible volver a fotografiarlas. Ella lleva una falda larga, de aspecto decimonónico, él vaqueros; ella una blusa de un color que fue chillonamente verde, él un jersey negro grueso de cuello alto, como si ambos viviesen en estaciones diferentes. El niño acerca la nariz a la fotografía, la arranca con cuidado de la pared, se la guarda bajo el jersey. Salimos otra vez por la ventana. Bajo a lo que fue la huerta. Los dos esqueletos de berza están roídos de gusanos. Prefiero no tomarme esta visita como una premonición. Hay más cabañas, hay más posibilidades, hay más esperanzas. Regresaremos a nuestro hogar y planearemos la siguiente salida por otro de los caminos. El hombre me dijo que hacia el noreste también hay cabañas, aunque me recomendó que no me acercase, sin explicarme por qué. Pero prudencia ya no rima con supervivencia. Arranco unas cuantas tablas de la mesa desvencijada y las ato encima de la mochila; al menos tendremos leña seca para encender un fuego esta noche.

El niño no se cansa de cazar saltamontes. Ahora no los empuña ni los observa ni los lanza al aire para que descubran sus colores ocultos. Su safari no tiene nada de científico. Tiene una misión. Usa con tino sorprendente una tablilla que habrá arrancado también de un mueble de la casa. No se mueve como un niño que está cazando, sino como un niño que juega a estar cazando.

Como quien realiza un ritual, más concentrado en el gesto que en el resultado. Inmóvil con el brazo en alto, encorvado para estar más cerca del suelo y los arbustos, no gira la cabeza, sino que mueve los ojos de lado a lado, como un caballo temeroso. Descarga el golpe una sola vez. Acierte o falle. Si cobra la pieza, hace un pequeño baile de la lluvia, apache agradecido, recoge el saltamontes y me lo trae. Durante la cacería se acerca demasiado al borde de un tajo en la colina, una caída de varios metros que acabaría en el lecho rocoso de un arroyo, pero no le llamo la atención: yo no voy a estar siempre a su lado. Me relajo, sin embargo, cuando se aparta del peligro. Su canturreo se va alejando por la pradera, regresa, se desplaza de un lado a otro. A veces el sonido de la tablilla contra una mata o contra el suelo. Entrecierro los ojos. No hay prisa; brilla el sol y la escarcha se ha deshecho, estoy sentada en una piedra; como un cormorán empapado me estiro y oreo, me dejo calentar, siento, por primera vez en días, que la piel no es un terreno que debo proteger; ahora es más bien una superficie placentera. El hombre me pasaría los dedos por el hombro, suavemente, como si temiese despertarme, jugaría con mis cabellos. El niño descarga otra vez su maza sobre el aterrado enemigo, ejerce todopoderoso su dominio sobre las fieras. Me trae la ofrenda y la deposita en la lata que está a mis pies, cepillo de una santa o una virgen. Su gesto me interroga: ¿es suficiente? Yo le dejo seguir con su teatro hasta que en la lata casi no caben más saltamontes. Vierto la mitad en el suelo y enciendo el pequeño montón de palitos que hemos juntado entre los dos encima de un corro de piedras. Los saltamontes se ponen rígidos, crepitan, se oxida el color rojo que ocultan bajo las alas, se van luego volviendo del color del pan tostado. Hago la segunda tanda. Espera a que se enfríen, le digo. Él no tiende la mano. La situación es nueva para él y todo lo nuevo lo vuelve paciente. Imitaré mis gestos, intentará, creo, sentir lo mismo que yo siento. Los saltamontes tienen muchas proteínas, le explico. Se comen en muchos países, picantes o con sal. Nosotros tendremos que conformarnos con comerlos tal cual. Vas a ver qué ricos. Mientras hablo cojo un saltamontes por una pata, lo mantengo en el aire para que lo vea y me lo introduzco en la boca. Lo hago crujir entre los dientes, trago. El niño hurga con el dedo en la lata, se decide por uno de los más pequeños, lo mantiene también en el aire como para evaluarlo, se lo introduce entre los labios y lo deja allí, sin masticar, con la cabeza y las patas delanteras asomando de sus dientes de cordero. No le hago caso. Con las proteínas de los saltamontes, le digo, y la grasa de las bellotas, tenemos lo más importante para subsistir. Luego están las setas, que yo creo que no aportan mucho, pero llenan. Y seguro que en alguna de nuestras salidas encontraremos madroños y majuelos; por no hablar de las frutas que madurarán en verano. Mastico otro saltamontes. Él sigue con el suyo entre los dientes, que lo sujetan sin guillotinarlo.

No te diré que los saltamontes son la comida que más me gusta, eso no, pero la prefiero a los gusanos, también muy nutritivos, no te creas. Cuando encontremos procesionarias en un pinar podemos probarlas. Pero ya te digo que no te van a gustar. Yo que tú, comería saltamontes.

No sé cuánto tiempo dura nuestro teatro privado, yo con maneras de *maître* ensalzando ante un comensal las virtudes de un plato, él jugando al oyente impertérrito e interesado. Sigo comiendo un saltamontes tras otro, despacio, y ocultando la repulsión tras mis gestos de experta. Por fin separa los dientes, atrae el saltamontes con la lengua al interior de la boca, y se traga el bicho casi sin masticar. No se atraganta. Continuamos comiendo los dos, mirándonos a los ojos, como dos vaqueros en un salón que vacían de un trago un whisky tras otro compitiendo a ver quién tiene más aguante. Cuando la lata está vacía, le doy un puñetazo amistoso en el hombro. Voy a necesitar que caces más para no morir de hambre, le digo. Mañana, ahora tenemos que buscar dónde dormir. No

habríamos podido hacerlo entre esqueletos de aves, en el olor de mierda y descomposición. Pero estoy viendo lo que va a ser hoy nuestro dormitorio.

En una de las paredes de caliza se abre lo que podría ser la entrada a una cueva. Dejo al niño al pie de la pared con nuestro equipaje de vagabundos y subo yo sola por un talud empinado en el que tengo que agarrarme a las pocas matas que han echado allí raíces. Tengo las piernas tan cansadas como si llevásemos semanas caminando; me pesa cada paso cuesta arriba; jadeo como una enferma de los bronquios, con silbidos y flemas.

Es una gruta pequeña, no más grande que la cabaña, que nos ocultará durante la noche, aunque no proteja del frío. Desciendo a buscar al niño y subimos juntos el talud. El niño resbala una y otra vez porque no se sujeta a los arbustos. Las víboras están hibernando, le digo, no hay peligro. Aunque despacio, porque ahora agarra las plantas como quien teme clavarse una espina, por fin llegamos a la cueva. Justo cuando vamos a entrar el sol se oculta detrás de las montañas y el lugar se vuelve aún más oscuro. Venga, entra, el suelo es liso. Extendemos en la tierra parte de la ropa para que corte un poco el frío y la humedad y nos tapamos con el resto. Sólo tenemos una manta que merezca ese nombre; lo demás son trapos. La otra que teníamos abriga ahora un cadáver. Se nos cierran los ojos muy pronto pero aún se agitan. Pegados los dos cuerpos, la misma tiritera. No me decido a encender un fuego. Tendrá que bastarme su calor y a él el mío. La montaña cruje. Conversación de matorrales. Gotas puntuando el insomnio. La cueva tiene un aliento de nieve. Revoloteos allí fuera. Alas oscuras, una ensoñación de aves moribundas, descarnadas, de escasas plumas negras. Mi cuerpo se hiela y arde al mismo tiempo, es un volcán bajo una tormenta de granizo. No sé si lo sueño o lo veo: el niño, abrazado a sí mismo, lamiendo una estalactita.

Los días se acumulan como trastos en un desván. Soy incapaz de levantarme de la cama. No me duele nada, no siento náuseas ni tengo fiebre. La naturaleza me hizo el favor de cortarme la regla cuando vine a la cabaña, mucho antes de lo que sería sano, pero lo agradezco. Digo que soy incapaz de levantarme, aunque en realidad soy incapaz de desearlo. Ni siquiera abro los ojos.

No sé cuándo volvimos a la cabaña, ni cómo. El recuerdo es una grisalla cada vez más desvaída. Hemos llegado. Estamos. Nada, casi nada, entre la cueva y la cabaña, como si nunca nos hubiésemos puesto en marcha. No sé qué habremos hecho con nuestras cosas, las ropas, la escopeta, la comida. Quizá lo dejamos todo en la cueva, como fugitivos a los que no da tiempo a recoger sus enseres.

Oigo los pasos del niño, la navaja cortando la madera, la lluvia aporreando el tejado, el agua ya no goteando sino en un chorro que cae desde el techo. Una sombra oculta la luz que llega desde la ventana e intuyo al niño parado ante mí indeciso, miedoso. Sigo sin abrir los ojos.

Algo huele a animal, a sudor viejo, a piel de perro empapado. No es que quiera morir, tan sólo me es indiferente.

La noche se une con la noche y es como si el tiempo no transcurriese. Se ha estancado. Todos los pensamientos son el mismo. Y esta sensación de lasitud, de abandono completo, soy yo. Soy una laguna de aguas turbias en lo hondo de un bosque. Una hoja de roble pudriéndose en el barro. Soy el barro. Soy el cadáver de un ciervo. Soy el gusano que reposa en la carne podrida.

La lluvia. El niño. La navaja. Mi sueño. Los hongos rojos en lo alto del armario. Mostrárselos al niño, decirle: come. No abrir los ojos. No levantarme. Irme descomponiendo como la cabaña. Dejarme cubrir por la vegetación, por la lluvia, por el barro, por las hojas muertas, por ramas y cortezas, por cenizas, por el polvo que formará una costra sobre mi carne. Seré un trozo de madera desmoronándose en lo húmedo. Seré olvido. Ni siquiera eso. No habré sido nunca. Pero soy, aún, la falta de deseo. Soy la mujer que ni duerme ni vela. Soy una voz que no se pronuncia. Soy una idea que ya nadie piensa. Soy la lengua seca, los labios secos, el vientre seco. Soy sed sin ganas de beber. Sólo a veces sé que estoy viva porque me atraviesa un relámpago de rabia, que se apaga enseguida. Todo debería terminar. También el niño. También su espera. Coge las setas. Come. ¿Se lo he dicho o es que lo oigo una y otra vez dentro de mí, este eco en el cráneo podrido? Come. Duerme. Olvídate. Olvídate.

Sueño.

Silencio.

Oscuro.

Ciego.

Hondo.



Abro la puerta de la cabaña y el hombre se encuentra allí, a diez o doce pasos. No ha llamado como de costumbre con tres golpes de nudillos ni llegaba en ese momento y me he anticipado al abrir. Sencillamente, está delante de la cabaña y podría llevar en ese mismo sitio minutos u horas. Se balancea muy despacio de un pie a otro. No lleva nada en las manos, ninguna bolsa con provisiones, tampoco a la espalda. Tardo unos segundos en darme cuenta de que está descalzo; tiene los pies completamente negros, como si hubiera caminado sobre cenizas. Se cubre con un sombrero que parece más útil para protegerse del sol que del frío. Aunque mira en mi dirección, no hace un gesto de reconocimiento ni echa a andar hacia mí. Está. Como están los árboles.

Me quedo esperando una reacción, un gesto, que no llegan. Entra, digo, no te vas a quedar ahí. Pienso que quizá se avergüenza por venir con las manos vacías y, sobre todo, por haber incumplido su promesa de regresar pronto con provisiones, su promesa, en realidad, de ocuparse de nosotros, y aunque yo no se lo había pedido le guardo rencor por habernos fallado así. Venga, entra.

Si me oye, nada cambia en su expresión. No me está mirando a mí, sino a través de mí, a través de la cabaña, a través del tiempo. Voy hacia él, que continúa su lentísimo balanceo. Lo tomo de la mano y me sigue sin resistencia. Cuando entramos en la cabaña el niño no se dirige a la cama para tumbarse de cara a la pared. También él ha entendido que hay algo diferente en esta visita.

Dirijo al hombre hacia la mesa y retiro una silla. No inspecciona la cabaña como suele hacer, ha perdido su aire de propietario potencial, de tasador ante un bien al que, con una inversión inteligente, se le podría extraer mejor rendimiento. Presiono uno de sus hombros para que se siente. Ha perdido su consistencia de leño seco, cede a la presión como cede un cojín de musgo cuando te apoyas en él. Deja una mano sobre la mesa y ya no es una mano capaz de aferrar, de tomar posesión, de arrancar o torcer. Su mano es un animal muerto, un pez al que has cortado la cabeza, un alga en el lecho seco de un río.

Mi primera preocupación es egoísta: ¿voy a tener que darle de comer a él también? ¿No sólo se presenta aquí sin provisiones, sino que además espera que yo comparta lo que ni siquiera tengo? Lo dejo ahí sentado, inspeccionando el aire. El niño y yo nos sentamos en el borde de la cama y nos ponemos a pelar bellotas. Yo creo que está drogado, le digo. Se ha debido de tomar algún hongo que lo ha dejado así, pero dentro de unas horas volverá a ser el hombre que conocemos, y yo me quitaré la ropa y tú te tumbará de espaldas a nosotros. Y, con un poco de suerte, ha olvidado en el bosque las provisiones que nos traía pero cuando salga del estupor irá a buscarlas y nos daremos un banquete, los tres, nos reiremos de alegría porque ya no tendremos que comer bellotas, y setas secas y los asquerosos saltamontes. Podremos permitirnos eso, decir los asquerosos saltamontes y reconocer que nos dan asco, porque ya no los necesitaremos.

El niño pone una de sus manos sobre la mía, se da cuenta de que este soliloquio es la expresión de mi miedo o de mi desesperación, y él no necesita a su lado a una mujer aterrada o desesperada sino a una mujer resuelta. Respiro, y supongo que antes también lo estaría haciendo, pero me siento como si llevase mucho rato conteniendo el aire en los pulmones.

El niño me ayuda a desnudar al hombre, que se deja hacer como un anciano enfermo. Ya no

huele a madera y a cuero, sino a cueva húmeda. Lo lavo como puedo encharcando el suelo junto al fregadero. El niño se arrodilla en la encimera. Le levanta un brazo, luego otro, para facilitarme el trabajo; tira de su mano para que se dé la vuelta o para que se agache. No me excita lavarlo, su cuerpo desnudo ha dejado de ser una promesa, ni siquiera es ya posibilidad. Tiene la piel blanquizca y arrugada, como si hubiese estado horas en el agua; pienso en hospitales, en enfermedades crónicas, también en esa gente que pasa años escondida en un sótano porque cree que el enemigo aún lo persigue. Pero él no ha podido llevar esa vida de roedor en la madriguera, él ha recorrido bosques, vadeado ríos, atravesado cordilleras. Él era un gigante que corría detrás de los jabalís para cazarlos con sus manos desnudas. Él calzaba las botas de siete leguas. Me levantaba por el aire sin que se le notase el esfuerzo. El pecho me cruje tan fuerte al pensarlo que el niño levanta la vista.

No es nada, le digo con un gesto. No es nada.

La garganta me duele como si algo la arañase por dentro.

No le lavo la cabeza, aunque tiene el pelo grasiento y lleva enredados en él trozos de paja, briznas vegetales; pienso en los panales abandonados en los que se acumulan el polvo y restos de hojas secas. Con ayuda del niño, le pongo el pantalón que conservé del intruso, porque el suyo apesta y además tiene la culera desgarrada. Le queda tan grande que vuelve al hombre aún más esquelético y frágil. Lo dirigimos otra vez hacia la silla. Allí le ponemos su camisa, que también huele a moho y hojas mojadas. Le doy unas bellotas; ni las mira. Le pregunto qué le ha pasado. El silencio es demasiado largo incluso para el niño, que se refugia en su cama; no se acuesta para dormir, sino que recorre la colchoneta de rodillas, haciendo gestos que recuerdan un animal, abriendo y cerrando la boca que se vuelve fauces, dando zarpazos a cámara lenta. Tardo en entender que está jugando con Miss Daisy. Se vuelca de costado y sigue rasgando despacito el aire, hasta que todo se detiene en él, se queda quieto como un arbusto cuando deja de soplar el viento. Como ya ha oscurecido, me tumbo a su lado, me vuelvo otra vez molde, cobijo. Echo de menos que alguien yazga pegado a mi espalda, que me contenga y limite. Mientras estoy despierta, el hombre no se mueve una sola vez, salvo para levantar alternativamente los pies, muy despacio, imitando el balanceo de hace unas horas. No, en realidad no llega a levantarlos, sólo el talón apenas un par de centímetros o ni siquiera eso, eleva un poco la rodilla sin separar el pie del suelo, como un inválido que deseara incorporarse o cambiar de postura.

Cada vez que abro los ojos esa figura sentada. Esa presencia que ya es ausencia, ese cuerpo como un fuerte saqueado y arrasado del que huyeron los pocos supervivientes que quedaban.

Me levanto antes del amanecer; no hay luna y los rescoldos se han apagado; la cabaña está iluminada sólo por las estrellas. Por eso tengo que acercarme al hombre para asegurarme de que no es una sombra lo que tiene entre las piernas, sino que de verdad se ha meado encima. Aún hace ese amago de mover los pies, ahora apenas un propósito, una posibilidad remota. Me aguanto las ganas de liarme a bofetadas con él. Despierto al niño sacudiéndole por los hombros quizá con demasiada vehemencia. Acallo su susto con una sonrisa forzada. Venga, tenemos que volver a salir. Hoy seguro que tenemos más suerte.

Él se levanta gimoteando su desagrado, pero se viste. Come conmigo unos hongos secos después de dejarlos unos minutos en remojo. Se cubre con todas las capas de ropa que puede, como si fuese a una expedición ártica. Sólo los cartuchos, le digo, mientras yo me echo al hombro la escopeta. Volvemos esta noche.

Cuando salimos, el cielo parece crujir como si se hubiese helado y fuese a comenzar a caer en

esquirlas sobre nuestras cabezas. Son las ramas de los robles, ya completamente desnudas, las que rechinan y podrían resquebrajarse reventadas por la helada. Echamos a andar en dirección al aserradero. El niño da un aullido amortiguado de lobo que parece venir de un monte lejano. No seas payaso, le digo. Auuuu, responde, y trota por delante de mí inexplicablemente contento.

El hombre ya no está sentado a la mesa cuando regresamos de nuestra incursión, esta vez con más éxito de lo esperado. Su figura desgredada se recorta en la ventana. El niño se detiene con un susto repentino. Es el hombre, le digo, aunque quizá sea precisamente eso lo que lo asusta. A lo mejor contaba con que hubiese aprovechado nuestra ausencia para marcharse. No abandona su atalaya al entrar nosotros, así que no parece que estuviese esperándonos.

Dejamos la carga sobre la mesa y el niño cae derrengado en mi cama. Saco de una bolsa la liebre que atrapamos en el aserradero. Se había quedado enganchada por una pata en una grieta del suelo. Es lo primero que vimos al entrar en esa estancia que ha perdido por completo el techo y cuyas paredes de madera parecen a punto de derrumbarse, agrietadas por raíces y matojos. También ella se dio cuenta enseguida de nuestra presencia y se puso a dar tirones cada vez más violentos para soltarse. La sangre mojaba el suelo en el que aún queda serrín apelmazado. Nos acercamos a toda prisa mientras ella continuaba intentando escapar. Le di un culatazo en la cabeza, no muy fuerte, para no aplastarla. Su cuerpo cayó de lado, la cabeza, aparentemente intacta, echada hacia atrás, los ojos en blanco. Todavía daba tirones espasmódicos de la pata. El niño la soltó cortando el borde de la madera con la navaja y la guardamos en mi bolsa. En otra época del año habría buscado nidos bajo el trozo de alero que aún no se ha caído, pero en pleno invierno no iba a encontrar huevos allí. De haber sido devoradores de arañas sí nos habríamos dado un festín.

Tomamos el camino que continúa detrás del aserradero. Hace años había a pocos kilómetros de allí un pequeño asentamiento en tabucos contruidos al reparo de un acantilado, apenas tres paredes de latón y plástico bajo techos de uralita. No espero encontrar nada realmente útil, pero en nuestra situación no podemos dejar piedra sin volver. Una liebre no resuelve muchas comidas.

Recordaba más grande aquella colonia en la que vivían familias llegadas de fuera del país, gente más oscura que yo, de mirada incluso más hosca que la mía. Gente cuyo roce dejaría la piel en carne viva. Pero ahora no queda nadie. La mitad de eso que no se podrían llamar cabañas, alineadas entre el tajo en la piedra y un arroyo escuálido, ha perdido el tejado y parte de lo que fueron sus paredes yace esparcido alrededor. Parece obra del agua y el viento, no de una voluntad destructora. Deterioro más que demolición. Por si acaso llevo la escopeta cargada y preparada. El niño empuña la navaja. Somos dos merodeadores dispuestos a todo, forajidos desalmados a punto de asaltar la diligencia.

Recorremos una a una las viviendas; únicamente tres han conservado tejado y puerta y parecen haber sido habitadas hasta hace poco porque hay en ellas jergones, sillas, armarios o alacenas que no han acumulado el moho y la humedad de años. En lo que debió de haber sido despensa en una de ellas encuentro dos cartones de leche -caducada, pero qué importa- y algo que me deja perpleja. Lo cojo y se lo tiendo al niño, que le da vueltas en las manos sin comprender. Lo abro y pulso los botones, que lógicamente no emiten sonido alguno. Es un móvil, le digo, sirve para hablar con alguien que se encuentra lejos. Cuando está cargado, claro. Y se necesita una red; en esta región hace tiempo que la desmantelaron. Pero hubo antenas aquí arriba, y cables de alta tensión. ¿Quieres hablar con alguien? ¿Llamar a tus padres? ¿Decir a tu madre, hola, mamá, estoy bien, te quiero mucho? No sé por qué le digo esas cosas. Él no se enfada, recibe mis preguntas sin

herirse con su filo. Como si su pasado no doliera nunca. Toquetea un momento las teclas, se cansa enseguida del juguete. Estoy tentada de guardarlo en la mochila, pero lo dejo donde estaba. Yo tampoco quiero ni puedo hablar con nadie.

Debajo de la alacena -no olvido un rincón sin registrar- encuentro una lata abollada de tomate frito, una caja de galletas vacía y roída porque los ratones la descubrieron antes que yo, y una caja de metal con una tableta de turrón y velas diminutas de colorines como para la tarta de un cumpleaños. Doy las velas al niño y guardo el turrón. No encontramos ninguna otra cosa útil ni comestible en el resto de las chozas. Decido emprender el regreso porque no sé si habrá más adelante otros lugares que podamos saquear y me gustaría estar de vuelta en la cabaña antes de que anochezca.

Llegamos a nuestro maldito hogar cuando el sol se ha ocultado ya tras las montañas pero aún hay luz suficiente como para distinguir al hombre a través de la ventana.

Es raro tenerlo en casa y a la vez no tenerlo. Que ese despojo esté ahora a nuestro cuidado. No recibir nada de él. No esperar nada. Como ocuparme de un padre inválido o con Alzheimer pero sin una historia común que justifique asumir esa carga. ¿Por qué tengo que acabar siendo responsable, cuidadora, sacrificada? ¿Por qué no revientan todos en lugar de venir a tumbarse en mi felpudo, a arañar mi puerta?

Saco la liebre de la bolsa y el niño se acerca expectante, no sé si ante la comida o ante el despiece. Déjame tu navaja, le digo, porque es más afilada y manejable que el cuchillo del intruso. Cojo la liebre por las patas traseras y hago un corte transversal en la piel de los tobillos, seccionando sin querer uno de los tendones. Con cuidado para que no se me vaya la mano también en el vientre, corto la piel de la tripa al pecho. Hago incisiones a lo largo de las patas traseras. Voy dando la vuelta a la piel de las patas con fuertes tirones y en un despiste me clavo la navaja en la mano opuesta: me ha cortado la carne entre el pulgar y el índice, que se pone a sangrar. Suelto la navaja para que no vuelva a ocurrirme y sigo dando tirones de la piel hacia la cabeza. La carne desnuda y rojo oscuro, los tendones brillantes, la grasa blanca, naturaleza muerta. Cuando he bajado toda la piel hasta el cuello pongo el animal sobre la mesa y le corto la cabeza con sólo dos tajos. El niño se encoge. Toma, le digo, ábrele el vientre y sácale las vísceras. Adiós, responde y se retira tres pasos. Lo hago yo, separando las comestibles de las que no lo son. Tiro intestinos y estómago. Cojo la piel de la que cuelga aún la cabeza de la liebre y se la coloco al hombre sobre el pelo, un trofeo de guerra, el gorro sanguinolento de un cazador de las praderas. No se inmuta, ni siquiera se la sacude de encima. Sigue mirando por la ventana adornado con el despojo animal. Vigía imperturbable. Guerrero catatónico. Bárbaro feroz de ojos vacíos.

El hombre no ha hablado desde que llegó.

¿Sabes quién soy?, le pregunto.

¿Sabes quién eres?

¿Recuerdas lo que hacíamos, tú y yo, en esta cabaña?

¿Se te ha olvidado cómo me tocabas?

Me responde su rostro de leño enmohecido.

Tampoco ha querido participar en nuestro festín. Su vida transcurre entre la silla y la ventana. A pesar del frío, le he quitado los pantalones y cuando noto que empieza a cagarse encima lo empujo al exterior y le obligo a acucillarse para no tener que lavarlo después. He decidido llevarlo al bosque y acabar con él de un tiro en la cabeza. De cualquier forma, se va a morir, casi está ya muerto: sus ojos son dos guijarros sucios, su boca el cauce seco de un regato, sus manos barro cuarteado por el sol. Salvo mear y cagar, parece haber perdido cualquier necesidad humana. Incluso esas funciones las realiza cada vez con menos frecuencia. No bebe, no come, no duerme, no desea. Así que un tiro en la cabeza en lo más profundo del robledal y nos evitaremos tener que arrastrarlo lejos de la cabaña. Esta tumba la cavaré también yo sola. Puede que derrame alguna lágrima en recuerdo de los momentos en los que su cuerpo y su deseo me arropaban. Por la promesa de una vida protegida. Puede que mi mano tiemble cuando eche sobre él el último puñado de tierra.

A pesar de todo me siento optimista. El invierno está siendo más suave de lo habitual. Aún no ha nevado de verdad y los días son soleados. Sólo hiela por las noches. Y quedan muchos caminos por recorrer. Habrá, si no otras liebres, más provisiones que nos irán alegrando las comidas, aunque sólo sean momentos de fiesta en la dieta de bellotas, setas y saltamontes. Nunca me había parado a pensar en que los saltamontes continúan activos durante el invierno, no los necesitaba cuando la huerta era más generosa y la despensa no diré que estaba atiborrada pero sí me permitía afrontar la estación estéril con cierta confianza.

El niño ha comido la liebre como quien realiza una operación extremadamente compleja y placentera a la vez. O como quien va a escribir un tratado de anatomía, escrutando cada músculo, cada tendón, cada hueso, cada acumulación de grasa, antes de aplicar sus diente-cillos y la punta de la lengua para extraer hasta el último gramo de sustancia. Cuando hemos acabado la carne se ha puesto a triturar con las muelas los huesos más pequeños. Hiervo los que no puede moler con sus dientes diminutos, junto con la cabeza, que he recogido del suelo.

Hemos dormido una siesta, como si fuésemos una familia feliz en un día de domingo. Por la tarde he cogido toda la ropa sucia que se nos ha ido acumulando desde que escasea con más frecuencia el agua que sale del grifo y me he ido al río. El niño jugaba y lo he dejado en casa; así puede vigilar al hombre. No es que piense que va a causar algún daño, más bien quiero que esté alguien presente cuando se desplome. Vuelvo a proponerme acabar con él como lo haría con un caballo herido y ahora creo que no me va a temblar el pulso. He tomado decisiones más difíciles en mi vida. Lo haré en la mañana si hoy no sale de su estupor. Aún me queda una pequeña esperanza -o un pequeño temor- de que le suceda como a mí hace pocos días, y se recupere de

algo que quizá sólo sea una forma profunda de desaliento. Podría intentar alimentarlo a la fuerza, pero para qué, si además lo que coma es algo de lo que nos privaré al niño y a mí. No le debo nada y si se lo debía ya he pagado lo suficiente.

Allí sigue, parado delante de la ventana cuando regreso del río, como esperando una noticia de la que depende su vida. Extiendo la ropa sobre la leña que he apilado en el interior de la cabaña para mantenerla seca. Esta noche cenaremos leche y galletas. No es un festín como el de la liebre, pero sí un cambio que resulta de agradecer. Antes subo al tejado para examinar el lugar por el que entra el agua. No es difícil; está en la parte trasera, la más baja, allí donde el hombre tenía que agachar la cabeza para no chocarse con el techo. Me basta encaramarme al muñón de encina que alguien cortó hace años, supongo que para que las ramas no se metiesen en el interior, y desde ahí agarrarme al alero. Estos años en el monte me han vuelto ágil, y sobre todo me han proporcionado una fuerza en las extremidades de la que no sabía que era capaz: mis manos aferran como fauces de animal, mis brazos soportan pesos como ramas de árbol. Me produce placer ese nuevo poder de mi cuerpo, también la insensibilidad al dolor que ha alcanzado: no me detengo por un corte o porque se me clave una astilla o por el frío en las manos cuando lavo en el río.

La grieta se encuentra en una tela de alquitrán con la que alguien ya había remendado un desperfecto; no se me ocurre cómo tatarla. Puedo cubrirla con una madera, pero el agua se escurrirá por debajo. Me pregunto si mezclando resina con hojas podré al menos disminuir la cantidad de agua que entra. Y, entonces sí, poner encima una plancha de madera sujeta con piedras. Lo que daría por un martillo y clavos, sobre todo lo segundo; los que he traído de mis incursiones estaban tan oxidados que se quebraban al primer golpe; y eso que inspeccioné el aserradero de arriba a abajo con la esperanza de encontrar herramientas. Sólo un trozo de rueda dentada que debió de pertenecer a una radial; todavía lo conservo, aunque nunca lo he utilizado.

Nos acostamos aún con un poco de hambre, pero alegres por el regusto de la leche y de lo extraordinario. Cada vez me refiero más al niño y a mí como nosotros y supongo en él sensaciones parecidas a las mías. Con el hombre nunca llegó a haber un nosotros. Éramos dos cuerpos que se juntaban y se separaban. Quizá él sí nos entendía como un conjunto, al menos como esos animales y plantas que viven en simbiosis. Yo siempre dejé claras las fronteras. He aprendido que cuando abres tus límites se te instalan dentro y se adueñan del territorio. Nadie se resigna a estar sólo de visita. Al menos ningún hombre lo hace.

Me despierta un estrépito de cristales. El hombre está delante de la ventana y lo primero que veo es una mano de la que chorrea sangre. Pienso en un accidente hasta que veo cómo golpea el vidrio con la otra mano. La sangre salta en el aire junto con el cristal. No llego a decirle nada porque también en ese momento oigo el zumbido. Me levanto de un salto y corro a tapar con la almohada la ventana rota. El puñetazo del hombre hace crujir mi mandíbula. Me tambaleo, no sé si llego a perder un instante el conocimiento. El hombre abre la puerta de un tirón y la pateo hasta sacarla de los goznes. Cuelga desencajada como esas puertas que hemos visto en cabañas abandonadas. Lo hace todo sin cambiar de expresión. Es un gólem. Es un autómata. Es un hombre hipnotizado. Es un maldito zombi.

Corro hacia el niño, que ha despertado con el estruendo. La carne del rostro late y duele. Entran las primeras abejas. Despacio, le digo. Coge tus zapatos. Cierra los ojos. No te las quites de encima. Sígueme. Muy despacio. No se te ocurra echar a correr.

El hombre, por el contrario, se apresura de un lado a otro de la cabaña manoteando excitado. Parece que se alegra de que la nube de bichos entre por los espacios que él les ha abierto. Es

como el miembro de una secta que asiste al descenso de su dios dispuesto a exterminar a los pecadores.

El niño me obedece. Cierra los ojos y camina despacio, encogido, mientras lo guío hacia la puerta. Tengo el instinto de echar mano a la escopeta y los cartuchos, porque voy a matar al hombre, pero ya no será sólo por piedad ni por conveniencia. Si sobrevivimos nosotros lo mataré de un disparo y lo dejaré tirado en cualquier sitio. Quieto, espera, digo, y aunque ya casi no veo, agarro también las mochilas con la ropa para que no se llenen de insectos. Para cuando salimos, el aire de la cabaña es una nube gris que bulle y se agita. Llevo varios agujones clavados en la cara y las manos. El niño gimotea así que supongo que también le han picado a él.

Me vuelvo a ver qué está haciendo el hombre. Apenas se distingue su figura: es un monstruo de contornos cambiantes, es una miríada de bultos que se transforman sin cesar. En una mano lleva la lata de gasolina, la rocía por el suelo sin tino y con violencia: debajo de aquel manto oscuro hay rabia y dolor.

Despacio, le insisto al niño, despacio, y él comprende que de verdad es cuestión de vida o muerte. Sus piernecitas están rojas como las de un ciervo comido de garrapatas. Llegamos al bosque, donde la nube de abejas se disuelve. Matamos las que aún llevamos pegadas, me saco dos o tres de las mangas, inspecciono al niño y le quito de los hombros cuatro abejas que, aturdidas, dan sus últimos pasos.

La cabaña está en llamas. El hombre debe de haber caído al suelo o al menos ha dejado de corretear y manotear. Está todo demasiado húmedo como para que el fuego se extienda al bosque, así que contemplamos las débiles llamas y la humareda que salen de las paredes empapadas. Las abejas se elevan evitando el humo, aunque el suelo se ha llenado de ellas, muertas o moribundas o atontadas.

El tejado se desploma y se avivan las llamas. Un revoloteo de chispas. Un crujir de cosas aplastadas. Pienso en la leche. Pienso en las galletas. En el turrón, con el que ya no celebraremos. Las setas y las bellotas son reemplazables. Pienso también en la ropa de abrigo que no he podido rescatar. Sólo nos queda lo que llevábamos en las mochilas. Tendría que haberlo matado antes, eso es lo único que me reprocho. No llores, le digo al niño, y le limpio los dos churrettes negros por el hollín que bajan de los ojos hasta la barbilla. Era cuestión de tiempo, le digo, un día habríamos dejado la cabaña. Seguro que hay suelo fértil en algún sitio, le digo también, pero no digo, porque no lo sé, de dónde sacaríamos la simiente para volver a plantar. Sí pienso que, si aún estamos vivos, regresaremos un día para comprobar si han crecido las patatas.

Pero antes de eso tenemos que sobrevivir buena parte del invierno. Veinte cartuchos y una escopeta. Algo de ropa, insuficiente. El hacha que por suerte había dejado clavada en un tronco. Fotografía, dice el niño después de rebuscar en sus ropas, y me enseña la de la pareja que sacó de una cabaña: ese hombre y esa mujer, jóvenes, con la vida por delante. Sí, le digo, tenemos también la foto, y me pregunto dónde aprendió esa palabra, en qué pasado del niño tuvo sentido conocerla.

Aguardamos hasta que la cabaña es un tizón humeante. Espera aquí, le digo y esta vez obedece. Recorro cenizas, sorteo rescoldos. Me tapo la boca con la manga para poder respirar. Si el hombre no hubiese usado gasolina seguramente habría quedado alguna parte intacta, pero ha ardido o se ha chamuscado prácticamente todo. Sólo evito el rincón en el que se encuentra la figura calcinada y, me parece, doblada sobre sí misma.

En la caja de metal encuentro algo útil, unas galletas requemadas con partes comestibles. Tengo que esperar a que se enfríe el pequeño armario de latón, del que saco unas tijeras, una



bobina de nailon fundida y una raedera que fabriqué con pedernal cuando imaginaba un futuro de mujer de las cavernas. Pero no aprendí a curtir pieles ni las supuestas virtudes medicinales de las plantas, no coso con tendones de animal ni me he hecho más instrumentos de piedra que esa raedera, cuya utilidad ha sido sólo raspar el moho del interior de la cabaña al final del invierno.

Ahora sí miro al hombre, de frente, casi desafiándolo. ¿Crees que me vas a dar miedo? Ha aguantado el suplicio sentado contra la pared. Es un montón de andrajos humeantes. Es, sobre todo, una cabeza negra y pastosa en la que los cabellos se han fundido con el hueso. Si lo tocara se desmoronaría en cenizas y fragmentos carbonizados. Tengo la impresión de que ha disminuido de tamaño, de que ese cuerpo que a veces parecía desbordar la cabaña ahora es un manojo de ramas calcinadas que cabría en cualquier rincón. Sospecho que se roció a sí mismo con gasolina y por eso no queda de él más que ese tizón retorcido.

Regreso con mis pobres tesoros a donde me espera el niño. Se los enseño. Fotografía, dice. Ellos, y me muestra otra vez a esa pareja que quizá murió hace décadas, o se separaron o vivieron juntos odiándose cordialmente o tienen cinco hijos y cualquiera de las afirmaciones anteriores también es cierta.

Familia, dice.

No comprendo a qué se refiere, pero no necesito entender todo lo que pasa por su cabeza de estornino. Me basta con saber que él encuentra no sé qué esperanza en las imágenes de esas dos personas que estuvieron vivas y que probablemente se quisieron. Decido que lo mejor es ir hacia el noreste donde habrá cabañas que no hemos visitado. Acantilados calizos en los que encontraremos cuevas para guarecernos. Robles; también, a varios días de camino, un hayedo, y enseñaré al niño a quitar la cáscara espinosa de los hayucos, que aún no se habrán podrido. Tendremos que hacer pequeñas presas con piedras en aguas poco profundas, un embudo con la apertura hacia la corriente en el que los peces entren sin saber luego volver a salir. A lo mejor aprendo a tejer una nasa con juncos y mimbres. Y a cazar, porque los pocos animales que queden por aquí bajarán a beber a los arroyos.

Navaja, dice el niño.

¿La tienes?

En lugar de responder se quita agujones de las manos.

Ven, le digo, vamos a buscar una nueva casa. Coge la bolsa con los cartuchos y se la echa al hombro. Después la mochila.

Va a darme la mano pero, como casi siempre, se arrepiente. Prefiere ajustar con ella las correas de la mochila. Coge el hacha. Me sigue monte arriba.

No volvemos ni una vez la cabeza.

El niño es un espíritu de los bosques. Los ojos parecen haberle crecido al doble del tamaño normal, el mentón ha hecho lo contrario, encogerse hasta parecer el hocico de un corzo. No sé qué aspecto tengo yo, salvo el de mis manos hinchadas y al mismo tiempo leñosas. Mis nudillos son como esos engrosamientos que se encuentran a veces en las ramas de árboles enfermos. Erramos por los caminos arrastrando dos cuerpos desvencijados y ajenos. No sentimos dolor ni hambre. Sólo frío.

El sol no brilla. Está ahí, pero no brilla. Una veladura de nubes lo vuelve casi gris sin ocultarlo. Todo es gris. También los troncos pelados de olmos y robles. El suelo. Los arbustos de hojas pardas, sus ramas humedecidas. Caminamos mirando el suelo. Caminamos sin que nuestros ojos se crucen. Siento los míos como si estuviesen hechos de borra. El niño no recoge piedras, no examina sus espejitos de mica o feldespatos, no se maravilla con las formas geométricas del cuarzo. Sólo los grajos rompen el silencio, lo agrietan con sus graznidos. Tardamos en darnos cuenta de que la sombra que nos rodea se está volviendo más densa, el gris se acerca al negro. No lo mires, le digo al niño, no lo mires. Él se detiene. Deja caer las bolsas al suelo. Lo sujeto para que no salga corriendo y se me pierda, un último reflejo de cuidarlo, un rescoldo de ternura. No mires. Pero él no puede evitar levantar la cabeza. Dejo también mi carga en el suelo. Le tapo los ojos con las manos, como si jugáramos a algo a lo que nunca hemos jugado. Tiembla. Yo no. No creo en signos. No creo en premoniciones. Las cosas no significan nada. El mundo carece de lenguaje y de conciencia. Te quemarás los ojos, le digo, pero él intenta apartar mis dedos. Te quedarás ciego. Sujeto con fuerza ese cuerpo que se retuerce hasta domarlo. Ya va a pasar, le digo. Es sólo un momento. Pero yo tampoco puedo resistir la tentación de mirar el eclipse.

Encontramos cabañas asoladas, destruidas con una furia que sólo puede ser sobrenatural. Huestes infernales que desatan su rabia contra la creación. Esqueletos cabalgando sobre rocines con ojos de fuego.

Desvarío.

No hay nada más natural que la destrucción de lo que no lo es. Todo lo que erigimos los humanos es una anomalía en la naturaleza, que tiende a absorberlo y devorarlo. Raíces reventando carreteras, árboles que se meten por las ventanas y levantan el tejado, animales que roen y horadan, bacterias que pudren.

Siento nostalgia de pudrirme, de volverme tierra.

El camino se hace cada vez más duro. Hemos perdido la energía. No tenemos un objetivo claro. Nos limitamos a huir de nosotros mismos.

El niño ha empezado a gritar en sueños. Ni siquiera me dan ganas de calmarlo con el calor de mi cuerpo.

Soy yo ahora la que aúlla mientras caminamos. Cuando lo hago, al niño le castañetean los dientes.

Fantaseo con que aparece un oso y me enfrento a él con el hacha. Venzo, claro, aunque gravemente herida. El niño me pone paños húmedos en la frente y limpia con ellos la sangre y las llagas infectadas.

También fantaseo con los hongos rojos que habrán ardido en la cabaña. La fantasía no es nueva; ya había imaginado más de una vez cómo el niño y yo los comíamos juntos, él sin saber que no volvería a ingerir otro alimento, yo consciente de cada mordisco, de cada segundo, de cada caricia que haría al niño en el pelo, aunque me diese manotazos para evitarlo.

Sé que debo sobreponerme, fijar una meta, establecer prioridades. Racionar lo poco que poseemos. Pensar en la higiene. Anticipar peligros. Ser una mujer adulta que se esfuerza en sobrevivir con un niño a cargo. Lo sé todo, pero me tumbo en el suelo en posición fetal y mastico hierba que acabo de arrancar. El niño se sienta a mi lado y se balancea de delante hacia atrás. Aullamos bajito.

Llegamos por fin al hayedo. Y es verdad que aún no se han estropeado los hayucos. Son mucho más dulces que las bellotas. Saben a almendra. Nos damos un atracón y hacemos acopio para muchos días. Escudriñamos las aguas del arroyo que lo atraviesa. Son aguas lentas sobre un lecho de arena en los tramos más rectos y pedregoso en las curvas, sobre todo en la orilla opuesta. Lo remontamos sin descubrir un solo pez, pero me pone alerta un movimiento por debajo de unas hierbas que cuelgan sobre el agua, en uno de esos arcos pedregosos.

Espera, digo. Me descalzo y remango los pantalones hasta la rodilla. Nada más entrar en el agua me duelen los huesos de las piernas hasta casi las caderas. Vadeo el río corriente arriba. No cubre más de medio metro. Levanto una piedra del fondo, después otra, otra más. Fallo en el primer intento porque he retirado la piedra demasiado deprisa y se ha formado una nube de fango que me impide ver bien. Sigo levantando piedras hasta que vuelvo a dar con un cangrejo escondido bajo una de ellas. Aproximo los dedos lentamente y lo sujeto por detrás de las pinzas.

Es un ejemplar de unos diez centímetros de la cola a la cabeza. El niño viene hasta donde estoy, imitando mis movimientos lentos. Ha traído una bolsa de tela, en la que meto el cangrejo. Levanto más piedras pero no encuentro otro. Entonces busco en la parte superior de los taludes de tierra que forman la orilla; allí sí descubro varias madrigueras donde probablemente han empezado a hibernar. Apenas se mueven o intentan escapar. Cuando ya no podemos resistir más el dolor en los huesos de las piernas tenemos la bolsa medio llena.

El niño es el encargado de encender el fuego. No nos quedan cerillas, así que lo hace como lo habría hecho cualquier neandertal: con piedras de pedernal y paja. Otro niño habría desistido, pero él puede intentarlo cien, doscientas veces. Y seguirá haciéndolo hasta que prenda la chispa o se quede dormido.

Lo consigue y asamos los cangrejos sobre un plato de metal. Lloramos de risa mientras comemos. Masticamos la carne suave del cangrejo, trituramos patas y cabezas, chupamos todo lo que se puede chupar, reímos como si estuviésemos asistiendo a una función irresistiblemente cómica. Mira, esta es una hembra, le digo señalando los huevos pegados al abdomen. Se la mete en la boca como si fuese un trozo de pan y ríe, el niño ríe y llora más que yo, las lágrimas de alivio y del miedo pasado corren sobre los labios manchados de comida. Conservamos la mitad para el día siguiente. Chupeteo una cabeza de cangrejo hasta que me quedo dormida bajo un haya que tiene una cavidad en la que podría entrar el niño de pie. Pero duerme a mi lado, más bien, encima de mí. Me arropa. Me protege y se deja proteger. El río apenas suena. La noche entera guarda silencio. Como si nos encontrásemos en el fondo de un pozo.

Cerrar los ojos. Eso es lo que no puedes hacer nunca. Confiarte. Relajarte. Distraerte. Olvidarte. Con sólo parpadear el mundo cambia. Ni siquiera te das cuenta de que lo has hecho pero de pronto ya no reconoces la realidad. Lo que estaba ha dejado de existir, un elemento extraño entra en la imagen y todo aquello que la rodea cambia de significado.

El niño, que ha recuperado la capacidad de jugar, repta y gorgotea, acecha a seres invisibles, conversa con ellos o con aliados igualmente invisibles. Creo que es un gato porque sus movimientos son cautelosos, de felino que acecha a la presa, y él no conoce otros felinos que Miss Daisy. Fauces abiertas amenazantes, una garra que amaga. Sonríe, porque él ha vuelto a jugar a su juego de siempre y yo a sonreír. Tenemos un invierno tan cálido como no recuerdo otro. La ropa se seca enseguida; los huesos se sacuden en pocas horas el frío de la noche. Los brotes de los árboles se han adelantado meses, anuncian una primavera imposible. He visto un pájaro llevando una ramita en el pico para hacer el nido. Aunque me inquiete no poder prever los ciclos de la naturaleza ahora mismo esta calidez del aire me alivia y me da confianza.

Es verdad que el niño está jugando muy cerca del borde de un barranco, pero todos los días caminamos al borde de un barranco. No hay momento en el que no pueda ocurrir cualquier desgracia: el hambre, una intoxicación, las abejas, una helada brutal, un merodeador. Hay cosas a las que no puedes anticiparte, sólo actuar con cautela. Y el niño, ya digo, es un felino, cada movimiento suyo parece calculado, el equilibrio es perfecto.

Yo estoy sentada con la espalda contra un castaño. He arrancado una ancha lámina de corteza rojiza y jugueteo con ella entre los dedos. Apoyo la nuca en el tronco y me rasco el lomo contra su piel rugosa de paquidermo milenario. Voy a añadir esto a mi lista de cosas que me hacen feliz: rascar mi espalda con la corteza de un árbol. En este momento no pienso en la caminata que tendremos que emprender dentro de un rato ni en qué haremos cuando se nos acaben los hayucos y los cangrejos. Ahora mismo sólo soy cuerpo agradecido, piel acariciada. Y cierro los ojos. O tan sólo parpadeo despacio y de repente la figura está ahí delante. Se interpone entre el sol y yo, es una sombra de contornos brillantes. No podría decir inmediatamente si es hombre o mujer. Lleva pantalones rasgados en las espinillas, la tela abierta ondea con el viento. Tiene el pelo muy corto, eso sí lo distingo. Como distingo que el niño está detrás de esa persona, jugando aún a gatas. Componemos una línea que me inquieta: yo junto al árbol, la persona de pie, el niño detrás dándole la espalda, el barranco.

Hoy tampoco está tu marido, dice. ¿O lo tienes escondido por ahí?

¿Cómo?

Tu marido, que nunca sale a recibir.

Reconozco entonces a la mujer que vino a la cabaña semanas o meses atrás con un grupo de harapientos, la que protestó porque consideraba que les di poca comida.

Mi marido vendrá cuando tenga que venir.

Claro. Para eso están los maridos. Para aparecer cuando se los necesita.

Sé que mi escopeta no está lejos. No exactamente al alcance de la mano -y me daría de bofetadas por ello- pero sí con las mochilas y la bolsa de comida, apenas a dos metros.

Adiós, llamo, mirando hacia otro lado, con la esperanza de que ella no entienda que me dirijo a él para que venga junto a mí.

No me voy a ningún sitio, responde la mujer. Acabo de llegar.

El niño no reacciona. Uso la mano de visera y ahora reconozco también los rasgos. Sólo que parece aún más dura, como si no hubiesen pasado semanas o meses sino décadas de maltrato y desnutrición.

¿Qué ha sido de tus amigos?

Mientras lo pregunto vuelvo la cabeza en una y otra dirección. No hago intención de levantarme para no inquietarla.

Nadie tiene amigos. Tú tampoco. Al niño sí lo tienes. Mira qué suerte. En serio, yo a eso lo llamo suerte.

El niño está bien, digo, y mi respuesta me parece inadecuada.

Claro, tu niño está bien. Seguro que eres muy feliz con un niño que está bien. No todas podemos decir lo mismo. ¿Lo has pensado? No, qué mierda vas a pensar tú. A ti qué te importan los niños de otras.

La mujer da dos pasos de espaldas. Acorrala aún más al niño contra el borde del precipicio. Él se ha sentado y se asoma hacia abajo. Está dejando caer saliva hacia el torrente.

¿Eran tus hijos aquellos chicos que iban con vosotros?

Qué rápido lo has entendido. Eran. No son. Eran.

Lo siento.

Tú no sientes una mierda.

Nosotros vamos a ir en esa dirección, puedes acompañarnos, digo, indicando a sus espaldas, hacia el otro lado del precipicio. Ella no vuelve la cabeza para descubrir lo que señalo. No va a darme una oportunidad. Su desconfianza hace crecer mi miedo.

¿Quieres comer algo? Tendrás hambre.

De eso murieron mis hijos, de hambre.

Lo siento, repito, y mi voz suena aún más falsa que antes.

Ella enseña los dientes. Al menos yo no llamaría sonrisa a ese gesto.

¿Te falta algo?, pregunta.

Nada, estoy bien.

El niño está bien. Tú estás bien. Qué familia feliz. Sólo falta tu marido.

Da otro paso hacia atrás y casi roza la espalda del niño.

En mi impotencia, saco de debajo del jersey la medalla que llevo al cuello.

Ella suelta algo a medio camino entre gruñido y risa, quizá piensa que la medalla pretende ser un conjuro, como la ristra de ajos o la cruz con la que se ahuyenta a los vampiros.

Me quito la medalla y se la ofrezco, el único intento de soborno que se me ocurre y que me hace parecer débil, temerosa. Es de oro, le digo.

Así que eres rica, dice. Ocultas tesoros.

Te la regalo, digo. Es tuya.

Claro que es mía, dice.

No lo hagas, digo. Por favor.

Ella da una coz sin mirar. El niño deja escapar una especie de hipo y parece que se va a

despeñar, pero se agarra a la otra pierna de la mujer, que, entonces sí, se vuelve hacia él y le pega un puñetazo en la sien.

Un parpadeo.

Nada, apenas nada, pero donde había un niño hay un vacío que extrae todo el aire de mi cuerpo. Ya he saltado de donde estoy, ya he dado tres zancadas, ya la mujer se viene hacia mí con algo en la mano que no distingo. Soy rápida. Estoy muerta pero soy la mujer más rápida del universo. El disparo le acierta en la cara. Da varios pasos a ciegas, tropieza, no me detengo a comprobar más. Me asomo al precipicio. El niño, como una cabra montés que se ha despeñado, al fondo, en una postura que parece imposible, con un talón casi rozando su propia nuca. Busco cómo descender pisando en salientes del cortado. Cuando vuelva a subir la mutilaré a hachazos. Le arrancaré el corazón y me lo comeré aún palpitante. Me agarro a ramas y raíces. Me desuello las manos. Desprecio los arañazos de zarzas y espinos. Resbalo sobre piedras sueltas, un diluvio de esquivas sale de mis pies cada vez más rápidos según me acerco al fondo. Me arrodillo junto al cuerpo del niño, soy la devota más ferviente. No rezo ni espero milagros. Le retiro el flequillo con cuidado, como si un movimiento brusco pudiese despertarlo. Palpo los miembros de potro recién nacido. No me atrevo a darle la vuelta. No me atrevo a alzarlo en brazos.

Niño, digo. Niño.

Me tumbo a su lado. Pego mi pecho a su espalda, aunque no consigo ser molde, acoger el cuerpo desmadejado. Niño. Acaricio su cabeza y él no me aparta de un manotazo. Toco sus párpados y sus labios. Tienen el mismo tacto.

El agua casi nos roza los pies. Vuelvo la vista al cielo y en ese momento un águila cruza el precipicio. Planeo con ella, me elevo, me alejo, me poso otra vez en este lecho de piedra. Miles de años para que el arroyo lo excavase, para acogernos aquí rodeados de altas murallas. Imposible abrir una fosa apropiada en este suelo de roca. Imagino el cuerpecito viajando aguas abajo, atravesando bosques, prados, fronteras.

Me levanto, pero no me decido a poner la primera piedra. Le haré un túmulo digno de un gran guerrero, la mastaba de un rey. El tiempo la derrumbará como derrumba todo, pero pasarán siglos antes de que eso suceda. Una construcción de granito y cuarzo. Comienzo a rodear el cuerpo con piedras que me cuesta arrastrar, guijarros que pesan como peñascos. Levanto muros, y un ábside que rodea su cabeza. Busco y no encuentro una laja lo suficientemente ancha para que sirva de lápida apoyándola sobre los bordes de mis tristes muros; me niego a apilar piedras directamente sobre su cuerpo que lo opriman y aplasten. Su cuerpo sin caparazón, sus brazos y piernas sin espinas que lo protejan. Recojo ramas, hago un entramado de vigas vivas, con brotes prematuros.

No lo toco por última vez. No lloro de rodillas. No pronuncio su nombre porque sonaría a despedida.

Lo dejo allí abajo, quizá hasta que la próxima crecida desguace el pobre tejado de ramas, haga flotar el cuerpecito lacio, lo arrastre consigo cientos de kilómetros y se lo entregue a las olas, porque no, la tumba no durará siglos. Escalo la pared sin prisa, atenta a no resbalarme. La mujer reptante con la cara hecha un rescoldo, tantea ciega, berrea. Cargo el cartucho que falta en la escopeta. Recojo las mochilas y el hacha. También el cuchillo que quiso clavarme. Vuelve hacia mí esa máscara de carne ensangrentada y tierra. Eleva al cielo un mugido. Sabe que estoy ahí pero no me ve. Creo que intenta insultarme o retarme; probablemente ha perdido parte de la lengua. La lengua, los ojos, media cara. Está esperando que la remate y yo la dejo esperar. Consigue ponerse a cuatro patas. Empujo con un pie su costado y da con la barbilla en el suelo. Suelta entre lo que



fueron labios una mucosidad rojiza a la que se pegan la arena y hojas secas. Tantea a su alrededor quizá buscando el cuchillo. A ella no le taparé la boca y la nariz para poner fin al sufrimiento. No quiero su tacto, no quiero sentir su sangre latiendo ni su miedo aleteando entre mis manos. Su desesperación es mi única recompensa.

Echo a andar monte arriba, entre enebros y encinas, dejo atrás álamos y alisos. Según me alejo mis pasos se van volviendo más ligeros. Jadeo, pero el esfuerzo me sienta bien. Oigo el río, el silbido del gavián, los berridos de la moribunda. Encuentro una senda que asciende bordeando un denso bosque de abetos. Me adentro en su frescor oscuro como en las aguas de un lago, escoltada por una formación de troncos derechos y pelados. Me acuerdo del niño en la oscuridad de la tumba que he construido para él. Mi niño que no respira ni aúlla bajito, con la foto de dos desconocidos en el bolsillo. No con una foto mía, porque no existen. No puedes renunciar al pasado y llevar fotos contigo. Mi niño en lo hondo, en lo oscuro, en lo ciego. Salgo del bosque, delante de mí un calvero pedregoso; el sol me deslumbra. No entrecierro los ojos. Ni siquiera parpadeo. Mis ojos secos como pedernales, aunque duelan como llagas recién abiertas. No me detengo. No me detengo ni un momento. Mis botas pisan con firmeza, mis pasos son amplios, decididos. Mi respiración ahora es vigorosa. Camino. Camino incansable. Libre. Salvaje. Herida.